

PUBLICACIONES DEL MEMORIAL DE ARTILLERÍA

DON JUAN DE AUSTRIA EN FLANDES

CAPITULOS DE LA OBRA INÉDITA

TITULADA

DOMINACIÓN Y GUERRAS DE ESPAÑA EN LOS PAISES-BAJOS

POR

D. FRANCISCO BARADO



MADRID

IMPRESA DEL CUERPO DE ARTILLERÍA
San Lorenzo, núm. 5.

1901

712

DOMINACIÓN Y GUERRAS DE ESPAÑA EN LOS PAÍSES-BAJOS

C. 116031

PUBLICACIONES DEL «MEMORIAL DE ARTILLERÍA»

DON JUAN DE AUSTRIA EN FLANDES

CAPITULOS DE LA OBRA INÉDITA

TITULADA

DOMINACIÓN Y GUERRAS DE ESPAÑA EN LOS PAISES-BAJOS

POR

D. FRANCISCO BARADO



MADRID

IMPRENTA DEL CUERPO DE ARTILLERÍA

San Lorenzo, núm. 5.

—
1901



R. 95.109.

DOMINACIÓN

Y

Guerras de España en los Países Bajos ⁽¹⁾

GOBIERNO DE DON JUAN DE AUSTRIA

CAPÍTULO PRIMERO.

La idea de nombrar á D. Juan de Austria gobernador de los Países Bajos, parece ser que la concibió Felipe II en los primeros meses del año 1576, y en ella debieron influir, no menos que las peticiones del Consejo de Estado y aún del mismo Jerónimo de Roda para que fuera á ocupar tan elevado puesto un personaje de sangre Real, la esperanza de que tratándose de un hijo de Cárlos V, de tan grata memoria á los flamencos, y de un hermano de la ex-gobernadora Doña Margarita, no menos querida en el país, estas circunstancias y las dotes y reputación de D. Juan cambiaran beneficiosamente la marcha de los sucesos. No tenía, como ya se ha dicho, nada de apetecible el cargo, porque sobre haber alcanzado la revolución el período de su plenitud, los ánimos de los leales se hallaban cerrados á toda confianza, como ensoberbecidos los de los rebeldes; pero el apremio de las circunstancias era tal, que Felipe II, después de madurar por algún tiempo

(1) Este excelente trabajo forma parte de la obra inédita que con este título está componiendo el capitán de Infantería D. Francisco Barado, y que es del mayor interés para todo militar ilustrado. Pero tratándose de asuntos tan controvertidos como los que constituyen dicha obra, el MEMORIAL deja al autor la responsabilidad de sus opiniones.—(N. de la R.)

la idea, y no sin experimentar ciertos recelos (1), decidióse á someterla á su Consejo. En él tuvo el bastardo la mayoría de votos, puesto que en su favor declaráronse el Inquisidor general D. Gaspar de Quiroga, el Conde de Chinchón, el Presidente de Castilla D. Diego de Covarrubias y el guarda-sellos Hoppero, mientras que el Duque de Alba y el prior D. Antonio de Toledo fueron de parecer que se eligiera al Duque Emmanuel Filiberto de Saboya ó á uno de los dos Archiducos Ernesto y Alberto. Otro personaje que pesaba mucho en el ánimo del Rey dió también á éste sus opiniones, que fué el Cardenal Granvela, y éste era de parecer que se nombrase gobernadora á Doña Margarita de Austria, Duquesa de Parma. Mas pese á la opinión de Granvela y del Duque, tan conocedores de los asuntos de los Países Bajos, Felipe II decidióse por el nombramiento de su hermano, si bien usando de sus habituales lentitudes el aviso no llegó á poder de éste hasta el mes de Mayo de 1576.

Hallábase á la sazón D. Juan en Italia, donde ejercía el cargo de Lugar-teniente general del Rey con autoridad sobre todos los Virreyes y Gobernadores de esta parte de los dominios de España; muy querido de los italianos y sumamente apreciado por el Pontífice, aunque no muy á gusto en su nuevo cargo por efecto de ciertos roces que venía sosteniendo con el Virrey de Nápoles, Marqués de Mondéjar. Y debido á esto había hecho presente al Monarca su deseo de abandonar el cargo y trasladarse á Madrid « estimándolo, decía, como á señaladísima merced ». Así es que el nuevo nombramiento resolvió para él graves dificultades y estas mismas contribuyeron á su vez á que aquél le fuera grato. Porque ya en Junio de 1575, y como anticipándose á las decisiones del Rey, D. Juan había manifestado á éste que vería con sentimiento se acordara de él para cargo tan espinoso. Ello es lo

(1) «Felipe II, dice Mr. Gachard en el prefacio al volumen V de la *Correspondencia* de este Monarca, no se decidió sino con grandes dudas á nombrar á su hermano natural gobernador de los Países-Bajos, ya porque lo creyera necesario en Italia para resistir cualquier acometida de los otomanos, ya porque, conocedor de las ambiciosas aspiraciones de D. Juan, juzgara impolítico confiarle un puesto de tal importancia.»

cierto que el austriaco, mortificado por el pugilato de autoridad que en Italia venía sosteniendo y halagado además por las solicitudes de los católicos ingleses, irlandeses y escoceses, que ansiaban ver en él el jefe de una proyectada expedición que les librara de la tiranía de Isabel, pretensiones que apoyaba el Pontífice, recibió ahora con agrado lo que un año antes estimaba perjudicial por lo aventurado y grave del empeño, porque, según le insinuara Antonio Pérez, en hallándose en los Países Bajos, encontraríase en la mejor posición para acometer tamaña empresa (1). Y á decir verdad, para quien como él aspiraba á los más altos honores y poderes, pocas ocasiones como ésta para intentarla.

Por la época á que nos referimos había cumplido D. Juan de Austria los treinta años, y ya había dado á conocer cumplidamente las condiciones de su carácter. Hijo bastardo del Emperador Cárlos V, quien le tuvo de una mujer de Ratisbona llamada Bárbara Blomberg, había heredado de éste algunas cualidades de espíritu y bastantes prendas físicas. Educado en España por D. Luis de Quijada, Mayordomo del Emperador, en el hogar de este adquirió las virtudes y la entereza de un noble castellano de aquellos días. Los ejercicios de destreza, en los que descollaba, eran, con la práctica de las armas, el objeto de sus aficiones; pero á la par que esforzado, era fastuoso, hidalgo y gentil, con lo que se captaba las simpatías generales. En los últimos años de Cárlos V entretuvo la vida solitaria de éste en Yuste; catorce contaba de edad cuando Felipe II, en presencia de sus nobles, le reconoció como á hermano. Desde entonces se educó en Palacio con las distinciones propias de su rango, aunque sin recibir tratamiento de *Infante*, honor á que en vano aspiró siempre; y aunque era el ánimo del Rey que el bastardo abrazase la carrera eclesiástica, poco inclinado el niño al silencio y el retiro, y deslumbrado por la magnificencia de la Corte, negóse á seguir los deseos del Soberano, manifestando en cambio con sus hechos que todas sus aficiones eran para las armas. Así

(1) *Correspondencia de Felipe II*, tomo IV, pág. 48.

lo comprendió Don Felipe y con fecha 15 de Enero de 1568 nombróle Capitán General de la Mar en reemplazo del ilustre D. García de Toledo, que por su edad y achaques había declinado aquel cargo.

El título expedido en favor del austriaco merece conocerse, como primera ejecutoria de su nobleza militar y testimonio del concepto elevado en que su hermano le tenía. «Siendo este cargo de la calidad, confianza é importancia que es, dice, hemos determinado y acordado de elegir y nombrar á vos, el Ilustrísimo Señor Don Juan de Austria, nuestro muy caro y amado hermano, por nuestro Capitán General del Mar Mediterráneo y Adriático, así de las galeras nuestras que al presente están armadas y se armaren en adelante, como de los sesenta que se arman y se han de armar con el subsidio eclesiástico y de otros cualesquier navío de alto bordo, fustas, galeotes y bergantines que mandáremos hacer y juntar por mar con las dichas galeras ó parte dellas para cualquier empresa y ocasion que se ofrezca; siendo como somos ciertos que por ser como sois á Nos tan justo en sangre y amor, por el crédito y satisfaccion que tenemos del ánimo, valor y otras muchas singulares virtudes que en vuestra persona concurren, correspondiendo á quien vois sois y conforme al gran celo que habeis siempre tenido y mostrado á las cosas de nuestro servicio, nos servireis en el dicho cargo con el amor, fidelidad y diligencia que negocio de tanta importancia requiere».

En Junio del año antes citado tomó D. Juan el mando de la escuadra, y para que en esas prácticas adquiriese el joven la mayor suma de conocimientos, acompañáronle como lugarteniente D. Luis de Requesens, y como jefes y capitanes los hombres de guerra más expertos. Don García de Toledo, con quien mantuvo constante correspondencia, fué su consejero en los asuntos referentes á organización, armamentos y expediciones. En esta primera campaña ejercitóse en la caza de naves corsarias, aprendiendo al poco tiempo las maniobras marítimas. Pero á los ocho meses de practicar en el mar, ofrecióse á su actividad un nuevo teatro: la guerra de Granada, á

la que fué llamado por el Rey y que le permitió hacer alarde de su valor como soldado, á la par que mostrar su magnanimidad como General.

Terminada ésta en 1570, permaneció en la corte hasta el 6 de Junio de 1571, en que fué nombrado generalísimo de las armadas de la Liga contra el turco, y en virtud de este nombramiento dirigióse á Barcelona y de allí á Sicilia para ponerse al frente de las fuerzas de la confederación. Fueron aquellos los días más gloriosos de su existencia. La cristiandad le saludó como á su libertador; Nápoles le aclamó con entusiasmo al entregarle el estandarte de la Liga; Mesina le acogió llena de júbilo al verle entrar en su puerto después de la victoria de Lepanto, llevando á remolque las galeras turcas, le erigió una estatua y le ofreció un presente de 30.000 coronas; Roma le felicitó y el Pontífice pronunció lleno de alegría las palabras del Evangelio: *Fuit homo missus á Deo, cui nomen erat Joannes*; el mismo Don Felipe, abandonando su habitual reserva, escribióle una expresiva y cariñosa carta. Y en verdad que muy merecedor fué D. Juan de estas felicitaciones. Si dirigió la flota como buen General, luchó también como valeroso soldado y recibió una herida en la refriega. Sin su energía en el consejo no se diera la batalla; sin su constancia en mantener la orden dada, no llegaran los confederados á las manos con el enemigo. Á D. Juan de Austria, á los españoles, se debió antes que á nadie el triunfo de Lepanto. Y ¡quién sabe si, de seguirse los consejos de aquél, se hubiera logrado otro triunfo, forzando en 1573 la entrada del puerto de Modón!

Nuevo título de gloria fué para D. Juan la expedición á Túnez, pero quedó obscurecida por la pérdida de esta plaza al año de haber sido conquistada y fué origen de disentimientos con el Rey, puesto que mientras Felipe II era de opinión que se dismantelara la fortaleza levantada para defensa de Túnez, como de difícil ó imposible defensa, el bastardo empeñábase en mantenerla, ganoso de encontrar en ella una base para ulteriores proyectos. Ello fué que aun cuando don Juan hizo lo posible para evitar el desastre, dando los oport-

tunos avisos á Nápoles y Sicilia, y aun organizando una escuadra con la que por dos veces intentó acudir en persona á las costas de África, perdiéronse Túnez y la Goleta y perdió asimismo D. Juan el concepto en que le tenía su hermano, receloso ya por la constante idea que éste abrigaba de ocupar un trono. «Porque el Rey, dice Cabrera de Córdoba, no quería tuviese más voluntad que la suya, ni más honor que el que él le diese.» Minguet manifiesta que aquella idea la concibió don Juan después de la batalla de Lepanto y á ella atribuye el hecho de no desmantelar á Túnez. Lo cierto es que Don Felipe vió este hecho con malos ojos, como vió asimismo los planes relativos á una expedición á Escocia en socorro de la Reina María Stuard, presa por la Reina Isabel, y á quien correspondía la Corona de Inglaterra. Tal proyecto, sustentado por el Pontífice y por los católicos ingleses, de realizarse, privaría de socorros á los rebeldes flamencos y levantaría sobre las ruinas del Trono anglicano el poderío católico, representado por el enlace de María con D. Juan. Mas tampoco lo juzgó sensato el Rey; antes por el contrario, sirvió para aumentar en él los celos con respecto al bastardo, celos astutamente fomentados por el secretario Antonio Pérez, que por aquellos días, y so pretexto de que exaltaba la ambición de D. Juan, consiguió reemplazar al secretario de éste, Soto, por otro de su absoluta confianza, D. Juan de Escobedo. Por todo ello puede colegirse que ni al Monarca sentaba bien aquella comezón de su hermano por ceñir una corona, ni éste acertaba del todo en acomodarse á la posición que realmente ocupaba en la Corte, quizás acordándose demasiado de las grandezas de su padre.

Con estos datos á la mano, las cartas escritas por D. Juan y lo que de él nos dicen los coetáneos, sobre todo los embajadores venecianos que tan puntualmente informaban al Senado de su República de cuanto en España acontecía, bien podemos formarnos una idea de este personaje. Si de su figura no nos hubiese dejado rasgos el pincel, lo que nos dicen los historiadores y panegiristas sería suficiente para que reviviese á nuestros ojos. Figura gallarda y militar como nin-

guna, porque juntaba á la nobleza de la persona, la magnificencia en los arreos que era en él cosa como heredada. Alta y espaciosa la frente, bajo la que resplandecían despiertos y garzos los ojos de mirada amorosa, acentuadas las facciones y de notable parecido á los de su augusto padre, escasa la barba y luengo el cabello que llevaba echado sobre la espalda á la usanza italiana, talle más que mediano y sobre todo airoso, tal era, al decir de aquéllos, la semblanza física de don Juan. Pero realizaban estas prendas su generosidad, su inteligencia nada vulgar y su cultura, porque era hombre que poseía varios idiomas, y como educado por los más expertos Generales de mar y tierra, perfecto conocedor de las cosas militares. Gran jinete, justador y tirador; alentado y fuerte, tanto que sostenía por largo espacio el peso de las armas y era el último en abandonar los partidos de pelota. De espíritu verdaderamente religioso; amante como verdadero hijo de la mujer que hizo con él las veces de madre; leal y honrado para con su hermano; en suma, hombre de recto corazón é hidalgos sentimientos. Pero estas cualidades obscurecíanlas algunos defectos. Don Juan era voluntarioso, arrebatado y colérico, algo terco (1), poco amigo de ajenos pareceres y más apto para los negocios de armas que para los de gobierno. No creía el embajador Baodero que fuera éste nombrado para suceder á Requesens, porque «siendo caballero de capa y espada y no muy contento de su estado, se confiaba poco en sus planes», y otro veneciano, Albéri, escribía que siendo el bastardo hijo de Emperador tal como Don Cárlos y llegado ya á los treinta años de edad, parecía vergonzoso no hallarse en posesión de algún reino ó señorío (2). Tales condi-

(1) «Su Alteza, escribía Escobedo á Felipe II en 30 de Noviembre de 1575, desde Nápoles, *es mozo y colérico*, pero realmente buen caballero y fácil de llevar á lo justo . . .» «No puede oír cosa que más le ofenda, escribía el veneciano Lippomano á su Gobierno el 21 de Octubre del mismo año, que las reprensiones y advertencias que alguien le haga en asuntos acerca de los que él ya tenga su opinión, queriendo que ésta prevalezca, y estimando más el propio juicio que el del Duque de Sessa, el del Virrey de Nápoles y el de Antonio Doria.» Este Lippomano residía cerca de D. Juan en Nápoles, y da en sus cartas interesantes detalles respecto de Don Juan; pero en las del secretario Escobedo, hombre verdaderamente leal, y en la misma correspondencia del bastardo, se echan de ver fácilmente las condiciones de su carácter.

(2) *Relazioni degli ambasciatori Veneti al Senato*. Cit. por Gachard.

ciones de carácter no eran sin duda las que exigían las circunstancias en el Gobierno de los Países Bajos, pues el pleito no era aquí exclusivamente militar; ni era posible que, dada la política seguida en Madrid, se acomodara D. Juan al doble papel que iban á imponerle, de un lado la suspicacia del Rey y las intrigas de Antonio Pérez, de otro los manejos de Orange y la escasa lealtad de los naturales de Flandes. Lo que no era fácil presumir es que el nombramiento de gobernador, tan á gusto recibido, fuese causa determinante de un fin tan breve como trágico.

Recibió D. Juan la carta en que el Monarca español le notificaba su nombramiento para gobernador de los Países Bajos en Nápoles el día 3 de Mayo y hasta fines de este mes no dejó la capital del virreynato, contentándose con mandar pocos días antes á Madrid á su secretario Escobedo. Su primer pensamiento parece ser que fué acatar las órdenes del Rey, y desde Lombardía, á donde se dirigió y en donde debía esperar órdenes de su hermano, marchar sin pérdida de tiempo á su gobierno. Pero no tuvo paciencia bastante para aguardar el regreso de Escobedo, y apenas llegado á Lombardía, dió orden de equipar dos galeras en Génova y, desafiando el peligro de los corsarios y los temporales, embarcó para Barcelona, tocando tierra de España el 22 de Agosto.

Hallábase á la sazón Felipe II en el Escorial con su familia, y la presencia del bastardo anunciada por medio de correo, prodújole tanta sorpresa como desagrado. Él había querido que sin dilación marchase éste á Flandes; D. Juan aspiraba á que sus poderes fueran lo más amplio posibles, á que se le socorriera debidamente y á que se le conservara el cargo de *General de la mar*, que estimaba sobre todas las cosas; pero tampoco quería desaprovechar la ocasión para insistir en lo de la empresa de Inglaterra, proyecto constantemente acariciado, y acerca del cual Felipe se contentaba con darle vagas esperanzas. Con decir que el 30 de Agosto llegó D. Juan al Escorial, y que hasta que el 18 de Octubre no se despidió del Rey, comprenderáse que ni uno ni otro se dieron gran prisa en el despacho de tan perentorio negocio. Mas hay

que observar que en la Corte de España, ceremoniosa y ritualista como pocas, los actos oficiales y religiosos absorbían lo mejor del tiempo. Ello es que se emplearon en conferencias y consultas nada menos que seis semanas, precisamente aquellas en que más revueltos andaban los humores en Flandes, y que sin duda alguna las concesiones que se avenía á hacer el Rey por conducto de su hermano, de otorgarse á raíz del nombramiento de éste, hubieran conjurado no pocos peligros y ahorrado no escasa sangre. Porque Felipe, además de las instrucciones oficiales, dió á D. Juan, escritas de su puño y letra, no sólo autorización para la salida inmediata de las tropas españolas que se hallaban en las Provincias, si que también para hacer á los Estados todas aquellas concesiones que estimara necesarias, siempre empero que quedaran á salvo la religión católica y la autoridad real. Provisto de estas instrucciones y poderes púsose en camino D. Juan para la frontera francesa, pues el plan convenido fué que se desorientara á las gentes con el aviso de que iba á embarcar en Cartagena ó Barcelona para Italia, mientras el bastardo, en compañía de Octavio de Gonzaga y del gentil-hombre Honorato de Silva, con sendos disfraces y aparentando ser el primero lacayo de estos dos, cruzaban á caballo la distancia que les separaba de la frontera. Y con decir que el 24 de Octubre llegó D. Juan á Irún y el 30 por la noche á París, se comprenderá lo penoso del viaje. Ni en esta ciudad pudo descansar un día como deseaba, puesto que habiendo conferenciado secretamente aquella misma noche con el embajador D. Diego de Zúñiga, convinieron en que, hallándose rodeada de espías la embajada, era lo más oportuno que al siguiente se pusiera de nuevo en marcha D. Juan. Éste pudo enterarse por Zúñiga del grave estado en que se hallaban las cosas de Flandes, al extremo de que habiendo pensado el bastardo dirigirse por de pronto á Cambray, tuvo que renunciar á tal propósito á causa de haber tomado posesión del castillo que defiende la plaza el Sr. De Ische en nombre de los Estados y hacer el viaje en dirección á Metz para llegar hasta el Luxemburgo, *única* provincia que por aquellos días recono-

cía la autoridad del Rey. ¡A tal extremo habían llegado ya las cosas!

El día 3 de Noviembre entró D. Juan en Luxemburgo acompañado de Gonzaga y de dos oficiales españoles que se le unieron en París, puesto que Silva enfermó por el camino. «¡Dios sea loado!» escribía á doña Magdalena de Ulloa, la viuda de Quijada. «Tan presto echando pie á tierra como volviendo á montar, y con todo el trabajo que cabe imaginarse, acabo de llegar aquí..... Todo anda trastornado en estos Países. Con el nombre del Rey confedéranse y se llama á las armas á gran número de franceses, ingleses y valones, gente de todas las naciones destinada á expulsar por la fuerza á los españoles. Se discute al mismo tiempo un régimen nuevo tan contrario al servicio de Dios como á la obediencia del Rey, y la insolencia llega al extremo que el Príncipe de Orange hace preparar en Bruselas el palacio en que se le debe recibir, haciéndose todo ello con el nombre de S. M. Para tomar estas medidas el Consejo y los Estados marchan de acuerdo, mas para cuanto sea de utilidad nadie quiere tener la iniciativa. Tal es la miserable situación en que hallo á este pobre país. Le ofrezco la paz, espero respuesta..... Todo lo pongo en manos de Dios, nuestro Señor» (1). En estos términos se expresaba D. Juan en la primera carta que dirigió á España. No eran como puede juzgarse muy gratas las impresiones recibidas.

Pero había llegado ya el momento de poner en ejecución los proyectos del Rey, y éstos eran en primer término que don Juan diera conocimiento al Consejo de Estado y á los Estados de cada provincia de su arribo, así como de la misión pacificadora que iba á realizar. Un escrito autógrafo del Monarca, especie de nota confidencial que dió á D. Juan antes de ponerse éste en camino, advertía que ante todo era preciso ver si sería recibido y si los rebelados se contentarían con lo que hasta entonces se les había ofrecido, porque,

(1) El original de esta carta, citada por Mr. Kervyn en su obra *Los hugonotes y los mendigos*, existe en el Museo Británico.

añadía, «si las cosas estuvieren tan adelante que no haya que confiar en esto, y pidieren el sacar los españoles, y se pudiere acomodar esto con que sea después de reducido lo de Olanda y Gelanda, y desarmados los Estados, y quedado en los castillos guarnición de tudescos, y que en lo del Príncipe de Orange se remita á justicia, y que se vuelvan las cosas al gobierno y pie antiguo del tiempo del Emperador mi señor y padre mío, cuando estaba allá, que se les conceda..... Pero si las cosas estuviesen tan apretadas que lo pidiesen todo absolutamente, y que de otra manera no quisiesen recibirle, parece que, salvando la religión y mi obediencia, cuanto se pueda, llegando las cosas á estos términos, *presupuesto que conviene atajar este fuego y no dejar llegar aquella gente á la última desesperación, y que con ella se cierre todo, que se debe conceder lo que fuere menester para acabar y salvar lo que se pudiere*, y que el último advertimiento que se puede dar en tal negocio es este, *que se fie de aquella gente con toda la aventura que se corre.*» Otros advertimientos hacía el Monarca, uno de ellos relativo al licenciamiento y pago de la gente de guerra, que debía apresurarse; otro en el que dice: «Advertir que en estos últimos desórdenes y en otros debe de olvidar y *no hacer caso de todo lo pasado.*» É insistiendo respecto á este particular en un papelito aparte, entre otros encargos hay el siguiente: *Disimular con lo pasado* (1).

El mismo día en que D. Juan llegaba á París, firmaba Don Felipe el texto de las definitivas instrucciones tocante á la pacificación. Por de pronto rogativas generales; luego dar conocimiento de los propósitos del Monarca que á trueque de lograr el mantenimiento de la religión y de la propia autoridad, estaba resuelto á otorgar á sus vasallos una prueba de su amor paternal. En adelante los Países Bajos serían regidos con arreglo á derecho, razón y justicia; restableceríase los usos de la época del Emperador Cárlos V; se aboliría el Tribunal de los tumultos. En el Brabante ajustaríase todo á tenor de la *Alegre Entrada*. Los malhechores serían castigados,

(1) *Correspondencia de Felipe II*, tomo IV, páginas 426 y 427.

recompensados los buenos. Concederfáse una amnistía general, excepción hecha del Príncipe de Orange. Se licenciarían los reitres y se reconstituirían las Bandas de ordenanza. Sólo en caso de perentoria necesidad se utilizaría el servicio de los regimientos valones, alemanes bajos y *aun españoles*. El nuevo gobernador quedaba facultado para la convocación de los Estados generales. Además reuniría el capítulo del Toisón de Oro para contribuir á la pacificación. Por último, utilizaríanse todos los medios para que los Estados de Holanda y Zelanda *volviesen al buen camino*.

Pero á estas instrucciones siguen otras más concretas, ya relativas á la salida de las tropas españolas, ya á la excepción hecha en la amnistía contra Orange, excepción que ha de ser borrada, puesto que, de no hacerlo, el lazo que une á Orange con la Holanda y la Zelanda impediría todo arreglo; ya en suma á la conducta que ha de seguir para captarse la voluntad de los flamencos. Confiaba Felipe II poder salvar de este modo el más grave de los peligros, pero en el punto y hora á que habían llegado las cosas, estas salvedades no iban á influir poco ni mucho en la marcha de los acontecimientos. Antes por el contrario, la presencia de D.^e Juan en el Luxemburgo, por los días en que tocaban á su fin las negociaciones de Gante, iban á precipitarlos, como ya verbalmente lo advirtió al austriaco el Sr. De Naves, gobernador del Luxemburgo en reemplazo de Mansfeld.

El 4 de Noviembre, esto es, al siguiente día de su llegada á Luxemburgo, D. Juan de Austria escribía de su puño y letra dos cartas, una dirigida al Consejo de Estado, en la que, después de anunciar su llegada, declara el gran sentimiento del Rey por el estado del país y sus deseos de que la paz se restablezca; solicita que se suspendan las hostilidades y que los diputados vayan sin pérdida de tiempo á su lado, y participa que ha dado orden á los españoles para que á su vez no cometan acto alguno hostil. A esto se refiere precisamente la segunda carta expedida á todos los jefes católicos. «Os mando que en la hora que esto recibáis no os mudéis de vuestros alojamientos ni hagáis ninguna novedad sin que me avi-

séis del estado en que estáis.» Luego redactó otras tantas cartas para los Estados y Consejos de provincia, pero no así para los titulados *Generales*, reunidos en Bruselas, porque esta Asamblea, congregada sin autorización del Rey, era ilegal. En todas, D. Juan expresaba los buenos propósitos del Rey para llegar á la paz y sus deseos personales para conseguirlo. ¡Propósitos tardíos! En las breves horas pasadas en Luxemburgo pudo convencerse de la inercia de la política española, engendradora de tanto desastre. Ahora iba su llegada á causar impresiones bien opuestas. En Amberes, entrada á saco el mismo día 4, en que se escribieron aquellas cartas, los españoles señoreaban las calles acero en mano, secundados por los mercenarios alemanes; en Bruselas, mientras los Estados discutían acerca de si debía recibirse á D. Juan, el pueblo se amotinaba en las calles dando gritos de muerte contra los dominadores. El Duque de Arschot, que acudió á la Asamblea para dar á conocer el Mensaje que D. Juan dirigió al Consejo de Estado, recibió de ésta la contestación de que asumiendo ella todo el poder, á ella correspondía tomar un acuerdo. Mas no se llegó á éste sin grandes discusiones.

Logrado que fué, comisionóse al Sr. De Ische para que diera á D. Juan la bienvenida y le invitara á trasladarse sin acompañamiento militar á Bruselas, pero al mismo tiempo se nombró otros dos comisionados para advertir á Orange los motivos en que se fundaba este acuerdo, y además cuidóse de calmar la efervescencia del pueblo, dándole á conocer que la Pacificación de Gante estaba ajustada ya por aquellas fechas. Con lo que dicho se está, hasta qué punto eran sinceras las manifestaciones hechas por los Estados tocante á sus deseos de «persistir en la santa fe y religión católica romana, así como en la obediencia debida al Rey.» Don Juan hubo de comprender en el acto, por las fórmulas corteses y vagas de la invitación, que el mensajero de los Estados generales no hablaba con sinceridad. Orange, en cambio, cuyos consejos reclamaban los Estados, escribíales manifestándoles que no trataran con D. Juan mientras los españoles permanecieran en el país. En esto consistía toda su política: en asegurarse de la

persona de D. Juan. Su llegada, decía, será ventajosa si se logra sacar partido de ella; carece de salvo conducto y nada obliga con respecto á su persona. Con tener asegurado este gaje, ya tenían los Estados adelantado mucho para la obra de la unión y de la libertad, porque era cosa segura que España no se atrevería á enviar personaje alguno que pudiera vejarnos. Y á estas declaraciones secretas, siguió una carta dirigida á los Estados del Brabante, en la que se consigna: primero, el ofrecimiento incondicional de sus poderes é influencia, hacienda y persona (*mi vida y todos mis recursos*) para defender la causa que les une; segundo, consejos acerca de la respuesta que ha de darse al Duque de Alençon, hermano del Rey de Francia, en lo que tocaba á los ofrecimientos hechos por éste. Por último, por lo que respecta á D. Juan, Guillermo, que había hecho á los enviados de Bruselas, según ya se dijo, declaraciones reservadas, se refiere á ellas en estos breves términos: «Ya he declarado sin ambages mi opinión tocante á este particular consultado á nombre vuestro, es decir, en lo relativo á la llegada de D. Juan de Austria.» Y como si esto no bastara, Orange escribía á sus amigos y adeptos en Bruselas que él no pensaba trasladarse á la capital, ya por no hallarse del todo seguro de la paz, ya por no tener confianza alguna en los propósitos del nuevo gobernador.

Ocurría esto en los primeros días de Noviembre de 1576, y precisamente por estos días llegaba de Madrid un secretario del Consejo de Estado con encargo de anunciar el regreso del Barón de Rassenghien y de presentar la orden que ponía término al Gobierno de las provincias desempeñado por este Consejo; por manera que desde este punto y hora quedaba D. Juan de gobernador efectivo de los Países. Como el anterior mensaje de los Estados al austriaco no produjo resultado alguno, porque D. Juan despidió al Sr. De Ische con términos muy corteses, pero manifestándole su disgusto por la frialdad con que era recibido y sus propósitos de ir á Bruselas, no como un simple correo, puesto que desde su entrada en el Luxemburgo era ya el señor D. Juan de Austria y como á tal investido por el Rey de todos los poderes y con

la voluntad de hacerse acompañar y escoltar, según le conviniere, el Consejo y los Estados acordaron enviar al austriaco sus respectivos diputados para ofrecerle aproximación y reconciliación. Uno y otros limitáronse á protestar de su ardiente amor á la paz; empero D. Juan, harto ya de protestas excusas, declaróles en términos categóricos que él no se había puesto en camino sin la autoridad necesaria para sofocar la rebeldía, que lo que importaba era conocer cuáles eran los mejores medios que el Consejo de Estado y los Estados creían necesarios para conseguir aquel fin y que él á su vez les daría á conocer los intenciones del Rey, que no eran otras que conceder á sus leales vasallos tal satisfacción, que á juicio del mundo entero quedaran complacidos y gozosos.

A decir verdad no se acierta á comprender cómo la concordia que estaba en todos los labios y que todos apetecían no llegara á ser un hecho; porque si por un lado D. Juan ofrecía en nombre del Rey toda clase de seguridades sobre la base de la fe católica y la obediencia al Soberano, esta misma base la aceptaban las Provincias, ya que en las instrucciones dadas al primer enviado, Sr. De Ische, le manifestaban el deseo de un arreglo con el ánimo de persistir en aquella fe y en aquella obediencia (de lo que protestaban ante Dios y ante los hombres), y luego por boca de los comisionados, que más adelante se avistaron con el austriaco, el preboste Fonck y el abate Moroilles, insistían en que no admitían ni otra fe que la católica, ni otro príncipe que su Rey y señor natural (1). Empero, pese á las buenas disposiciones de D. Juan y al excelente efecto que su persona causó en los representantes de los Estados, y pese á la situación angustiosa en que se hallaban los espíritus, el acuerdo no se convertía en un hecho. Sólo teniendo en cuenta los manejos de Orange se llega á concebir la prolongación de aquel estado de cosas. Para éste fué la llegada de D. Juan una verdadera contrariedad, porque en la persona del bastardo concurrían, no sólo el lustre de la san-

(1) «Porque de V. M. querian ser, y con su sangre hasta la postrera gota mostrar que ni trocarian otra fé que la católica *que tienen*, ni mudarian otro Príncipe del que les es natural y señor.»—*Correspondencia*, tomo V, pág. 43. Don Juan al Rey.

gre, sino los prestigios de la gloria militar conquistada en ocasión señaladísima; porque por flamenco se consideraba á don Juan, y á su persona se unían por muchos conceptos los recuerdos del Emperador-Rey, y porque, en suma, tratábase de un personaje que, hallándose en la flor de la vida, hermanaba á la gallardía, el despejo, la cultura y la templanza; circunstancias las más propias para captarle las simpatías y el afecto de los flamencos. Pero ante las ofertas del Rey hechas por boca del austriaco, no cabía una rotunda negativa; así es que su política encerrábase en los conceptos de que él no trataba de desobedecer á su legítimo señor, sino de que la Pacificación de Gante fuera reconocida por el nuevo gobernador y de que éste despidiera á los españoles. Tales eran sus manifestaciones públicas, pero en realidad de verdad ya cuidaba él de neutralizarlas con sus manejos y de conducir éstos de tal suerte que destruyeran á la postre los efectos de aquéllas.

Si en alguna ocasión se puso de manifiesto la doblez de Orange, fué en la de la llegada de D. Juan de Austria, y ahí están para justificarlo las cartas dirigidas á sus partidarios y sus gestiones con el Duque de Alençon. No se ocultaban estos manejos á D. Juan, puesto que el 18 de Noviembre ya decía al Rey que en el país ejercían Orange y los suyos tal influencia, que tomando á éste casi por padre, *no executaban cosa alguna sin su acuerdo y consejo*. «Ellos le han obedecido, añadía, de manera que al pie de la letra hacen lo que dice, y *me entretienen á mi ganando tiempo en sus tratados con el fin de que yo le pierda en lo que hubiere de resolver*» (1). Y tal apreciación no podía ser más exacta. Mientras D. Juan desoía los consejos de Roda para que al frente de los tercios victoriosos marchara sobre Gante ó restableciera en Bruselas la autoridad real, en tanto se negaba á buscar nuevo asiento en Maestricht para que en unión de D. Fernando de Toledo pudiera dirigirse á Amberes; y ganoso de la concordia era el primero en reprobar los excesos de la soldadesca, Orange entregábase en cuerpo y alma á la tarea de desacreditarle atri-

(1) *Correspondencia*, tomo V, pág. 45.

buyendo á la comisión que traía el austriaco los propósitos más traicioneros. Aseguraba que habían sido interceptadas cartas del Monarca á Roda, recomendando el disimulo hasta tanto llegara éste, afirmaba que los españoles de Amberes no le obedecerían y tendría que acomodarse con ellos, y aún llegaba á decir que el Duque de Alba, al frente de un florido ejército, iba á desembarcar en las costas de Italia para tomar la vuelta de Flandes. El terrible saco de Amberes no sirvió menos á los fines de los rebeldes, según escribía Lalaing á Orange, y aumentó la general efervescencia el hecho de haber rechazado la guarnición de Ruppelmunda á los españoles que salieron de Amberes para hacer frente á un refuerzo de tropas holandesas que Orange enviaba á petición de los Estados. En estos también dominaban las más grandes vacilaciones, porque Champagney, expulsado de Amberes por los españoles, trataba de disuadirlos de toda negociación con don Juan, hasta tanto que los Tercios no salieran del país, y aún se atrevía á pedir que se confiara el Gobierno á un consejo de naturales, mientras que el Barón de Héze, al frente de las tropas populares, convertíase en dueño y señor de la capital, haciendo caso omiso del poder de la asamblea de los Estados, supeditada ya á las veleidades de la muchedumbre. Compréndese, dados tales antecedentes, la escasa formalidad de los Estados, desde el punto y hora que habiendo dado á D. Juan, por medio de sus comisionados, la promesa de que ellos irían á constituirse en Namur, donde á su vez se trasladaría D. Juan, escoltado en la forma que mejor le pareciera; pocos días después entregaban al Barón de Rasseinghien cartas para el bastardo, en las que á vueltas de grandes protestas de respeto, se le exigían condiciones tan ominosas como el reconocimiento de todo lo hecho hasta entonces, incluso la unión de los Estados y la pacificación de Gante, el despido de los soldados españoles, la conservación de los antiguos privilegios y la exclusión de todo extranjero en los Consejos del país.

Es de advertir que este Barón de Rasseinghien, portador de las cartas á D. Juan, fué el comisionado por el Consejo de

Estado cerca de Felipe II para darle conocimiento de la gravedad del estado de cosas y la urgencia de los remedios. Como es de suponer, al llegar á Bruselas pocos días después que D. Juan á Luxemburgo, su misión, tocante á los esperados remedios, debía variar muy poco de la confiada á D. Juan. Redújose, pues, á hacer presente los buenos propósitos del Rey, y que de manos de éste había recibido cartas para don Juan, encaminadas á lograr la conciliación tan deseada; pero en suma, ni las promesas de aquél ni las declaraciones de éste consiguieron precipitar el arreglo, porque la actitud de los Estados era tal, que, sobre modificar á cada momento sus exigencias, las complicaban además con reclamaciones formales de socorro hechas al Duque Casimiro y á la Reina Isabel de Inglaterra. Y precisamente en los momentos en que más se habla de la paz se organizaban las fuerzas militares, se restablecían los odiosos impuestos del *décimo* y el *vigésimo* y se constituía un campo en toda regla entre Lierre y Malinas (en Wavre Notre Dame). «No nos dejemos entretener, ni seamos flojos en utilizar los medios que Dios pone en nuestras manos, escribía Orange; antes por el contrario, preparemos todas nuestras fuerzas y recursos, como si estuviéramos abocados á una segura guerra, de la que habrá de venirnos toda ventaja y garantía para lo porvenir» (1). He aquí por qué serie de contradicciones aparecían ahora reclamando auxilios ajenos los que se alzaban contra los extranjeros, y cómo en nombre de la paz pública, se pedía á toda costa la guerra, precisamente cuando la paz se ofrecía sinceramente por el Monarca y por su gobernador. Pero no en balde habían transcurrido los años, y ya no era tan fácil como juzgaba el primero enmendar los yerros y las preocupaciones de una política torcida é irresoluta. Así es que con pedir el Rey una soberanía casi nominal á trueque de que prevaleciese la unidad de creencias, no querían ya satisfacerse aquéllos que habían soportado diez años de guerra y para quienes el sacrificio era ya cosa habitual.

(1) Orange á Liesfelt, cit. por Kervyn en el tomo IV, pág. 210 de su obra.

Bien comprendía Orange que difícilmente podría presentársele ocasión mejor para renovar la lucha con España. El país entero estaba ahíto de los excesos y tropelías de la soldadesca, dudoso acerca de los remedios tardíamente ofrecidos por el Rey, esperanzado con los socorros que del exterior le prometían; los españoles reducidos á las plazas de Maestricht y Amberes; D. Juan detenido en Luxemburgo, única provincia leal á España. Por esto daba alientos á la resistencia, y después de negarse á la invitación de los Estados para que se trasladase á Bruselas y cooperara á la obra de la paz (1), todos sus cuidados fueron para la reunión de tropas en el campo de Wavre á cuyo efecto hizo que los Estados reclutaran 8.000 mercenarios tudescos y 1.000 jinetes, y al mismo tiempo para activar las negociaciones con el Duque de Alençon.

A primera vista causa extrañeza que el hombre que no quería admitir el mando ni la superioridad de un gobernador español, se decidiera á otorgar un poder más ó menos efectivo á un príncipe extranjero y por añadidura católico; pero en esta misma gestión échase de ver la rara habilidad de Orange. Precisamente por su calidad de príncipe de la sangre, no menos que por tratarse de un príncipe católico, Alençon no debía despertar sospecha alguna en las provincias belgas y en cambio se hallaba en las mejores condiciones para contrabalancear la influencia de D. Juan, sin eclipsar la de Guillermo. Y si á esto se añade el conocimiento que éste tenía de las cualidades negativas del francés, hombre tan inquieto como veleidoso é insubstancial, comprenderáse fácilmente todo el alcance de sus propósitos, ya que sin perjudicar en nada la influencia personal que él ejercía en Holanda, con ponerlo frente á frente del austriaco conseguía dividir la opinión de los católicos, aumentar los recelos del Monarca español y prolongar la lucha armada.

(1) Toda la política y procederes del Príncipe de Orange se reflejan perfectamente en la serie de documentos de los *Archivos de la Casa Nassau-Orange*, en los que, entre otros, ha basado su concienzuda obra *Los hugonotes y los mendigos* el citado Sr. Kervyn. No hay páginas que mejor que éstas retraten el carácter y tendencias del *Taciturno*.

Resultado de la gestión personal que sostuvo con el príncipe francés, fué, no sólo la oferta de socorros por parte de éste, sino el nombramiento de emisarios que fueron á tratar con los Estados generales las condiciones del socorro y el título con que debía darlo el Duque de Alençon. Y aunque por de pronto la Asamblea no se mostró propicia á otorgar al Duque el dictado de *Protector del país* á que aspiraba, ni tampoco á aceptar los socorros ofrecidos, ello es que se comprometió en una negociación nueva, muy poco en armonía con la que venían efectuando sus representantes acerca de D. Juan. Con todo, tal negociación fué harto laboriosa, y por de pronto sólo dió motivos para alarmar á la Reina de Inglaterra, al extremo de llamar ésta al enviado de los flamencos, para declararle, que no sólo veía con malos ojos tales aproximaciones, sino que estaba dispuesta á renovar las ofertas de mediaciones entre los Estados y Felipe II. De este modo se llegó á los últimos días de Noviembre de 1576.

Entretanto en Bruselas continuaban dominando los sectarios de Orange, con Heze á la cabeza, y aunque los excesos cometidos por la soldadesca de Tympel llenaron por un momento de indignación á los burgueses, que se vieron obligados á recurrir á las armas, es lo cierto que ni esta falta de respeto á la corporación de los Estados, ni los ultrajes y desacatos que los católicos recibían de las tropas de Orange, movían á la Asamblea á imprimir un rumbo fijo á su política. Lejos de ello, parecía ésta cada vez más embrollada por los factores nuevos que la debilidad y la ambición de cada grupo ponía en juego. Bajo la reacción del temor despertado por los sucesos de Bruselas y los consejos de Rassinghien, reanudáronse otra vez las negociaciones con D. Juan, pero se reanudaron sosteniendo los Estados un representante cerca del Duque de Alençon y después de haber enviado un emisario al Archiduque Matías, hijo del Emperador de Alemania, Rodolfo, otro candidato sustentado por los diputados católicos de la Asamblea. Por donde se daba el caso de que el socorro de la rebeldía se esperase de señores católicos, hermanos é hijos de príncipes que tal nombre tenían, y contra

un monarca de rama austriaca y genuino representante de los intereses católicos en Europa. Pero lo que ante todo y sobre todo se quería era la expulsión de los españoles, y como D. Juan era el legítimo representante del poder de España, ya en el odio á los primeros se mezclaba la persona del segundo, cada día más desprestigiado por virtud de las calumnias que contra él sembraban los partidarios de Orange. No era posible, pues, que se llegara á un acuerdo entre el austriaco y los Estados, porque no existía por parte de éstos el deseo de lograrlo. Tanto es así, que el mismo don Juan, harto de dilaciones y pretextos, hubo de llamar á su presencia á los representantes de la Asamblea para decirles que como quiera que después de transcurridos dieciocho días, á contar del de su llegada, no sólo no había recibido respuesta categórica de los Estados ni del Consejo, no obstante tener ya éstos conocimiento oficial de los poderes de que era portador, sino que, por el contrario, llamaban aquéllos en su ayuda á franceses y alemanes, ocupaban las ciudades de Gante y Valenciennes, y empleaban las tropas del Príncipe de Orange, se creía en el deber de protestar ante Dios y ante ellos, y de advertirles que en el caso en que los Estados asediaran plaza alguna, acudiría en auxilio de ésta, tomando el camino de las armas, ya que el de la templanza, tan deseado por él, no conducía á los fines apetecidos (1). Acto seguido despidió al señor de Rassenghien con encargo de avisar á los Estados que si en el plazo de seis días no cesaban en sus armamentos y operaciones no esperaría por su parte más. Opinaba D. Juan, con harto fundamento, que la salida de los españoles no satisfaría ya á los rebeldes, y así lo escribía al Rey; pero decidido á buscar la senda de la conciliación, quería también llegar cuanto antes á uno de los términos de esta disyuntiva. Sin embargo, creyendo peligrosa la prolongación de tal estado de cosas, no olvidaba advertir á Don Felipe que en la indefensión iba á los españoles la vida.

Bajo el peso de este requerimiento no vacilaron los Esta-

(1) Museo Británico, Add., 28.702 cit. de Kervyn.

dos en reanudar las negociaciones por entender eran todavía temibles las fuerzas del Rey y muy dudosos los socorros ajenos; pero la condición indispensable para todo trato consistía en el alejamiento de los españoles. A trueque de esto ellos prometían suspender los armamentos así como el llamamiento de las tropas francesas. Por último, solicitaban de D. Juan tuviera á bien aproximarse á ellos, acompañado de algunas Bandas de ordenanzas, con lo que se adelantarían las negociaciones. Sobre esta base comenzaron de nuevo éstas el 2 de Diciembre de 1576, llevándolas de parte de los Estados el antes citado Rassinghien, el abad de San Gislain y el Marqués de Havré, á los que se agregaron Champagney y otros dos señores flamencos. Y como sobre el acuerdo de la partida de los españoles no había diferencia de opiniones ni hicieron aquéllos reparo alguno á los dos puntos concernientes á la religión y á la soberanía de Felipe, convínose una suspensión de armas por quince días.

Pero si D. Juan estaba muy dispuesto á que los españoles salieran de la tierra, la conformidad con los Estados dejaba de existir respecto al procedimiento á que debía recurrirse. Más claro. No parecía bien á D. Juan que aquéllos abandonaran el país, antes de que éste se hallara del todo pacificado, porque ello equivalía á ponerse él en manos de Orange, totalmente desarmado; pero tampoco querían los Estados privarse de las armas, escarmentados y dudosos como se hallaban, sino ya ganosos de convertir á D. Juan en juguete de su política—como más adelante se vió.—Y así, mientras objetaba el abate de San Gislain que si D. Juan comenzaba por demostrar desconfianza, esto sería como prueba de abrigar propósitos no mejores que los de quienes le antecedieron; replicábale por su parte el austriaco—y así lo escribía al Rey—que los Estados no podían decir fuera su desconfianza mayor que la de ellos, ya que después de los sacrificios y esfuerzos hechos para llegar á una paz razonable, incluso la suspensión de hostilidades ordenada á los españoles, no veía él por parte alguna síntomas de paz, antes por el contrario, que cada vez con más furia continuaban los rebeldes en sus armamentos.

La carta en que D. Juan da cuenta al Rey de estas negociaciones termina así: «En suma, Señor, ellos pretenden y quieren resueltamente que ante todo *eche á los españoles fuera y me meta con ellos, y esto con tanta brevedad, que no admiten punto de dilación.* De los dos puntos de que les he pedido me asegurasen, esto es, la observancia de la religión católica y la obediencia á V. M., no sé lo que pueda prometerme en vista de las peticiones que me hacen en el antes mencionado escrito (1). *De concederles yo lo que desean, porque no se pase este fuego más adelante, anteveo el inconveniente de valerse de mi medio para hacer de las leyes divinas y humanas á su modo, como lo han hecho del nombre y servicio de S. M. para levantarse sin que yo les pueda ir á la mano, con la fuerza que sería menester; y así siento en el alma no hallarme de suerte que pudiera establecer lo que á esto toca, como veo convenir.* Mas si les niego lo que con tales instancias piden, veo inevitable la guerra, hallándose como están estas gentes privadas de razón, al extremo que faltándoles qué responder, *se cierran con que se ha de hacer lo que quieren, y que por el mismo caso morirán todos, si no les valiere el abrir las puertas (al extranjero) y ayudarse de cuantos medios pudieren.*»—Hay que fijarse, sobre todo, en unas líneas de esta carta que dan idea clara de la situación de D. Juan y de las condiciones en que se presentaba la lucha: «Si los ministros que han gobernado estos Estados con tan gallardos ejércitos y armadas, provisiones y asistencias de cuanto fuere menester (dice) no fueron parte para contener á su devoción lo que agora está alterado y para reducir lo que en Holanda y Gelanda se había revelado, y si á la postre todo ha pasado en situación tan desesperada, ¿qué podría prometerme yo falto de todo?.....» Y añade: «Ciertamente la situación es tal á llenar de zozobra á otro más experimentado y más ayudado de personas de consejo y confianza que yo. No extraña V. M. que yo no pueda dar más

(1) El texto íntegro de la *Representación* de los Estados, así como la contestación de don Juan, se halla en los Apéndices al tomo V de la obra de Gachard páginas 600 á 613.

luz acerca del término de este asunto, *porque de una hora á otra no se puede escribir cosa cierta.*»

A esta carta siguió otra escrita el mismo día, no solamente interesante desde el punto de vista especial de estos sucesos, sino porque en ella se refleja el estado angustioso de la monarquía española. El austriaco comienza por dar, no sólo idea de la apurada situación en que se halla, sino de la falta de personas de su confianza, rodeado como se encuentra de hombres interesados é impertinentes. Muy necesaria fuera la presencia del Rey para resolver y concluir lo que nadie más que éste podría, pero opina que al punto que han llegado las cosas, aún así no se evitaría la sangre. Por los escritos que le manda de los Estados y los avisos que acompañan á éstos, puede ver el Rey lo que ellos piden respecto á la paz concluída con Orange y las garantías que exigen para que esto y todo cuanto ellos hicieron sean mantenidos y cumplidos. Cuanto á la religión y obediencia al Rey, lejos de quedar aseguradas, la primera corre grandes riesgos con el trato y libre comercio entre todas las provincias y la segunda se pierde desde el punto en que Orange queda, no sólo perdonado, sino agradecido y honrado. Cierto que lo que prometen á trueque de lo que piden es razonable; pero, ¿qué seguridades puede abrigar él de que lo cumplirán?.... Muévenle á que se ponga en sus manos y apriétanle con palabras artificiosas, pero esto es vana apariencia, pues en el seno de la confianza aseguran que ellos no le aconsejarían tales cosas, porque el partido de los rebeldes y de los perversos es más poderoso que el de los tímidos, y con él forman causa común el pueblo y la nobleza. Y á pesar de haberle ofrecido por medio de dos diputados suyos que se trasladara á Namur, según escribió al Rey, negaban ahora que hubiesen dado tal comisión, y aseguraban que éstos obraron sin poder alguno. Publican suspensión de hostilidades y cada día levantan nuevos rumores de trastornos, tratan de ganar plazas y acrecer sus fuerzas; por manera que, si á esto se añade el lenguaje de los diputados que han ido á entenderse con él y que sus propósitos no son otros que vivir en libertad y utilizarse de él

para los que más les convenga, no sabe qué aviso ó resolución tomaría aún el que se hallara con mejores consejeros. *Todo falta acá*, dice textualmente, *todo también ha de venir de fuera; y ha de ser tanto, que acabemos presto la guerra, para no ser nosotros acabados y ponerse el resto en compromiso.* La misma provincia de Luxemburgo trae lleno de inquietudes á D. Juan, que no sabe, si la deja, á qué fuerzas ni á qué jefes puede confiarla. Las necesidades del Rey son tales, que hasta los niños las conocen. *El descontento en que muchos de sus vasallos viven en todos sus reynos, yo lo he visto y lo sé, que los he andado, y señaladamente el que dejé en los de España, que publican por esos caminos cosas que los disfraces que traía me hacían oír harto para atender muy á prisa al remedio dellas.* Creía además D. Juan que Italia, mal gobernada y solicitada por gente enemiga, podría llegar á los términos de Flandes, y, por lo mismo, únicamente con un grande y extraordinario esfuerzo por parte del Rey, podría atenderse al mantenimiento de la guerra, tanto más cuanto que se ofrecía el obstáculo del estado sanitario en la Lombardía. Por último, daba conocimiento al Monarca de que iba á ponerse en camino para Marche, con el propósito de que el Consejo de Estado, residente en Bruselas, se trasladase á Namur (distante ocho leguas de aquella villa). Desde este punto, y en adelante, verá de acomodarse á lo más conveniente, salvo el caso de que las armas de los Estados y las del extranjero no le obliguen, á su vez, á armarse para defensa de los españoles y de lo que le queda al Rey en los Países, porque en este caso ya advirtió á éste que lo haría y que se le diera la asistencia necesaria, debiendo recordarle las frases con que entonces le respondió: *Si tal caso sucede, en todo será menester acudirlos.* «Yo lo evitaré, añade el bastardo, como quien conoce lo que es, mas si me forzaren, habré de defenderme.» Es cuanto le cabe hacer por el momento. Mas en este intervalo importa que se le envíe *socorro que lo sea*, pues de lo contrario oiría decir el Rey que habiendo él cumplido con todas las obligaciones debidas á su honra, había cumplido asimismo con el servicio del Rey ofreciéndolo todo á Dios.

Los hechos vinieron á demostrar hasta qué punto eran fundados los temores del austriaco, aquejado por aquellos días de grave enfermedad; mas, por lo pronto, se llegó á un acuerdo entre él y los comisarios de los Estados, porque las dudas que D. Juan abrigaba tocante al punto de la religión, fueron disipadas por el Obispo de Ipres (1), gracias á cuya mediación se firmó el acta del acuerdo el 8 de Diciembre de 1576, y en seguida partió el Marqués de Havré para Bruselas y púsose en camino D. Juan para Marche. El bastardo fué conducido en litera, y tal era su estado de abatimiento, que pocos días antes había escrito al Rey una carta autógrafa en la que protestando de su fidelidad y de su amor, le advertía que su cuerpo «estaba en lo postrero de la vida» y que si bien no le faltaban ánimos para combatir á los enemigos, debía tener presente el Rey que «á largo andar no hay cosa fuerte, si por todas partes vamos combatidos y cercados». ¡Triste pronóstico de las amarguras que aún le reservaba el destino! Porque aquella paz tan afanosamente perseguida no se lograba nunca, y cuando más parecía tocarse, desaparecía como por encanto. Y es que Orange, siempre despierto y vigilante, sabía deshacer en Bruselas, con rara habilidad, la obra tan penosamente levantada en Luxemburgo. A fines de Noviembre dirigía cartas á los Estados, á sus partidarios y amigos, á los agentes franceses. Una especie de *ultimatum* á los primeros les señalaba la pauta á que debían ajustar sus peticiones: expulsión de los españoles, demolición de las fortalezas, confirmación de todos los privilegios, incluso el de la «Alegre entrada», que, en caso de violación de aquéllos, dispensa de la obediencia al Príncipe; consejo formado por naturales del país elegidos por los Estados generales, aprobación anticipada por éstos del nombramiento de gobernadores generales, designación de guarniciones, armamentos, nombramiento de magistrados y oficiales de la jus-

(1) Dijole éste, repitiéndolo *diversas veces*, que la Pacificación de Gante «no sólo no derogaba, sino que antes era en grande acrescentamiento della (de la Religión), y que él lo sustentaría ante Su Santidad, y en cualquier parte que fuese menester.» *Correspondencia*, tomo V, página 118.

ticia á la antigua usanza, é igualdad de derechos en las diez y siete provincias. Ello no hubiera sido bastante de no haber favorecido su política un hecho al que supo dar el Príncipe importancia y alcance de que carecía. Que fué haber interceptado unas cartas dirigidas á Roda por el Rey, en las que al anunciar la llegada de D. Juan con los «verdaderos remedios», le advertía que éste le daría las necesarias instrucciones por escrito, absteniéndose de verlo Roda para no despertar sospechas; pero en la que hacía constar que era su propósito ordenar la salida de los españoles. Como se ve, ello nada tenía de sospechoso; como tampoco lo tenía otra carta de D. Juan á Roda, interceptada asimismo por los rebeldes en la que éste se expresaba en los términos más conciliadores, bien que advirtiéndole era preciso no vivir desprevenidos, para lo cual pedía á Roda le diera noticia del número de soldados españoles que tenía á su lado. De una y otra carta hicieron Orange y Marnix excelentes armas; porque el primero alteró el texto de la del Rey dejando sólo aquellas vaguedades que hicieran suponer la existencia de un complot preparado de larga fecha, y el segundo no vaciló en afirmar ante los Estados que D. Juan no abrigaba otra idea que la de engañarlos y recurrir á la fuerza de las armas.

Mal dispuestos los ánimos, bastaron tales noticias para hacerlos rebeldes á toda conciliación. Con efecto, el Duque de Arschot no vaciló ya en declarar que el Rey trataba de volver á los tiempos del Duque de Alba, y que la suspensión de hostilidades era sólo disimulo, hasta tanto que D. Juan se hiciera cargo del Gobierno. En su consecuencia púsose de nuevo en relaciones con Orange, pidiéndole su apoyo y consejo; los Estados, por su parte, escribieron á sus diputados en el Luxemburgo para que atendieran por su seguridad personal; el pueblo mismo de Bruselas, agitado otra vez por el movimiento revolucionario, acudió al palacio donde se reunía la Asamblea reclamando á grandes voces la presencia de Orange, la entrega á éste del fuerte de la Esclusa y la prisión de los diputados tildados como sospechosos. Por manera que, apenas firmada el acta de la conciliación en Luxemburgo, en

Bruselas renacía con más vigor que nunca la discordia. Pero los efectos de ésta no fueron duraderos, porque con la llegada de Havré y con la presentación por Escobedo y Gonzaga, enviados de D. Juan, de la orden terminante de salida de los españoles, subscripta por éste, quedó deshecho el andamiaje levantado por Orange y Marnix, su agente en Bruselas. Desde aquel momento no dudaron los Estados. Mandaron un diputado á D. Juan para que ultimase los detalles de la partida y otros dos á Orange y á Isabel de Inglaterra, haciéndoles saber que era ya firme el acuerdo entre ellos y el austriaco, y acto seguido comenózose á preparar la ansiada salida de los tercios. Pedido parecer al Consejo de Estado, tanto en lo que se refería al itinerario que éstos debían seguir como á los atrasos que debían abonárseles, opinó éste que el pago á los españoles debía hacerse en Gante (caso de hacer la marcha por tierra) y en dinero, para lo cual debía pedirse un anticipo á los mercaderes de Amberes; y á los alemanes parte en telas, parte en asignaciones á larga fecha, pero haciendo antes un cálculo para el descuento prudencial de lo que unos y otros habían sacado del país, ya en forma de anticipos como de contribuciones. Los españoles debían marchar antes que los alemanes para evitar cualquier confabulación con éstos y reducir más fácilmente á los segundos. Cuanto al dinero pedido á los de Amberes, los Estados entregarían á D. Juan la suma necesaria para el pago, con promesa de asistir á éste tanto en los vencimientos como en lo que afectaba á las deducciones originadas por cuanto había sido sacado del país. Concluía el dictamen del Consejo proponiendo que se solicitara la aproximación de D. Juan y dando á éste toda clase de seguridades.

Ya no vacilaron los Estados en trasladarse á Namur, si bien para tranquilizar á los burgueses de Bruselas dejaron en la capital algunos de sus individuos con autoridad igual á la de toda la asamblea (22 de Diciembre); pero D. Juan, retenido por la enfermedad en el lecho y preocupado por la llegada á Huy de los embajadores del Emperador de Alemania, no pudo por de pronto acudir á aquella plaza y hubo

de recibir en Marche á los diputados de la Asamblea, á los que participó que había dado ya la orden de marchar á los españoles por vía de tierra y que no tenía inconveniente alguno en ir en persona á Lovaina ó á Malinas, siempre que se dieran rehenes al Obispo de Lieja. Los diputados presentáronle dos declaraciones á cual más importantes, la primera del Consejo de Estado dando por concluída la pacificación, la segunda del alto clero de las provincias flamencas en la que constaba que la pacificación de Gante no encerraba cosa alguna contraria á la religión católica; por manera, que dadas tales seguridades podía darse como terminado aquel difícilísimo pleito.

No fué así; sin embargo; y una carta dirigida por don Juan al Rey nos pone de manifiesto las dudas y desconfianza del austriaco. Héla aquí en extracto: Comienza éste por dar cuenta al Rey de la comisión dada á Gonzaga y Escobedo. En Bruselas tuvieron éstos una conferencia con el Consejo de Estado. En Amberes reunieron á los jefes españoles para tratar de la salida de las tropas. Todos ellos manifestaron ser esta cosa grave, pues sobre quedar la religión y el país abandonados, podía esperarse que retoñara la revuelta y lo que es peor aún cundiera á Italia el mal ejemplo. No obstante hallábanse dispuestos á obedecer. Cuanto al viaje por tierra opinaban que esto lo deseaban los Estados para dar lugar á que se desbandaran las tropas y añadían contestando á las observaciones de Escobedo, que les dejaran á ellos tratar con los Estados, que lo harían con mucha ventaja, pues si D. Juan quería que los quemaran, ellos lo harían sin reparo alguno.— Otro asunto importante trata la carta y es el que se refiere á la intervención del Emperador de Alemania en estas paces. Los representantes de éste fueron enterados del estado de los asuntos y pudieron convencerse de que las dificultades no existían por parte del Rey.—Acordada la concesión de rehenes que fueron Lalaing, Harvé, el Vizconde de Gante y el abad de Santa Gertrudis, D. Juan había dispuesto trasladarse á Malinas ó Lovaina, á pesar de que decía, «por el gran contentamiento que han mostrado de la resolución de entregarme, he echado á mala parte cuanto hacen. Como es

razón, juzgo que piensan, teniéndome en su poder, hacer y deshacer cuanto quisieren. Y con todo esto, obedeciendo lo que V. M. manda, sin mirar que voy vendido y á peligro de perder mi libertad, no teniendo en esta vida otra cosa, la pospongo y me iré entre ellos para que delante de Dios y de los hombres quede justificada la causa y parezca que *no queda nada por probar.*» Así y todo D. Juan pone en guardia al Monarca. «No me parece que V. M. se debe descuidar en ninguna manera *de prevenir y proveer lo que para una muy cruda y terrible guerra será menester*; que esto, si Dios milagrosamente no toca en estos hombres, y ellos son lo que son, *no puede faltar.*»

Opinaba D. Juan, con sobradísima razón, que el Rey no había cuidado lo bastante en restaurar su crédito, debido á lo cual públicamente se decía que no había que temer nada del Monarca por no hallarse en condiciones de hacer la guerra y *estar todo acabado y consumido.* Uno de los peores daños que causó á su regreso de España el Marqués de Harvé, fué propalar la penuria en que se hallaba el Tesoro real, noticia que enardeció á los rebeldes seguros de que, á pesar del propósito de castigarles, careceríase de fuerza para hacerlo. Por lo mismo era necesario que para desengañarlos computara S. M. sus negocios é diera gallarda muestra de su prevención. Él, entretanto, evitaría todo dispendio, y en el caso de no conseguir un arreglo con los Estados, como deseaba y para lo que trabajaba, trataría de ir entreteniéndolos hasta la llegada de la primavera.

Razón tenía para opinar así. El 8 de Enero participaba al Rey que los Estados generales no habían aprobado el arreglo hecho con sus diputados en Marche, fundados en que la elección de Malinas y Lovaina, como residencia del austriaco, no les parecía bien, así como tampoco la designación de rehenes, por ser los elegidos personas de gran utilidad en las asambleas, y añadía «así lo que V. M. ha de tener por muy cierto *es la guerra*, y para ella prevenir todo lo necesario, al mismo tiempo que voy tratando de la dicha paz y haciendo para ella las diligencias que sé y puedo, sin dejar nada atrás.»

É iguales avisos daba Escobedo al Rey. Según éste la guerra era inevitable, porque no obstante la tregua, los Estados iban ocupando el territorio, y á la par que trataban con D. Juan enviaban las tropas orangistas á tomar posiciones entre Maestricht y Lovaina con objeto de que las plazas leales al Monarca no pudiesen ser socorridas.

Las cosas habían llegado á tal extremo, que los mismos que aconsejaban á D. Juan la prudencia no creían ya que ésta diera resultado alguno. ¡Qué extraño, pues, que el austriaco se expresara en términos tan desconsoladores! Una carta de D. Juan al Rey fechada el 22 de Diciembre, da á conocer todas las amarguras que hacen presa en su espíritu. Carece de dinero y de crédito, pues para vivir apenas si cuenta con cien escudos y no halla quien le preste un ducado. Tiene que pagar sueldos y que levantar tropas. Cree que la presencia del Rey, aunque fuera sólo en la Lombardía, despertaría el temor y allanaría la sumisión. Pero si las circunstancias apremiaban, opinaba que éste no debía olvidar sus promesas, pues él antes que encerrarse en una plaza dejando abandonados los intereses de la religión y el Rey, preferiría hallar la muerte en un campo de batalla. Lo que importa que no olvide éste es la profecía hecha por los diputados de la Asamblea de Bruselas: la perdición total de los Estados, hechos piezas y distribuidos entre Francia, Inglaterra y Guillermo de Orange.

Todos estos avisos eran fundadísimos. Orange no descansaba en sus propósitos de desbaratar todo arreglo entre los Estados y D. Juan. Tan pronto supo que éstos se trasladaban á Namur, concibió la idea de constituir con los diputados que quedaban en Bruselas y los que él mandaría de Holanda y Zelanda una especie de asamblea revolucionaria destinada á neutralizar la de Namur, y todo ello mientras iban engrosando las fuerzas reunidas en Wavre, que á mediados de Diciembre sumaban la cifra de 30.000 hombres de infantería y 4.000 caballos. Estas fuerzas recibían orden de ponerse en movimiento y cruzar el Mosa con el objeto de aislar á don Juan y ver si era posible asegurarse de su persona. Y como

si nada faltara para añadir leña al fuego de la guerra, el Duque de Alençon, que por sí y ante sí había tomado el título de protector de los Países Bajos, cuidaba de atizarlo con cartas y mensajes á los Estados, á la burguesía de Bruselas y á los notables del país. En todos ellos excitábales Alençon á separarse de D. Juan y unirse á Orange, prometiéndoles los socorros necesarios para expulsar á los españoles. Y estas promesas iban ya traducándose en hechos á juzgar por la alocución dirigida á sus partidarios de Francia por el Duque, y la orden de levas dada por éste, cuando recelosos los Estados de la ingerencia francesa, hicieron constar en acta que ni ellos la habían pedido ni la consentían (26 Noviembre 1576) bien que para atenuar el efecto de estas protestas, le mandaran por conducto de su representante un escrito en el que manifestaban que, hallándose en tratos con D. Juan de Austria, suplicábanle suspendiera por algunos días el envío de socorros.

Mas al llegar á este punto, preciso es que se diga de qué suerte procedía la corte de Francia en el asunto de las negociaciones de Alençon y los Estados, y por qué manera influyó Inglaterra en el curso de aquéllas. Debil y temeroso el Rey Enrique III, juguete de las intrigas de su madre María de Médicis y de las ambiciones de su inquieto hermano, si por un lado recibía y entretenía á los embajadores de los Estados, por otro trataba de calmar los temores y recelos del embajador de Felipe II, D. Diego de Zúñiga. Pero como los hechos desmentían sus palabras, cuando apremiado por éste veíase en el caso de desautorizar á su hermano, concluía por manifestar que él era ajeno á sus intrigas y manejos. Únicamente las amenazas de una guerra en su mismo reino, obligábanle á dar seguridades de que «no sólo no ayudaría á su hermano con dinero ni con tropas, sino que haría sentir su disgusto á cuantos trataran de acompañarle» (1). Pero ni estas frases, ni el hecho de haber dado sus pasaportes al agente de los Países Bajos, desvirtuaban la conducta marca-

(1) Carta de Zúñiga á Felipe II del 21 de Diciembre de 1576.

damente hostil á Felipe II; que pocas veces en verdad se llevó á tal extremo la doblez. Y el mismo Zúñiga advertía que el embajador del Rey en los Países, Mondoucet, era el que mayores obstáculos ponía á todo arreglo, el que más trabajaba á favor de los rebeldes, dándose el caso de que, mientras este personaje, tan famoso por su intervención en los asuntos de Flandes, cuidaba de dar á D. Juan toda clase de seguridades, sostenía con Orange la más activa y amistosa correspondencia. Por añadidura el mismo embajador de los Estados despedido por el Rey era portador de una carta de Alençon en la que les rogaba dieran fe á lo que verbalmente les diría éste, esto es, que se hallaba presto á comenzar la guerra, para lo cual había reunido ya gran número de combatientes y nombrado jefes de significación.

Pero el resultado de estos manejos neutralizólo la actitud de Isabel de Inglaterra, que sabedora oportunamente de ellos, despachó á los Países Bajos un enviado con cartas para D. Juan y la orden de conferenciar en Bruselas con los principales individuos de la Asamblea, en especial Marnix. Temerosa la Reina de Inglaterra de que los Países Bajos no se echaran en brazos de Francia, todos sus anhelos se reducían á que llegaran éstos á un arreglo con D. Juan, pero sobre bases tales que tampoco quedaran totalmente sujetos á España. De aquí que mientras su enviado requería al austriaco para que antes de recurrir á las armas buscara un acomodo, pues de no ser así, preocupada la Reina por el temor del socorro francés y la pérdida de los privilegios nacionales, tendría que intervenir á su vez, advertía de paso á Marnix y á los diputados orangistas que el objeto de su misión no era otro que asegurar á la vez sus libertades y la obediencia al Rey. Todos los medios de la persuasión debían agotarse, porque para cortar las negociaciones con Francia, estaba decidida á echar mano de todos los recursos. Estas negociaciones las consideraba ella el mayor de los peligros. Y como si esto no bastara, Wilson, su embajador, cuidó de dar á los Estados iguales avisos, recordándoles de paso los juramentos que les ligaban á Felipe II.

Puestos los de Bruselas en este dilema y faltos además de dinero para sostener las tropas del campamento de Wavre, optaron por el recurso de pedir á Isabel, á trueque de aquellos consejos, un préstamo de cuarenta mil angelotes, reembolsable en seis meses, con la garantía de las principales villas, condiciones que fueron aceptadas por Isabel, pero añadiendo á ellas la de que no admitirían ni recibirían socorros de Francia, permaneciendo en la obediencia á Felipe II. Y por estas nuevas condiciones que implicaba una total ruptura con el Príncipe francés, pasaron los Estados ante el doble temor de Inglaterra y España. Bajo la influencia de este temor los diputados de las diecisiete provincias, reunidos de nuevo en Bruselas, juzgaron necesario ligarse estrechamente para observar á la letra la Pacificación de Gante, levantando de este acuerdo el acta conocida en la historia con el nombre de *Unión de Bruselas*, firmada por el Consejo de Estado y los diputados de los tres órdenes (9 Enero 1577). Por virtud de esta acta se juramentaban para defensa del país, expulsión de los españoles, bien que conservando la fe católica y la obediencia al Soberano; pero los diputados holandeses cuidaron de hacer constar en el acta la salvedad de que el punto concerniente á la religión sería tratado en una próxima Asamblea de los Estados generales. El que quisiera entrar en adelante en tierra holandesa debía prestar este juramento: «Juro fidelidad al Rey, como Conde de Holanda, bajo el gobierno del Príncipe de Orange, su *stadhouder* y Capitán general, así como á los Estados del país; juro también ayudar á la expulsión de los españoles y proceder en todo conforme al tratado de pacificación concluído en Gante el 8 de Noviembre de 1576.» Al siguiente día de este acuerdo, elevóse la pensión del Príncipe de Orange, se le confirmaron sus poderes militares y se convino en que éste no reconocería otra autoridad que la del Rey. De este modo consiguió Guillermo robustecer su influencia en los Países Bajos cuando comenzaban á faltarle los auxilios del extranjero.

Que eran inútiles todos los intentos de conciliación hechos por D. Juan, bien salta á la vista. Los mismos diputados que

fueron á Namur para realizarla, firmaban ahora el acta de Bruselas y tomaban acuerdos tan atentorios á la autoridad del Rey como era prescindir de la obediencia á la persona de D. Juan, legítimo representante de Felipe II en aquel Gobierno. ¿Qué era dable esperar de tales procederess?... Por lo mismo, no sin asombro, se lee que los que de tal modo se conducían, fluctuando constantemente entre las influencias extranjeras y las conveniencias nacionales, volvieron á reanudar en Huy (Lieja) las conferencias suspendidas en Namur. Ni causa extrañeza que éstas se aceptaran por parte de D. Juan de tan mala gana, que las considerara inútiles del todo, aunque se concediera lo que pedían y más de lo que pedían. Ya D. Juan había enviado al Rey por estas fechas (1) copia de la pacificación de Gante, pacificación que consideraba opuesta á los dos extremos exigidos por Don Felipe. Aun por esto pasaba, atendiendo á lo que opinaran los prelados y lo que decidiera el Consejo de Estado; mas en lo que atañía al Gobierno libre de Holanda y Zelanda dado al Orange y á su nombramiento de almirante, creía necesario no seguir adelante sin consultarlo con el Rey. «Para mejor acertar —decía— conviniera entender la voluntad de V. M. estando tan declarada la de éstos en la traición y maldad; que como son estas cosas graves y los que aquí venimos tan ajenos á ellas, habríamos mucho de menester alguna ley.» Y en la misma carta escribe el austriaco estas significativas frases: «Duraré en el mayor trabajo y fatiga de cuerpo y espíritu que puede tener un hombre honrado, que es *ir haciendo cosas deshonoradas y viles, entendiéndolo.*» ¡Si por lo menos, aún á trueque de tantos sacrificios, se hubiese logrado la ansiada pacificación!.... Porque precisamente el mismo día en que se abrían las conferencias de Huy (23 Febrero) recibían los diputados una carta (2) subscripta por el barón de Heze, Lalaing, Havré y Berseele, en la que se les advertía que si en el plazo de cuatro días, á partir del 23, D. Juan no acep-

(1) La carta es del 21 de Enero de 1577 y está escrita desde Marche.

(2) Esta carta figura en los *Boletines de la Real Comisión de Historia belga* (2.^a serie, tomo VIII), cit. de Nameche en *Le Regne de Philippe II*, etc.

taba las condiciones ofrecidas, los Estados generales llamarían al Príncipe de Orange. Es de advertir que esta resolución no consta en acta alguna de la Asamblea reunida en Bruselas, por lo que se colige que el aviso fué una invención de Heze y de sus satélites. Y es de advertir también que el mismo día en que se dirigió la citada conminatoria á los diputados reunidos en Huy, despedían el mismo Heze y los suyos un enviado á Orange anunciándole que en el plazo señalado á D. Juan sería llamado por los Estados.

Bajo la presión de estos avisos y de las noticias que recibían de Bruselas, en las que había estallado de nuevo el motín, los diputados de Huy trataron de acelerar el curso de los debates, mas como D. Juan, escarmentado por lo que sucediera en las conferencias anteriores, les pidiera si ellos tenían poderes para negociar y *concluir*, y además si ellos aceptaban lo convenido en Luxemburgo, porque no era cosa de exponerse á otras variaciones, ya que por tres veces habían rectificado aquel acuerdo, quedáronse como perplejos; empero amparándose en la brevedad y urgencia del plazo, declararon que sólo podían negociar, y que tocante á lo acordado en Luxemburgo, no hacían otra salvedad sino en que la salida de los españoles fuera precisamente por vía de tierra. No tuvo D. Juan otro remedio que seguir la negociación, pero advirtiendo que en el caso de no ratificar ahora los Estados lo que se conviniera en Huy, él se consideraría desligado de todo compromiso y daría por concluído todo trato. Acto seguido comenzó un debate prolijo tocante á cada uno de los artículos del nuevo tratado, alguno de los cuales, como el de «castigo y liberación de las personas», dió lugar á frases y conceptos más que duros por parte del famoso Champagney, y que vino por fin á concretarse á los dos puntos de la fe y la obediencia, caballos de batalla, por decirlo así, en todas estas discusiones. Porque D. Juan, no obstante los informes de los obispos y de sus consejeros de Estado, quería que la fórmula aceptada fuese «que la pacificación se aprobaba en todo lo que él no juzgase contrario á la religión y obediencia al Rey», mientras que los Esta-

dos pretendían que aquél confirmara sin salvedad alguna la citada pacificación de Gante. Ninguna de las dos partes parecían dispuestas á ceder y era ya entrada la noche del último día fijado para la negociación, cuando D. Juan, que ya había despedido á los diputados, les dió aviso por escrito de que aprobaba la pacificación. Al siguiente día el austriaco recibió las felicitaciones de todos é hizoles saber que la causa de no haberse decidido antes consistía en que siendo tan nuevo el caso y no teniendo instrucciones concretas del Rey, ignoraba cómo tomaría éste la resolución. Y acto seguido partieron los diputados para Bruselas y el austriaco para Luxemburgo, pues en Huy no se consideraba del todo seguro á causa de la afición que sus habitantes demostraban por los Estados (30 Enero 1577).

La carta que D. Juan escribió el 31 en la Marche, y de la que extractamos las anteriores noticias, da perfecta idea de la situación. Fueron aquellos días de verdadera prueba para el austriaco, convencido como estaba de que *la paz de Gante iba contra Dios y contra el Rey*, lleno de coraje al oír ciertas reticencias y conceptos ambiguos que afectaban á la majestad del Monarca y hasta su decoro personal, ahito de aquellas disensiones de leguleyo á las que no podía avenirse su temperamento de soldado. A punto estuvo en algunos momentos de castigar con su mano al famoso Champagney, de cuya boca salió el dictado de traidores dado á los españoles, pero contúyose al pensar en lo que debía al Rey (aunque no sin que se le alterasen el color y el tono), y tal impresión produjeron aquellos debates en su espíritu, que salió verdaderamente enfermo de Huy. Pero fuerza es que el historiador imparcial reconozca con la mala fe de los rebeldes, las circunstancias que abonaban tan tenaz resistencia. En la misma carta de Don Juan salta á la vista el mal deseo con que se llegaba por éste á la paz, y en el hecho de imponer la salvedad que pretendía, claramente se daba á entender que la ruptura no podía hacerse esperar. ¿Para qué, pues, insistir en labor tan ficticia?

Sin embargo, las circunstancias requerían un supremo esfuerzo, y por lo mismo, pese á los escrúpulos y disgusto

de D. Juan, que estimaba aquello *como gran bajeza*, hubo de llegarse al término de la concordia. «Siendo el peligro de romperse ya tan grande y conocido, escribía al Rey, ha sido fuerza, por excusarlo, dar algo de lo divino con mucho de lo que toca á V. M.» Pero descorazonado del todo el bastardo á la vuelta de sus quejas, impaciencias y arranques belicosos (1), manifestaba al Rey el deseo de abandonar aquel Gobierno. «Todo esto digo, escribía al Rey, para suplicar, aún más que puedo, á V. M. que no siendo ya yo bueno para estar entrestas gentes por lo que entre ellos y yo ha pasado, que ha sido mucho, y *temo lo que podrá ser*, porque nuestras condiciones no son para acomodarse en uno, ni mi salud me comportara sino á costa de perderla, y aún quizá la vida; ni de ninguna manera yo sabré quedar acá por gobernador, porque ni la edad aún me lo lleva, ni la inclinación al oficio que he usado de las armas se me ha mudado, antes sé de mí que faltaría á la cuenta que pretendo dar de mis acciones á Dios, á Vuestra Majestad y al mundo; y pues por gracia suya se puede decir que he hecho aquello á que vine, que es haber excusado los trabajos de la guerra y puesto con la paz estos países á devoción y obediencia de Vuestra Majestad, salvando la religión cuando todo ello andaba tan acabado, *que para el establecimiento desto envíe Vuestra Majestad á quien lo hará todo, sin comparación alguna, mucho mejor que yo*; y para más grata, que es la Emperatriz, ó madama de Parma ó la de Lorena, que está más cerca, para en el entretanto que llega la persona que más fuere Vuestra Majestad servido nombrar; y mande que esto sea tan en breve, que pueda salir yo con los españoles, ó á Italia para servir con ellos este verano en mi cargo, pues se dice que habrá en qué (y creo que valdré más harto para allí este año, que nunca para aquí), ó á Francia contra los herejes de aquel reino» (2). Tan persuadido estaba D. Juan de la inutilidad

(1) Júzuese por estas frases: «Digo á V. M. que esta descortesía y descomedimento me han tenido deseoso de romper la guerra para asolarlos y destruirlos y cebarme en su sangre.» *Correspondencia*, tomo V, páginas 182 á 184.

(2) *Correspondencia*, tomo V, páginas 180 á 182.

de sus esfuerzos, que en nueva carta al Rey decíale que aun cuando hiciera milagros, no sería más acepto; pero firmemente seguro de los alientos que iba á producir en los rebeldes la partida de los españoles, aconsejaba con gran calor al Rey que ofreciera estas tropas al Rey de Francia, porque «siendo el fin de Vuestra Majestad, escribía, que aquí no cunda la herejía y estirparla para esto, si se puede, de todo el mundo, téngolo por principal para moderar la insolencia conque quedará esta gente de haber salido con su intención. Y es que teniendo Vuestra Majestad lo que saca en Francia, para el miedo que tienen de ella, será como tenerla aquí.» É insistiendo en lo tocante á la necesidad de su reemplazo, añade: «Digo, Señor, que supuesto que yo he atropellado á todos éstos sin poderlo excusar, y que por lo mismo me han de aborrecer, que será bien del todo mudarles el freno y ponerles bocado más blando como lo sería el Gobierno de una mujer; y á mí, si es verdad lo de la venida del turco, no me tenga Vuestra Majestad argumentando entre doctores, que no es mi profesión; téngame Vuestra Majestad para acudir donde mandare, que esto á los mismos negocios dará reputación, y con ella veo que se sustenta el mundo más que con la substancia» (1).

Pero Felipe II, menos preocupado al parecer que su hermano en lo que atañía á la actitud de los rebeldes y descrédito de su autoridad, quería á todo trance un acomodo con éstos. «He querido despacharos á la hora este correo, dice á D. Juan, para deciros que en todas maneras excuséis, como os tengo escrito tantas veces *y lo llevásteis entendido de mí*, el llegar los negocios á rotura, por los grandes inconvenientes y peligros que se seguirían por todo, de llegar á esto; que por haberlos llevado vos, y después Escovedo, *tan bien entendidos*, no habrá para qué repetirlos aquí, sino encargaros una y más veces, como lo hago, que en todas maneras procuréis que eso se acomode por bien, aunque sea como os lo he escrito otras veces *con más quiebra de los negocios que*

(1) *Correspondencia*, páginas 182 á 184.

llevasté en comisión, que aunque veo los inconvenientes que tiene el fiar nada de esa gente tan apasionada, nunca he pensado ni pienso que están los negocios en estado que se pueda acomodar eso, si no es fiándose de ellos, porque como en otra carta digo de las que estaban escritas y van con ésta, *aunque por una parte tiene el concierto general que han hecho los Estados cosas muy recias y rigurosas de pasar, viendo, por otra parte, que, en fin, en todo él muestran y dicen que quieren profesar la obediencia de Dios y mia, conviene en tanta apretura y necesidad pasar por muchas cosas que en otro tiempo y posibilidad no se sufrirían*; y esto para el mismo servicio de Dios y mío, pues si llegase á la rotura una vez, se ve muy bien por muchas razones y por las que vos me habéis escrito, y son muy verdaderas, en cuanta aventura se pone todo, y lo de la religión misma y mi obediencia en esos Estados, *y que recogiénolos agora lo mejor y más que se pudiere, tendremos parte en ellos y aun mayor esperanza de ir recobrando lo que faltare, que no rompiendo con ellos y tomando el camino de la fuerza*; pues habiendo tanta falta de todo lo que es menester, y vos pedís para la guerra, y quedando esa gente entonces en la última desesperación que quedaría de ver venir y juntarse nuevo ejército contra sí, y lo que Francia y Alemania y todos los vecinos temerían, se puede muy considerar y ver cuando peligroso y dudoso suceso tendría este negocio por este camino, pues no sería entonces menos que conquistar de nuevo esos Estados, estando todos en tanta unión y desesperación, *que es la mayor fuerza en que se puede ver*. Por todo lo cual, os torno, hermano, á encargar *que excuséis la rotura y que os acomodéis con el tiempo y la necesidad*, que son los mejores consejos que podéis tener en un negocio tan apretado y trabajoso.»

Por esta carta échase de ver que Felipe II se impacientaba ya con las dilaciones y escrúpulos de su hermano, más rehacío que el mismo Monarca á pactar, sin duda porque más de cerca tocaba la esterilidad de los esfuerzos hechos. De otro modo no se comprende que con instrucciones verbales y escritas del Rey tan ceñidas y perentorias, pusiese tantos repa-

ros á los dos puntos de religión y obediencia, sobre todo después de los informes de obispos y consejeros. Pero fácilmente se comprende que en él influían poderosamente el amor propio, herido por los desaires y descortesía de los flamencos, cuanto su temperamento de soldado, mal avenido con aquellas discusiones de leguleyo (1). «Yo serviré á cualquiera (2) siendo menester, de capitán, cediendo el Gobierno, como cosa que no entiendo, ni á que me inclino». Empero Felipe II, cada vez más impaciente, no quería nuevos aplazamientos. Si para concluir antes era preciso despedir por tierra á los españoles, no importaba esto. Precisamente estas tropas le harían falta en Italia para defender sus costas contra el turco, lo cual obligaba á tomar (de los Estados) *lo que se podiere* (3), es decir, aceptar buenamente lo que ellos dieren. Y por si las cartas escritas á su hermano no bastaran, en otra dirigida por aquellos días á Escobedo, dícele á éste: «Es tanto lo que deseo que los negocios se acomoden bien, que he querido advertiros *que si acaso mi hermano hubiese hecho una demostración de rompimiento, cansado de sufrir esa gente, que aún en este caso procuréis que vuelva al concierto* (4).»

La lectura de estas cartas no permite duda tocante á los deseos de Felipe II; mas no deja de causar extrañeza que quieran presentarse por algunos como demostración de que son infundados los cargos de dureza é intransigencia hechos al Soberano español; porque si es que estaba en lo cierto al rectificar la política por él seguida, durante un período de más de diez años, ello sería prueba de que esta política careció de habilidad. Pero no es preciso entenderlo así. Lo que

(1) *Correspondencia* de Felipe II, tomo V, páginas 180-182.

(2) Se refiere á cualquiera de las tres personas que él designa en la segunda carta del 2 de Febrero, inserta en el mismo volumen de la *Correspondencia*. En esta carta hay algunas referencias al negocio de la expedición á Inglaterra que reflejan perfectamente los anhelos de don Juan.

(3) *Correspondencia*, tomo V, páginas 163-165.

(4) Esta carta del Rey á Escobedo obedecía á otra dirigida por éste al secretario Antonio Pérez, manifestándole sus temores de una ruptura de las negociaciones y la conveniencia de que influyera para evitarlo. Participaba, además, Escobedo en su carta que el estado de salud de D. Juan hacía temer alguna grave enfermedad.

de las cartas se desprende es que Felipe aceptaba los hechos consumados, puesto que se hallaba sin fuerzas ni recursos para enmendarlos. Y hecha tal salvedad, es decir, no siendo hijo el acomodo del sincero deseo de la paz, por amor á la paz misma, claramente se comprende que ni él ni los rebeldes podían quedar satisfechos de la obra. Lo peor de todo es que en ella no entraban los Estados de Holanda y Zelanda, y que Orange, el alma de la rebeldía, continuaba con más empeño que nunca en su tarea de sembrar la discordia. Con efecto, al tener noticia de haberse ajustado la paz, hizo subscribir á la Asamblea de estos Estados una Nota en la que se hacía la crítica del tratado y en la que se concluía por exigir de los Estados generales de Bruselas, á trueque de la aceptación del mismo, la promesa de que, si no se cumplía en los plazos fijados se recurriría á las armas, negándose la obediencia á cualquier gobernador nombrado por el Rey. Sin rehusar, pues, el acomodo, y lamentando que la paz de Gante no hubiese sido aprobada en términos categóricos; de la falta de garantías para los holandeses y zelandeses, y de la prohibición de reunir Estados generales sin permiso del Rey, Orange procuró llevar sus exigencias hasta tener la seguridad de que éstas serían rehusadas. El hecho es que los Estados de Holanda y Zelanda no aceptaron la paz, y no sólo no la aceptaron, sino que llevaron sus pretensiones al extremo de concluir con las más remotas esperanzas de hacerla extensiva á los dos territorios (1).

Los Estados de Bruselas, sin embargo, pese á la oposición de la burguesía, habían ultimado sus tareas, y el 12 de Febrero firmaba D. Juan el tratado que lleva en la Historia el nombre de *Edicto perpetuo de Marche*, á causa de haberlo subs-

(1) Una importante nota conservada en el *Record Office* da á conocer los motivos en que se fundaban Orange y los Estados holandeses para no prestar su adhesión al *Edicto perpetuo*. Declaraban que no autorizarían la publicación de éste hasta que todas las condiciones aceptadas en Gante no hubieran sido cumplidas. Y como quiera que la pérdida de bienes y honores del Príncipe de Orange y la presencia de los españoles no eran sólo los únicos motivos que les habían obligado á tomar las armas, exigían de antemano que fueran restablecidos todos los antiguos privilegios, advirtiendo de paso que hasta aquel momento no habían sido devueltos aún los bienes pertenecientes á Orange.

cripto el austriaco en esta villa. Por virtud de este tratado, que ratificó Felipe II el 2 de Abril y que confirmaba la paz de 8 de Noviembre anterior, concedíase una amnistía general, reconocíase lo acordado en Gante como no contrario á la fé católica y obediencia al Rey, fijábase un plazo de veinte días para la salida de los soldados españoles y otro para los alemanes, determinado por la fecha de su pagamento, y ofrecíase la libertad del Conde de Buren (1), hijo de Orange, tan pronto como éste cumpliera las condiciones que le fueren impuestas por la próxima Asamblea de los Estados. Felipe II prometía respetar los privilegios del país; y los Estados, á su vez, guardar fidelidad al Soberano, renunciar á toda alianza y despedir las tropas mercenarias. Para facilitar la marcha de los españoles, aquéllos se obligaban á entregar á D. Juan la suma de 600.000 libras. Tal fué, en suma, el célebre *Edicto perpetuo* de que se da una copia en los *Apéndices* de este volumen.

Once días después de haber firmado este convenio D. Juan y á los seis de haber sido solemnemente publicado en Bruselas, partió aquél para Lovaina, donde llegó el 3 de Marzo sin acompañamiento alguno. El júbilo que su presencia despertó, si hemos de creer las relaciones coetáneas, fué general; bien es cierto que él se esforzaba en aparecer expansivo y cariñoso, aun con aquellos personajes más tachados de rebeldes. Pero ni los festejos públicos de Lovaina, que se prolongaron bastantes días, ni las calurosas protestas de Archot, ni las seguridades y excusas de Champagny, Havré, Hezé y otros harto significados en Flandes, lograron deslumbrar á D. Juan, quien ya por aquellos días hubo de estar en constante sobresalto á causa de lo que se tramaba contra su persona por parte de los agentes de Alençon y Orange (2), y aun de manifestar al Rey de Francia, Enrique III, que el principal agente é instigador de los rebeldes era el embajador de éste Mondoucet, quien faltando ostensiblemente á sus de-

(1) Se hallaba detenido en Madrid.

(2) En el tomo V de la *Correspondencia de Felipe II* se insertan tres largas cartas de don Juan que dan extensos detalles tocante á este particular.

beres se entrometía en la política del país. Temía, con razón, el austriaco, que Orange aprovecharía la primera ocasión para un nuevo rompimiento, y que en este caso peligrarían Amsterdam y Utrecht y aún la misma capital (1). Cuanto á la sinceridad con que en Flandes aceptaban la paz, D. Juan no se hacía ilusiones: «Quieren ser libres, escribía al Rey, y de tal manera libres que V. M. tenga sólo el nombre de señor y ellos los efectos. Y si con esto se contentasen, aún sería menos mal, pero hay tantas señales de que pretenden esta libertad en lo temporal para quererla después en lo espiritual, que es el mayor peligro en que veo á estos Estados..... El nombre y servicio de V. M., con no apellidar otra cosa, es tan aborrecido y poco estimado, cuanto temido y amado el del Príncipe de Orange..... V. M. no tiene agora más parte en estos vasallos, de la que ellos, no por serlo, sino por sus propios intereses, le quisieran dar; y ésta se ha de substentar (á lo menos en estos principios, y plegue á Dios que no se adelante por la mala consecuencia de ello) honrando y favoreciendo y haciendo mucha merced á los rebeldes y traidores, y por el contrario arrinconando y desfavoreciendo á los buenos y leales; que tras querer aquellos sublimados, quieren también que estos otros sean abatidos» (2).

La carta de que copiamos este fragmento, y que es importante porque refleja el estado de los ánimos en Flandes, no lo es menos porque en ella anuncia D. Juan al Rey las negociaciones que ha iniciado con el mismo Orange. «Voy haciendo, dice, negociaciones con el Príncipe de Orange para asegurarle, porque veo *que en su mano está agora el restablecimiento de la paz y quietud destes estados en la religion católica y debida obediencia á V. M., y que las cosas han llegado á términos que es fuerza hacer de la necesidad virtud;* y cuando él acceda á estas pláticas, será con mucha ventaja y seguridad de su negocio, y *habráse de pasar por ello porque no se pierda todo*». Con efecto, el 8 de Mayo salió de Lovaina

(1) *Correspondencia de Felipe II*, tomo V, páginas 239-240.

(2) *Ibid*, pág. 244.

Leonio, el antiguo mediador entre Requesens y Orange, con una carta del Duque de Arschot para éste, y con instrucciones verbales de D. Juan, tan explícitas y terminantes, que no podían dar lugar á dudas ni recelos, porque el mismo D. Juan se ofrecía á ir en persona á conferenciar con Guillermo, sin reparar en los peligros que podría correr. Olvido de lo pasado, restitución á Orange de su hijo, bienes y estados, y por añadidura gracias y honores, garantía personal de todo lo pactado, vuelta al antiguo sistema de gobierno, cuanto pudiera apetecer el más exigente, nada omitió el austriaco para reducir al Príncipe de Orange. Pocas ocasiones, sin duda, se ofrecieron tan propicias para llegar á la paz; pero en esta se vió como en ninguna que Orange, no sólo no la deseaba, sino que era su mayor enemigo. Comenzó por esquivar todo trato antes de que fueran sabedores de él los Estados generales, puso luego serias dificultades tocante á las promesas, sacando por delante lo ocurrido con Egmont y Horn en Flandes y con los hugonotes en París, añadió que tenía numerosos avisos de que se intentaba renovar la guerra contra Holanda y Zelanda, y por último, hizo una crítica del *Edicto perpetuo*, señalando diferentes artículos del tratado, que tenían que producir dudas y confusiones. Y en balde fué que Leonio refutara uno por uno sus cargos, porque como en el ánimo de Orange no entraban los deseos del convencimiento, el comisionado de D. Juan tuvo que regresar á Lovaina después de haber oído de labios de Orange *que él no tenía esperanza alguna del suceso*, y que lo más que podía Leonio hacer, era encontrarse en Dordrecht el día que se reunieran los Estados. Por si los conceptos vertidos por Orange no bastaran, Marnix de Santa Aldegunda, el brazo derecho del Taciturno, el verbo, por decirlo así, de la revolución, cuidaba en sus cartas de advertir todos los peligros que ofrecía la paz, todas las dudas que la conducta de don Juan le inspiraba, todos los temores que hacía concebir la cólera de Felipe II (1). Unos y otros conceptos hallaban su

(1) Marnix, fundándose en las promesas hechas por D. Juan de volver las cosas al ser y

expresión más acabada en el *Nolumus hunc regnare super nos*, que ya adoptaban muchos como lema, y todos contribuían eficazmente á mantener, con la zozobra y el malestar, la desconfianza del país.

Sin embargo de esto, D. Juan insistía en la negociación con Orange: «Con todo esto, escribía, salidos los españoles de Amberes, pienso volver á darle otro tiento, procurando satisfacer á sus temores y sospechas, y si él se contenta de hablarme, de muy buena gana lo consentiré é iré para ello á Amberes; que ya, Señor, no estamos en tiempo de hacer elección ni de mirar en puntos de incidencia, sino de reparar el estado por todas las vías posibles, pues en la conservación de él consiste la verdadera autoridad y reputación, y yo de ningún remedio veo para que aquí no se pierda, sino es reducir á este hombre que tanta parte tiene en los demás (1)». Por desgracia, no debían realizarse los buenos deseos del austriaco; pero bien claramente da á entender la lectura de esta carta, sobre todo si se la coteja con las escritas en Huy, que D. Juan ya no se mostraba tan meticuloso en cuanto pudiera contribuir á la suspirada paz. Sin duda, á medida que se internaba en el país, iba tocando más de cerca los efectos de la rebeldía y apreciando en toda su realidad el estado de las cosas.

Empero, ya estaban éstas en la vía de la conciliación y había que hacer todo linaje de sacrificios, incluso el de emprender la marcha á Bruselas; «resolución tan forzosa, decía don Juan al Rey, que en ninguna manera se puede excusar; pero en fin, de los malos caminos es el mejor, y por el cual se podrá atajar mucho». Por lo mismo, el austriaco, recibida que

estado en que las dejó el Emperador Carlos V, recordaba que á éste se debieron los *placartes*, la construcción de las ciudadelas de Gante y de Utrecht, el levantamiento de ejércitos de mar y tierra sin aviso y consentimiento de los Estados, las guarniciones establecidas en las fronteras y en las ciudadelas; en suma, una serie de medidas atentatorias á las libertades y privilegios del país. «De suerte, escribía, que aunque los Estados quieran poner mano en los negocios políticos con arreglo á lo pactado en Gante, D. Juan se opondrá alegando que en tiempos del Emperador no se entrometían en estos asuntos.» Esta carta y otras que figuran en el tomo III de la *Correspondencia de Guillermo el Taciturno* completan, con las de D. Juan, el estudio de estas negociaciones.

(1) Carta del 16 de Marzo de 1577.

fué por él una diputación de los Estados generales, que le invitó á trasladarse á Bruselas, dió las órdenes oportunas para su viaje, y el día 30 de Abril se puso en camino, acompañado por el Duque de Arschot, el obispo de Lieja y otros señores.

Ya por este tiempo habían salido los españoles de sus cuarteles y castillos, con arreglo á lo dispuesto en el *Edicto perpetuo*. Entregóse primeramente el castillo de Utrecht, que estaba sitiado por los rebeldes (pese al armisticio) y que defendía valerosamente Francisco Hernández (1), y seguidamente los de Viennen y Colembourg, siendo conducidas las guarniciones á la ciudad de Amberes; poco después, Martín del Hoyo hizo entrega de la ciudadela de Amberes al Duque de Arschot, pues Sancho Dávila le encomendó esta comisión por no presenciarse (2), lo cual se hizo no sin que Escobedo tuviera que exhortar á los soldados (3) para calmar el hondo disgusto que todos experimentaban. Roda, el antiguo jefe del gobierno militar constituido en aquella ciudadela, salió con ellos y como ellos abatido. En Liere y los pueblos inmediatos se juntaron con la caballería de Valdés y Julián Romero, dirigiéndose juntos á Maestricht, que era donde debía reunirse toda la gente de guerra para canjear los prisioneros, recibir algún dinero y tomar el camino de Italia. Con estos soldados marchaban 1.000 carretas conduciendo el bagaje, viejos, mujeres, niños y enfermos, siendo este espectáculo, triste y curioso, motivo de alegría para los flamencos y ocasión de atrevimiento para no pocos malhechores que iban en

(1) Importa llamar la atención acerca de este hecho, que prueba el pundonor de aquellos españoles. El Gobernador de la fortaleza, Hernández, hallábase sitiado por las fuerzas de los Estados y ya en tal aprieto que el enemigo se había hecho dueño del foso. Llegó en esto el portador de la orden de D. Juan para que entregase el castillo como á consecuencia de las paces hechas con aquéllos, y no vaciló en acatarla Hernández; pero como quiera que el jefe de los sitiadores, Bossu, le manifestase que se le había de *rendir*, negóse resueltamente el Gobernador, declarando que «cuando él fuese tan ruin que lo acordase, los soldados eran tan honrados que no lo permitirían, los cuales hasta aquel punto habían peleado defendiendo la plaza por su Rey, y de allí en adelante *combatirían y morirían por sus honras*»; vista cuya determinación, Bossu recibió el castillo como Hernández se lo quiso entregar, saliendo éste y los suyos con armas, ropa, bagajes y todos los honores.—MENDOZA, *Comentarios*, libro XVI, capítulo VI.

(2) MENDOZA, *Comentarios*, libro XVI, capítulo VII.

(3) ESTRADA, *Década primera*, libro IX.

seguimiento del bagaje. Llegados á Maestricht hízose el canje y fueron entregados de parte de los españoles: Egmont, Goigny, Capri y otros menos significados, y de los Estados: Billy, Laligny y la esposa de Mondragón, que tanto contribuyera á la bizarra defensa del castillo de Gante. Acto seguido se hizo el pago; pero como se hubiera acordado que los Estados darían 600.000 florines (la mitad en metálico y el resto en libranzas contra los mercaderes de Génova), y como sólo alcanzara la cifra en metálico á 100.000, D. Juan prestó, para no cobrarlos nunca (1), los 200.000 que faltaban, «redimiendo así la sospecha de que detenía á los españoles». Con esto pudieron ya emprender el viaje á Italia en los últimos días de Abril, lo que hicieron españoles, italianos y borgoñones juntos, y llevando por cabeza al Conde Pedro Ernesto de Mansfeld, con objeto de evitar disensiones entre Ávila, Romero, Valdés y Vargas, que como maestros de campo, iban conduciendo sus respectivos tercios. No todas estas tropas llegaron, sin embargo, completas á tierra de Italia, pues bastantes soldados desertaron, pasándose á servir al Rey de Francia, y de los que entraron en aquella península por la Lorena, Borgoña y Saboya, al ser repartidos por las estériles montañas de Liguria, con objeto de librarlos de la peste que azotaba á Milán, hallaron no pocos un fin harto miserable, por lo que respecta á sus largos servicios.

De este modo terminó el primer período de la guerra de los Estados Bajos, aunque no de suerte que pudieran dejarse de augurar nuevas luchas y trastornos. Don Juan entró en Bruselas el 1.º de Mayo de 1577 seguido de brillante comitiva y entre los aplausos de la multitud. Engalanadas las calles y cubierto de flores su camino, el pueblo de la capital parecía alentar con una sola aspiración: la de la paz. Iguales deseos manifestaban el clero y la nobleza. Hasta los mismos secuaces de Orange hallábanse influídos por la presencia del austriaco, cuyas prendas personales y cuya bizarría tan poderosa atracción ejercían en los ánimos. «Ved, señores, decía don

(1) ESTRADA, *Década primera*, libro IX.

Juan á los Estados, al entregar la ratificación subscripta por Felipe II, ved cuánto os ama el Rey, pues ha querido complaceros y aseguraros lo más pronto posible». Desgraciadamente, la paz, comprada por España con tanto sacrificio, no tenía que ser duradera, y la primera víctima de la nueva lucha tenía que ser el hijo ilustre de Carlos V, que tanto había sacrificado por aquélla.

CAPÍTULO II.

Marca la paz ó compromiso de Gante en la historia de la revolución de los Países-Bajos el término de su primer período, ó sea el que podría llamarse génesis de la revolución. Por virtud de él llegaron aparentemente á un acuerdo católicos y protestantes, sobre la base de los intereses nacionales; de suerte que Felipe II se encontró, á la vuelta de once años de rebeldía, frente á frente de todas las fuerzas vivas del país. Pero como este acuerdo era sólo aparente, y como los Estados de Holanda y Zelanda no habían querido reconocerlo, no tardaron en surgir las discordias desde el punto y hora en que se trató de dar cumplimiento á lo pactado; y este fué por decirlo así el origen de una nueva y definitiva excisión. Tampoco fué más afortunado en sus efectos el *Edicto perpetuo*, puesto que ni llegó á procurar la pacificación del país, ni fué siquiera una tregua en la lucha por él sostenida contra Felipe II. Aceptado por éste bajo los apremios de la necesidad y visto con malos ojos por D. Juan y el partido español, tenía en contra suya, no sólo las veleidades y exigencias de las asambleas flamencas, sino la acérrima enemiga de Orange, alma de la resistencia, cabeza y brazo de la revolución.

Mientras alentara él, no era posible soñar en reconciliaciones, porque á la inteligencia y la astucia, unía la actividad y la constancia, un profundo conocimiento del país y de la política de los vecinos, y un conocimiento no menos perfecto de la política y recursos de España.

No se ocultó á D. Juan que este era el verdadero enemigo con quien tenía que luchar, como no se le ocultaron todos sus manejos desde el punto y hora en que las negociaciones para la paz tuvieron comienzo; que buena prueba de ello nos ofrece sus cartas á Felipe II. Por lo mismo, ya á raíz de la proclamación del *Edicto perpétuo*, é inspirándose en los deseos del Rey en favor de la paz, dió comienzo á las negociaciones directas con el mismo Orange, hasta entonces confiados á intermediarios (Mayo de 1577). Para ello, y previa declaración hecha ante los Estados de que le satisfaría mucho conocer las opiniones del Príncipe tocante á la pacificación, y sobre todo, llegar á una inteligencia con él, escribióle de su puño y letra una carta fechada el 13 de dicho mes, y de la que fué portador el Duque de Arschot, carta en la que le brindaba con la liberalidad y clemencia del Rey, haciéndole en su nombre las más halagüeñas promesas: « Ya, señor, le decía, no hay gobernadores ni españoles á quien señalar con el dedo, y así es fuerza que cada hombre destes países, desde el mayor hasta el más pequeño, abra los ojos y vea en qué consiste su daño y su provecho (1) ». ¡Inútiles tentativas!

(1) Son de tanta importancia esta carta y la que sigue para el perfecto conocimiento de los hechos, que creemos necesario reproducirlas aquí.

La de D. Juan á Orange dice así:

« Muy ilustre Señor, por que no me tenga V. S. por tan escrupuloso como los gobernadores pasados y porque vea que por todas las vías son y han de ser mis efectos muy otros de lo que fueron los dellos, quiero escribirle ésta de mi mano, y no solamente asegurarle, que en mi palabra no pudo haber ni hubo nunca falta, sino tambien quiero recordarle que no es de perder la ocasion que agora tiene para vivir siempre descansado, rico y honrado, pues todo esto lo hallará cierto en la clemencia y liberalidad de Su Magestad y en la amistad que yo le haré en estos Estados, como quien tan de veras se ha dado á hacerles toda buena compañía y á procurarles su entero beneficio y contento. Mire V. S. que la discreción y la prudencia de los hombres honrados consiste principalmente en el conocimiento de sus obligaciones y en el cumplimiento dellas, mayormente cuando sosegada cosa es mantener un estado lleno (por una mano) de correspondencias peligrosas, y por otra muy ageno de natural razon y de las leyes divinas y humanas. Ya Señor no hay gobernadores ni españoles que señalar á dedo, y así es fuerza que cada hombre destes países, desde el mayor hasta al más pequeño, abra los ojos y vea en qué

Harto sabía Orange á qué atenerse tocante á su posición respecto á España, pero de sobra conocía también, que para sostener con éxito la resistencia, era necesario emplear por igual la flexibilidad y la astucia, que la diligencia y la fuerza. Y esto echóse pronto de ver en las nuevas conferencias de Gertruidemberg, entabladas por medio de cuatro diputados del Austriaco, dos de los Estados y un embajador del Emperador de Alemania; pues á lo que categóricamente pedían D. Juan y las provincias leales, opuso Orange cúmulo tal de dudas y dificultades tocante á la interpretación y cumplimiento de la paz de Gante, que no fué posible llegar á un arreglo. Si alguna duda cupiera, puede juzgarse por la carta con que él mismo respondió á la de D. Juan, y en la que, á la vuelta de muchos cumplidos y protestas, declara Guillermo que todo quedará reducido á que se vea la sinceridad con que se practica aquella paz, «para deducir de ello lo que puede esperarse *en lo que falta aún* para asegurar totalmente el reposo y pública tranquilidad»; carta á la que siguió poco

consiste su daño y su provecho. Y pues tanta parte deste depende de sola voluntad de V. S., justo es (por cierto) que se acomode á lo que le propondrán más largo el duque de Arschot y Mons. de Verses; que en nombre de Su Magestad yo ofrezco aquello, y en el mio prometo de que le sea de harto más útil mi amistad (si la quiere), que otras de que se asegura más y no le valdrán (quizá) tanto. Todo esto vuelvo á ofrecer de nuevo, queriendo V. S. (como puede y debe), cumplir con lo que pidió, de manera que ya la obediencia debida á Su Magestad y la quietud tan necesaria y deseada destes Estados y señaladamente de V. S. (según que siempre ha publicado), no quedará por otro que por él.» *Correspondencia de Felipe II*, tomo V, páginas 344 y 345.

La contestación de Orange es como sigue:

«Mi Señor: Las cartas con que se ha dignado V. A. honrarme y que he recibido de manos de Mons. el Duque de Arschot, lo propio que la que en testimonio de las más sincera y leal afección, ha tenido á bien escribirme de su propia mano, han acrecido extraordinariamente la deuda que tenía contraída por tanta cortesía, á causa del favor y honor tan señalados que se complace en prometerme, brindándome con vida tranquila, segura y honrada, *en la que, según veo, le parece consistir el colmo del honor y la felicidad de esta existencia mortal*, y prometiéndome tan liberalmente su gracia. En atención á lo que, yo no quiero particularmente quedarme atrás para corresponder á tanta benignidad con cuanto afecta al cumplimiento de mis modestos servicios, suplicándoos por ello, mi señor, abrigueis la convicción de que en las ocasiones en que V. A. quiera honrarme con sus mandatos, habrá de encontrarme tan fiel y exacto servidor como pudiera desear.

«Porque precisamente el contentamiento que he experimentado, se debe á la obligacion en que V. A. me pone, en lo que atañe á sus declaraciones de proceder en el desempeño de este cargo de muy distinto modo que lo hicieran los anteriores gobernadores, y de no proponerse otro deseo que la pacificación y quietud de este país, contentamiento tanto mayor en cuanto yo respeto el bien y el sosiego públicos muchísimo más que el mio propio, habiendo colocado en

después otra no menos interesante dirigida á los Estados generales, y en la que declaraba que las condiciones de la citada paz no se habían cumplido, y que por lo mismo no había ya esperar en su eficacia. Con estos documentos á la vista, está juzgado de una vez y para siempre á Orange. La paz era imposible por lo mismo que de éste y no de las asambleas dependía; y siendo ello así, la alternativa en que se hallaba D. Juan era ya muy perentoria.

Pero menos quizás que estas conferencias, preocupaban á Orange los medios de organizar la resistencia á todo trance, puesto que Felipe II iba á verse, á poco tardar, obligado á decidirse por uno de los extremos del dilema en que le había puesto: renunciar á una soberanía casi nominal ó decidirse por la guerra. Colocado Orange entre las opuestas influencias de Inglaterra y Francia, bien se echa de ver en todos sus manejos la exclusiva idea de explotar los recelos y las codicias de las dos para allegarse los recursos indispensables sin perder ni abdicar su poder personal; pero lo difícil, lo

todas ocasiones mis particulares miras por debajo de aquéllos y estando dispuesto á perseverar en tal pensamiento mientras aliente.

»Por esto me atrevo á suplicar á V. A. que tenga á bien mantenerse y perseverar en tal propósito como único norte de sus acciones y creer que en este caso, no solamente procuraré con toda eficacia cumplir mis deberes, sino que ni escatimaré la propia vida ni cuanto esté en mi mano, según mis facultades, para secundar y servir á V. A. en obra tan santa y meritoria como ésta, pues en todo tiempo héme dedicado y consagrado gustosamente al servicio de S. M. y de la patria. Vuestra Alteza misma podrá adquirir el convencimiento que la gente de estos países de Holanda y Zelanda darán á S. M. y á V. A. la legítima y debida obediencia, como por mi parte haré yo, con aquella fidelidad y presteza que son propias de buenos y solícitos vasallos.

»Pero, mi señor, después de haber madurado mucho y con la mayor exactitud posible cuanto de parte de V. A. el antes citado Duque de Arschot y sus colegas me han propuesto, parece-me que así como el tratado de pacificación hecho en la villa de Gante ha sido el único camino para lograr la libertad de este pobre pueblo, afligido por tantas opresiones, así también el único medio para conseguir el colmo del reposo y tranquilidad tan deseadas consiste en el sincero y real mantenimiento y entero cumplimiento de todos los puntos en él contenidos.

»Por tales razones, mi señor, me atrevo á suplicarle muy humildemente demuestre con efectos los beneficios y satisfacciones que por sus cartas asegura estar dispuesto á otorgar al país, ya que las miradas de todos se dirigen al objetivo de la sinceridad con que se cumpla el citado pacto de Gante, *para deducir de ellas lo que puede esperarse en lo que falta aún para asegurar totalmente el reposo y tranquilidad públicos*. Y habiendo platicado detenidamente respecto á este particular con el dicho señor Duque y sus colegas, para no molestar á V. A. con más largo discurso, me remito á lo que ellos le dirán de palabra, y concluyo ésta recomendándome humildemente á vuestra bondad y rogando al Señor os conceda perfecta salud y larga vida. » *Correspondance du Guillaume le Taciturne*, tomo III, páginas 289 á 291. La carta es de Gertruidenberg, á 24 de Mayo de 1577.

verdaderamente árduo para él, era realizar estos propósitos sin que el equilibrio entre Francia é Inglaterra llegara á romperse, temerosas como se hallaban ambas cortes de que una de ellas llegara á dominar de hecho en los Países Bajos. Antes que tal cosa ocurriera, prefería Isabel de Inglaterra al mismo Felipe II. Y este temor, hábilmente explotado por Orange en Inglaterra, era parte á que Isabel abriera sus arcas y facilitara sus soldados; como eran las ambiciones y el amor maternal de Catalina de Médicis lo que daban alas á los proyectos del inquieto duque de Alençon, temeroso á su vez de que alguien le ganara por la mano. Profundo conocedor de ambas cortes Orange, apoyado en ellas por correligionarios de mérito é influencia, de sobra apreciaba que el peligro sólo podía originarse en el aislamiento, puesto que ni en Francia ni en Inglaterra podía existir el propósito de una lucha abierta con Felipe II; y comprendiéndolo así, mientras halagaba las codicias de una y otra, procurábase una influencia cada vez mayor en los elementos populares de las Provincias. Esta segunda labor, puede decirse, que fué complemento de la primera; pero sus efectos eran tan visibles, que bien puede decirse rayaba en la misma Bruselas la adoración hacia Guillermo en verdadera idolatría.

D. Juan se encontraba, pues, en una situación tan desesperada como poco airosa. En primer lugar, toda la población flamenca le era hostil, y no sólo hostil sino totalmente inclinada á Orange (1); en segundo, no sólo había que renunciar á la esperanza de un acuerdo con éste, sino que era forzoso preocuparse de sus trabajos, cuyo principal objeto era la posesión de Amsterdam. Y para hacer frente á este peligro, ni contaba el Austriaco con recursos ni podía esperarlos de los Estados. Debíase á las tropas españolas que marcharon á Italia sus ajustes y era preciso pagar á los mercaderes el vencimiento de los anticipos, pues de otro modo se corría el

(1) « Porque demás de que el Príncipe de Orange no está en el término de reducirse por lo que abaxo diré, tiene tanta parte aquí en tierra firme y está este lugar tan insolente que hace lo que quiere. . . » Correspondencia de Felipe II, tomo V, pág. 350 y siguientes. Don Juan al Rey, el 24 de Mayo de 1577.

peligro de que aquellos soldados se amotinaran. Había también que pagar y licenciar á los mercenarios extranjeros, que constituían otro peligro, ya por su espíritu de indisciplina, ya por hallarse tocados de herejía. Mas para licenciar á éstos, así como á las tropas de los Estados, éranle preciso recursos, y si no los mandaba el Rey, no era posible esperarlos de dichos Estados. De cuál era la disposición de ánimo de éstos, da perfecta idea la carta escrita el 24 de Mayo por don Juan, carta cuyas impresiones hemos reflejado en las anteriores líneas. Los Estados, después de reconocer que Holanda y Zelanda no se someterían, mientras no se les otorgara la libertad de conciencia, declaraban sin rodeos que se veían imposibilitados de hacer armas contra estas provincias, y tal resolución era cosa definitiva y aceptada por todos. «Vaya V. M. sobre presupuesto firme, y que está asentado en el ánimo de los buenos y de los malos, *que los unos y los otros quieren la libertad de conciencia*, y pensar sacarlos desta su traza entablada ya tan de lexos, es aire». Tal opinión se hallaba arraigadísima en el ánimo de D. Juan y le llevaba á plantear al Rey este terrible dilema: «Ó V. M. ha de pasar por lo de la religión (que no se lo aconsejaré aunque gaste en ello todos sus haberes y ponga á peligro su vida), ó los ha de quemar, *y esto postrero es lo mejor*». Se comprende, dada tal disposición de espíritu en unos y en otro, que no era cosa fácil la obra de la paz. Y ello era lógico que sucediese, no existiendo fuerza bastante en el poder supremo para imponerla, dado que la anarquía moral reinante en los Estados no podía facilitar la senda del sosiego.

En cambio todo el tiempo que perdía D. Juan en negociar ganábalo el de Orange en sus propagandas y en sus preparativos. Con decir que la carta antes citada, escrita el 24 de Mayo, llegó á Madrid el 15 de Julio, se comprenderá la lentitud y dificultades de comunicaciones entre una y otra corte. Impaciente el Bastardo por estas lentitudes, preocupado por los avisos que recibía de conjuras y asechanzas contra su persona, temeroso de que el Rey pasara en un momento dado por una nueva humillación, escribía una y otra epístola llenas

de quejas y protestas. Pero obediente á las tardías instrucciones de Madrid, entablaba á su vez negociaciones con Inglaterra, de cuyo apoyo á los rebeldes había advertido al Rey, para recabar, ya que no otra cosa, la abstención en los negocios de Flandes y muy particularmente por lo que atañía á Orange. Era precisamente éste el objetivo de Isabel, una intervención constante en los Países, y á maravilla servían á su política, Orange con sus demandas y D. Juan con sus reclamaciones. Mas, por desgracia, si esta negociación ofrecía ventajas á Isabel, constituía un nuevo fracaso para D. Juan, puesto que era una declaración palmaria de la impotencia de España. Hubo, pues, de aprovecharla la inglesa para entrete-
ner á D. Juan y á Orange, con idénticas razones, esto es, con el pretexto de que ni toleraría que aquél oprimiese los Países ni que éste llevara á ellos la guerra, porque tal cosa constituiría *un mal precedente* para su poder; pero hay que advertir que el mismo mensajero enviado por ella á Guillermo de Orange trasladábase pocos días después á tierra de Alemania para avistarse con el Duque Casimiro, y tratar con él, no sólo de una liga entre todos los príncipes protestantes, sino de la substitución de Orange, sospechoso de inclinaciones á Francia, por el mismo Casimiro. En suma, de procurarse una hechura para la dirección de los Países Bajos, con objeto de ejercer en ellos un poder efectivo, sin los peligros que hubiera podido ofrecer otro más ó menos nominal. A don Juan no se le ocultaban las maquinaciones y propósitos de la inglesa; sólo que, reconociendo como reconocía que el peligro para los Países Bajos estaba en Inglaterra y en las islas, involucraba en sus planes de guerra el más transcendental de acometer la empresa contra esta nación, siendo así que precisamente lo que España necesitaba era dinero, bajeles y soldados para reducir la Zelanda y sobre todo para dominar en la costa. Leyendo las cartas del Bastardo, llega al ánimo del observador el triste convencimiento de que la guerra era en D. Juan una obsesión. ¡Tal es el estado febril que se refleja en ellas! Temeroso de que el Rey esté influído por sus consejeros y corresponsales, no duda en señalar á los que

considera como sospechosos, y más temeroso de que Felipe se blandee en el negocio de la religión tampoco vacila en decir á éste, que si, lo que no cree, quiere pasar por la demanda de los herejes, *provea para ello otro instrumento*, « que yo ni lo soy ni lo seré jamás bueno, ni Dios quiera que lo sea para tan gran ofensa suya (1). » Decirle tales cosas á Felipe II, ó era atrevida suposición ó notoria rebeldía. Però D. Juan, conocedor de los sentimientos religiosos del Rey, quería á toda costa hacer fuerza en el ánimo de éste, no tanto con los apremios del peligro, como con las responsabilidades de la conciencia. « Confieso á V. M., que de mi propia voluntad, dice, quiero morir antes que pasar por tal cosa, y que si fuesen míos los reynos y los Estados, lo dejaría hundir todo y perder antes que permitir que en ninguna parte dellos se viviese en diferente religión de la que yo tengo. Vuestra Majestad, á quien principalmente toca el remedio, verá lo que es servido que se haga en punto de tanta substancia; que yo con decir el estado que tiene el negocio y lo que haría en mi propia causa, cumpro con mi obligación; y no haga Dios tanto mal *que V. M. me tome por instrumento de tan grande maldad*. Y ya que las quince provincias han prometido obediencia á Dios y á V. M., *tengo por menos malo desmembrar las otras dellas y que sean de dueño ageno, pues están tan enagenadas del mismo Dios, que permitir por salvarlas cosa ninguna.* »

(1) « Digo de nuevo á Vuestra Magestad que es tan grande la insolencia deste pueblo que ando buscando la ocasion de salir dél, y ninguna creo que ha de bastar para que me lo consientan; antes entiendo que si lo supiesen me estrecharian de manera que no pudiese salir de mí aposento; y por otra parte veo que si salgo se acabarán de confirmar en su maldad. Amberes me hace instancia que saque de allí la gente de guerra y desmantele el castillo; y es, sin duda, que en saliendo la gente se dará al Príncipe de Orange, y si se desmantele el castillo á él y al diablo; de donde puede Vuestra Magestad inferir que la pretension de libertad de conciencias se estiende largamente. Y así vuelvo á suplicar á Vuestra Magestad me mande advertir de la resolución que piensa tomar en caso que declaradamente la vengan á pedir en Olanda y en Gelanda y acá, ó en cualquiera destas partes: y si es la que se debe esperar de Vuestra Magestad, á quien Dios ha hecho en la tierra muro y defensa de su Iglesia, ordene y disponga las cosas necesarias para volver por su honra y servicio, ó quando, lo que no creo, quiera Vuestra Magestad pasar por demanda tan indigna del título de Católico, provea para ello otro instrumento, que yo ni lo soy ni lo seré jamás bueno, ni Dios quiera que lo sea, para tan gran ofensa suya. Él alumbre á Vuestra Magestad y le saque deste trabajo » De Bruselas, á 24 de Mayo de 1577 (*recibida en Madrid el 15 de Julio*). *Correspondencia de Felipe II*, tomo V, páginas 357 á 355.

Bajo la influencia de ideas tan pesimistas, D. Juan, que iba notando de día en día el vacío que á su alrededor formaban los personajes tachados de sospechosos, y la creciente hostilidad de las clases populares, al extremo de hallarse como prisionero en su palacio y tener que sufrir tan notorios desacatos, como el que le hicieron desarmando á sus guardias en día de públicos festejos, aprovechóse de un motivo insignificante para salir inopinadamente de Bruselas. El pretexto fué cierto arreglo con los coroneles alemanes tocante á los pagamentos. Fundado en él trasladóse á Malinas; pero como á esta villa le siguieran los secuaces de Orange, y continuaran éstos en sus maquinaciones, el Austriaco decidió abandonarla, y el 14 de Julio trasladóse á Namur, manifestando al hacerlo así que era con el propósito de saludar á la Reina de Navarra, de paso para las aguas de Spa, aunque en realidad con el propósito de buscar un refugio en la plaza últimamente citada. ¿Obró acertadamente D. Juan? Si hemos de atenernos á sus cartas no podía elegir otro camino, pues peregrinaba su seguridad personal y su existencia. Mas pese á todos los pesares, tan grave resolución antójasenos algo precipitada y como sugerida por la impaciencia de resolver cuanto antes y por la fuerza el conflicto existente entre los Estados y el Rey.

Asentada en la confluencia del Sambre y del Mosa y próxima á la frontera por donde confiaba recibir D. Juan los refuerzos de Italia, Namur ofrecía, por la excelente posición de su castillo puesto en una eminencia y defendido por sólida muralla, no sólo el refugio que aquél consideraba necesario, sino la base para acometer toda empresa militar contra los Países. Por esto lo eligió el Austriaco, aunque su propósito era retirarse más adelante á Luxemburgo; más queriendo justificar el pretexto que diera á los Estados, hizo en Namur los honores á la famosa Margarita de Navarra, con ostentación y pompa dignas de mejores tiempos y persona (1). Pero

(1) No tuvo en realidad el viaje de esta dama otro objeto que el de asegurar la influencia de de Alenzon en las provincias valonas, atrayéndose á los gobernadores de las plazas fronterizas.

como al separarse de Margarita érale indispensable justificar su alejamiento de la capital, ya no vaciló D. Juan en hablar sin rodeos, y en carta dirigida á los Estados manifestóles que no regresaría á Bruselas, si no era con autoridad suficiente para hallarse al abrigo de cualquier atentado. Hizo más aún, el 24 de Julio al amanecer, ordenó que las cornetas llamaran á sus cortesanos para la caza, y al frente de ellos salió de Namur tomando un camino que pasaba por las inmediaciones del castillo. Rodeábanle en aquel momento Arschot, Chimay, Hierges, Meguen, Arenberg, Varambon y otros señores menos significados, todos ellos ignorantes de la resolución de D. Juan. Llegados que fueron á la puerta de la fortaleza, volvióse éste á los de su séquito y con gran sorpresa de los presentes dijo en alta voz al primero: «Seguidme si os place; es preciso que me ponga á buen recaudo con los que me acompañan». Y acto seguido penetró en el castillo con ellos y su guardia. Una vez allí, les declaró las asechanzas de que era víctima, las vejaciones de que había sido objeto, cómo en fin habían sido correspondidos su buena fé y sus deseos. «En adelante, añadió, no caben otros caminos que elegir entre el Rey y los rebeldes. Espero que os declareis por mí, pero os dejo en libertad de hacer lo que mejor os plazca. En mis manos está la paz ó la guerra; elegid». Era este un verdadero reto, reto á decir verdad, que si ansiaba arrojar D. Juan á la faz de los Países, no anhelaba menos recoger Orange.

Los efectos que tal resolución produjo en los Estados, en Holanda y en las cortes de Inglaterra y Francia, ya puede presumirse serían, á la par que de estupor, de alarma. Por de pronto D. Juan trató de contrarrestarlos, dirigiendo cartas, así á los Estados generales como á los provinciales y autoridades del país, todas ellas encaminadas á darles la seguridad más completa á la vez que á declarar que el acto realizado por él no tenía otro objeto que garantizar su seguridad personal, en manera alguna faltar á lo acordado, pues estaba dispuesto á cumplir todas las cláusulas de la pacificación de Gante. Quería en cambio que se le concediera una guardia para su persona, que todos los coroneles y goberna-

dores le jurasen fidelidad, la facultad de proveer todos los destinos vacantes y la de expulsar de los Estados generales á los individuos sospechosos. Por último, y esto era lo de más transcendencia, que si Orange se negaba á pactar, dichos Estados se unieran á él para combatirle. Claro está, que no debían éstos conformarse con tales peticiones, y aunque en su seno se agitaran intereses muy opuestos, el partido más poderoso, que era el de Inglaterra, prevaleció dando origen á una nueva negociación con la Reina Isabel sobre la base de un anticipo de cien mil libras esterlinas pagaderas en ocho meses, y un socorro de 5.000 infantes y 100 caballos armados y equipados por la Reina y sostenidos luego por los Estados. Pero ello no fué óbice á que éstos se dirigieran á Felipe II para protestar del acto realizado por D. Juan y pedirle fuese respetada la pacificación de Gante: singular y contradictoria conducta, que da perfecta idea de la capciosidad y de las vacilaciones de aquellas gentes. Por desgracia, para el Rey y para su representante en Flandes, Orange cuidaba de orientarlos, y su influencia hábilmente sostenida en las asambleas por hombres como Marnix, iba á robustecerse de día en día sobre bases más sólidas que las de estas asambleas.

Tan pronto supo Guillermo el hecho de Namur, apresuróse á escribir á los Estados, reiterándoles sus ofertas y animándoles á la resistencia; luego hizo confirmar la unión de las provincias de Holanda y Zelanda; por último, decidióse á pedir á los Estados la plaza de Breda, así como que se solicitara de Isabel de Inglaterra un préstamo mucho mayor que el pedido, que se contrataran 4.000 reitres, 3.000 caballos, 15.000 alemanes de infantería, 5.000 valones y 3.000 gascos, cuyas tropas deberían moverse contra el Luxemburgo, para cortar la retirada á D. Juan. Pero Orange no se contentó esta vez con pedir; aspiraba á dominar en la capital sin oposición alguna, y con tal objeto despachó á ella sus hechurascos, Marnix, Guillermo de Lumey, Oliverio Tynpel, si famoso aquél por su elocuencia, célebres éstos por sus instintos brutales y sanguinarios. Estos tres hombres, apoyados en la masa popular, debían dar al traste con los elementos pa-

cíficos de la burguesía, y así como el Consejo de Estado fué anulado por la asamblea general, ésta á su vez debía quedar supeditada á los *patriotas*, que tal fué el nombre con que se designó á los elementos levantiscos de Bruselas. Tal es la ley de toda revolución, aparte el instinto de las masas que prefieren generalmente un hombre á una asamblea. La autoridad pasó en consecuencia de manos de los Estados y de los magistrados á un comité llamado de los *Diez y ocho*, compuesto por dos diputados de cada gremio. Y una misma consigna se dió á todas las ciudades para que destituyeran á sus magistrados y les reemplazaran con idénticos comités que el de Bruselas. Desde aquel momento, la autoridad del *Taciturno* no tiene obstáculos. Ármase el pueblo de la capital y constituye la milicia ciudadana. Declaran públicamente los Estados su adhesión á Orange, y por último, hacen saber al Rey Don Felipe, que la retirada de D. Juan ha producido un escándalo general, y que solicitan de él otro gobernador.

Y las consecuencias de este movimiento popular no fueron otras que la llamada de Orange á la capital, cosa que no tardó en verificar tan pronto fué invitado á ello por los Estados. El 18 de Septiembre, Guillermo hizo su entrada en Amberes, y el 23 en Bruselas, con brillantísimo acompañamiento de diputados y magistrados. El recibimiento fué magnífico. Arschot, Egmont, Bossu, Chimay, Héze, todos los personajes más significados figuraron en él. Y lo que más congratuló al *Taciturno* fué el volver á pisar el suelo de su casa, de la que se hallaba ausente desde 1566. ¡Cuánto había cambiado para Orange y para España el estado de cosas! Arschot, que ahora asistía al triunfo de Guillermo y que fué nombrado por D. Juan castellano de la ciudadela de Amberes, había desertado de las banderas del Rey, pese á sus protestas; Bossu, el almirante de la Armada de España, el vencedor de los holandeses en el Zuiderzée, agriado por el olvido de Felipe II, al salir de su prisión había abrazado la causa de los rebeldes; Lalaig no había sido más fiel, ni tampoco Héze á promesas recientes; Egmont, el hijo del infortunado Lamoral, iba en cambio al lado de Guillermo como patentizando la

impotencia de España, y el pueblo entero de la capital, loco de júbilo, saludaba como á su libertador al que simbolizaba la guerra á muerte contra la dominación española.

Bien se comprenderá el efecto que tan extraordinario suceso debió producir en el ánimo de D. Juan. Su irritación y su despecho se reflejan como siempre en las cartas dirigidas al secretario Antonio Pérez y á Escobedo, en los reproches hechos á uno de los enviados por la asamblea cerca de su persona, y muy especialmente en su correspondencia con el Rey que de día en día es de substancia más amarga. Por desgracia, las repetidas cartas que envió desde Namur á Madrid por conducto de propios, no tenían contestación. *Tres meses* transcurrieron sin recibir carta alguna del Rey. Cincuenta días de fecha contaban las que en este intervalo recibió de Antonio Pérez. Y no era lo peor hallarse sin noticias y sin recursos, sino sin fuerzas con que defenderse, pues como pidiera el virrey de Milán el regreso de los tercios, éste, por orden expresa del Rey, — á quien dieron oportuno aviso de la demanda, — se abstuvo de cumplirla. Llegado á tal extremo, su disgusto raya en la desesperación. « No pensé jamás, decía al Rey, haber merecido (cuando no fuera hermano de V. M.) que estimara en tan poco mi persona, ni el celo y afición con que le he procurado servir, que me consintiera padecer á los ojos de todo el mundo tanta vergüenza y necesidad cuanto he padecido desde que entré en estos Estados, *sin ser siquiera servido de mandarme responder á lo sustancial de mis despachos* (1) ». Y cinco días después de escrita esta carta, redactaba otra no menos sentida y triste: « Si Dios por su bondad no me socorre, esta es la hora que no sé qué hacer de mí, ni en qué he de parar. Pluguiere ya al mismo Dios que, sin salir de lo que soy obligado á mi conciencia y á la obediencia que debo á V. M. y sin que fuere juzgado por mocedad poco honrada pudiese dar con la cabeza en la pared y arrojarme á un precipicio. Que yo lo hiciera cierto antes que pasar por tan notables riesgos de perderlo todo tan triste y mal

(1) 19 de Septiembre de 1577.

perdidamente, como está á pique de sucederme, por la poca cuenta que se tiene con esto y conmigo.»

¡Inútiles quejas! Vanamente se esforzaba el Bastardo en representar á su hermano la disposición de los ánimos de católicos y protestantes, el contraste que ofrecía el *grandísimo aborrecimiento que se tenía al nombre del Rey* y el *amor exaltado á Orange*, la imposibilidad de poner remedio al mal si no era por las armas, el descrédito que padecía Felipe II con no acudir á este remedio..... El Monarca estaba decidido á buscarlo por otros caminos, y procurábalo con abstracción completa de D. Juan á quien suponía cegado por el afán de gloria y de poder. Ya éste había recibido á fines de Agosto cartas de Pérez y del Marqués de los Vélez (miembro del Consejo de Estado de Don Felipe) advirtiéndole que la intención del Rey era evitar á todo trance una ruptura. A mediados de Octubre, es decir, llegado que fué al Luxemburgo, recibió una carta real fechada el 1.º de Septiembre que no le permitía abrigar duda alguna acerca de aquellos propósitos. «Mi voluntad es que se excuse de venir á la rotura y guerra abierta contra ellos (los Estados), y de volver á meter en esos países la gente extranjera, por la prueba grande que se tiene de lo poco que ha aprovechado todo lo pasado; y, cuando bien suceda, el mejor suceso que puede tener es la última ruina y perdición de todo eso; y aunque con ésta se conseguiría el castigo de la gente rebelde á Dios y á mí, padecerían mucho los buenos. Pero lo que más importa es el ser tan dudoso el suceso, y el que puede seguirse de que, viéndose en su última desesperación esa gente, se entreguen todos á sus vecinos y enemigos, con tanto peligro como se dexa considerar, de que, con el mal suceso de aquéllo, se puedan poner en aventura otras muchas cosas de mi servicio y Estados, y lo que no importa menos que lo demás, *la grande suma de dinero y sustancia que ha menester* para tomar aquel camino de la fuerza y guerra abierta, de lo que, por los grandes gastos pasados, hechos así en esos Estados como en otras muchas cosas, hay tanta falta y necesidad.»

No cabía ya duda alguna. Don Juan veíase obligado á con-

tinuar aquellas enojosas y estériles negociaciones, más propias de leguleyos que de un militar; y mientras el *Taciturno* era llamado á Bruselas por los Estados, llegaban á presencia del austriaco tres representantes de esta asamblea para presentarle un nuevo protocolo en el que exponían sus exigencias. Pedían ahora que D. Juan restituyera á Namur y los demás castillos, que licenciara todas las tropas, que mandara alejar á los tudescos y que se retirara á Luxemburgo: sólo á tal precio consentirían someterse. Era éste un verdadero *ultimatum*, puesto que al final de su escrito cuidaban de advertir que no admitirían réplica. Por esto D. Juan, pese á las dificultades de su posición, no pudo menos de montar en cólera, sobre todo, al saber que este *ultimatum* coincidía con el llamamiento hecho á Orange.—*¿Qué manera de proceder es esa?*—dijo á uno de los comisionados.—Mas con responder éstos que ello era la consecuencia de la paz de Gante por virtud de la cual debía Guillermo volver á ocupar sus antiguos cargos, tuvo que convenir aquél en que la fuerza y la lógica le imponía una nueva humillación; que lo era y muy grande para él, como para el Rey, el pasar por tales exigencias. Cedió en su consecuencia D. Juan, y el 23 de Septiembre suscribió una carta en la que aceptaba las condiciones de los Estados generales. A las antes citadas se añadían otras notoriamente atentorias á la autoridad y decoro del Rey, como eran que procurase nombrar cuanto antes otro gobernador, que don Juan retirarse á Luxemburgo hasta que éste llegara, que los señores de su séquito que fueran gobernadores de provincias ó capitanes de las Bandas de ordenanza se abstendrían desde aquel momento de ejercer sus cargos, y que los gobernadores de Luxemburgo impedirían el paso de tropas destinadas á los Países Bajos. A trueque de esto, los Estados ordenarían la suspensión de hostilidades, el mantenimiento de la religión católica, la libertad de los prisioneros hechos á los realistas y la devolución de los bienes confiscados.

Era de presumir, y así lo esperaban los diputados y el pueblo de Bruselas, satisfechos con la respuesta de D. Juan, que el arreglo fuera cosa definitiva. Empero no ocurrió así,

confirmándose una vez más con ello las profecías del Austriaco (1). Porque aunque la mayoría de la asamblea aprobó con sólo algunas salvedades el acuerdo, Orange logró que volviera sobre él y que se redactara una *nueva pacificación* (!), de lo que se encargaron el mismo Orange, Bossu, Lalaing y los delegados que fueron días antes á Namur. Nuevas y empeñadas discusiones con tal motivo, demandas más perentorias y exigencias más estrechas. No sólo se mantenía la suspensión de destino para los señores que asistían á D. Juan, sino que se añadió al nuevo proyecto la condición de que en el tratado iría comprendida la Reina de Inglaterra, que el Conde de Buren (hijo de Orange) sería enviado á los Países, y por último, que se organizaría un nuevo Consejo de Estado compuesto por individuos nombrados por los Estados generales, consejo que se encargaría de todos los negocios del país. ¿No equivalía esto á imposibilitar toda negociación?

Pero si Guillermo miraba con malos ojos se llegase á un acuerdo con el Rey de España, pues esto daba al traste con su influencia, es de presumir que tampoco veía D. Juan con disgusto exigencias tan fuera de razón, puesto que ellas abonaban ante el Rey sus opiniones pesimistas (2). Sólo á fuerza de imposiciones podía venir el rompimiento, y como Orange era el primer interesado en ello, aquél no podía hacerse esperar. ¡Considérese el regocijo con que recibiría D. Juan la nueva de que las tropas españolas distribuidas por el Milanesado habían recibido la orden de regresar á los Países Bajos! Precisamente esta noticia llegó á él casi al mismo tiempo que la Embajada de los Estados con el *ultimatum* inspirado por Guillermo y aprobado por ellos. Por de pronto no quiso recibir á los diputados, alegando ocupaciones perentorias y manifestando que su presencia le extrañaba tanto más, en cuanto tenía conocimiento de la orden dada á las tropas re-

(1) En su carta al Rey de 9 de Septiembre decía D. Juan: «Los Estados generales no hacen nada contra la voluntad del Príncipe de Orange y éste no quiere que se haga, y ha dicho que, si se hace, no pasará por lo que en ello se determine.»

(2) «V. M. se acabe de desengañar que de la manera que esto se ha puesto no tiene otro remedio sino el de las armas.» 4 Agosto de 1577.

beldes para moverse desde Gembloux sobre Namur; al siguiente día expúsoles sus quejas de palabra y les despidió, contentándose con responder al *ultimatum* con una carta á los Estados que no permitía abrigar esperanza de arreglo. Y acto seguido salió de Namur en dirección de Luxemburgo (2 de Octubre), viaje que tenía ya en proyecto antes de recibir el *ultimatum*, pues estaba decidido de mucho antes á no admitirlo. Ya en Luxemburgo, les dirigió carta todavía más enérgica y conminatoria, puesto que recordándoles sus propósitos pacíficos y sus buenos deseos, menospreciados una y otra vez, les declaraba en nombre del Rey que dejaran las armas, que despidieran á Orange y á los suyos, que devolviesen los prisioneros, que cesaran en sus funciones de gobierno cuantos indebidamente las ejercían, etc., etc., ordenándoles que se atuvieran á lo por ellos jurado, esto es: mantenimiento de la religión y obediencia al Monarca. Si así lo hacían, suspendería el avance de las tropas españolas; de lo contrario, veríase obligado á emplear aquellos medios que Dios y el Rey ponían en sus manos.

Es de presumir cómo se recibiría en Bruselas la carta de D. Juan. Por un lado los partidarios de la paz se mostraban sobresaltados y temerosos ante las contingencias de una lucha á todas luces ruinoso para el país, por otro los secuaces de Orange, apoyados en el pueblo, querían sacar el partido posible de este nuevo pretexto; en el seno del comité de los *Diez y ocho* (1), pedíase ya sin dilaciones el armamento general, el sitio del castillo de Namur, la alianza con Inglaterra, la formación de un nuevo Consejo de Estado, substitución por *patriotas* de todos los magistrados sospechosos de españolismo, en suma, cuantas medidas entendíanse necesarias para combatir á brazo partido contra el Rey. Por si esto no

(1) Sabido es que los artesanos de Bruselas estaban distribuidos ó agrupados en nueve *naciones* que constituían uno de los tres brazos de la villa. Cada una de estas *naciones* nombraba ordinariamente dos diputados, llamados *boetmeesters* ó síndicos, para preparar y discutir el arreglo de los negocios en los que aquéllas tenían que intervenir. Al comenzar los tumultos, los diez y ocho *boetmeesters* apoderáronse de toda la autoridad desempeñada por los magistrados, y siguiendo este ejemplo se constituyeron colegios ó asambleas de diez y ocho delegados del pueblo en muchas villas del país. Nota de M. Gachard.

bastara, la contestación que con fecha 8 de Octubre se dirigió á D. Juan, da perfecta idea de la disposición en que se hallaban los ánimos. Esta contestación, no es otra cosa que una protesta, á la que acompañaba la invitación de retirarse de los Países hasta tanto que el Rey le nombrara un sucesor y la amenaza que, de no hacerlo así, los Estados acudirían á todos los Monarcas y señores extranjeros para sacudir el yugo de España. Por manera, que bien puede decirse, que ni por una ni otra parte quedaba ya esperanza de arreglo.

Tal estado de cosas hábilmente preparado por Orange, iba á producir en el seno mismo de los Estados otro movimiento, no menos favorable á las miras de aquél y que no era en realidad más que una consecuencia lógica de su política. A la sagacidad de Guillermo, no podía ocultarse que ni el clero católico, ni la parte más alta de la nobleza podían ver con buenos ojos su dictadura, pues si á su lado se colocó esta nobleza contra España, tampoco quería verse supeditada á él, sobre todo aquellos señores que, como el Duque de Arschot, habían desempeñado alto cargo en los Consejos y habían sufrido no pocas vejaciones de los llamados patriotas. Y estos recelos aumentaron al ponerse de manifiesto de un modo visible los manejos de Orange en la Asamblea de los Estados y sobre todo los de sus partidarios y satélites en los gremios ó cofradías que eran, por decirlo así, el alma del pueblo de Bruselas. Arschot era, entre todos los nobles, el llamado á disputar á Orange esta influencia, no porque tuviera dotes de hombre de Gobierno, sino por su representación personal y por el lustre de su casa. Hombre lleno de vanidad, tornadizo, voluntarioso é impresionable, se distinguía menos por su capacidad y por su pericia que por sus deseos de figurar. Fué de los nobles que á raíz de los tumultos se mantuvieron leales á España, sirvió en la administración de Alba, disgustóse con Requesens y se afilió á los descontentos; después se puso al lado de D. Juan, al que siguió hasta Namur, y días más tarde fugóse de su lado para marchar al lado de Orange. Tal fuga, sin embargo, consideróse debida al recelo de que éste, favorecido por los populares, no se hiciera dueño del Gobierno, y

aunque en las apariencias mantuviera con él relaciones cordiales, ello es que con los demás personajes de la nobleza había urdido ya una trama para dar al traste con el poder de Guillermo. De esta suerte se inició la lucha entre Orange y el pueblo de una parte; el clero y la alta nobleza de otra. Sin embargo, Guillermo era bastante hábil para sacar partido de su influencia personal, indiscutible en Holanda y Zelanda, pero poderosa ya en Bruselas. Ni podían tampoco inspirarle recelos sus competidores, puesto que á la fin y á la postre, éstos venían á convertirse en pantalla de sus ambiciones; así es que, lejos de aparecer doblemente rebelde, procuró destruirlos, haciendo que unos á otros se neutralizaran. Y quizás en esta ocasión es cuando más se puso de relieve el profundo talento político de Orange.

Los orígenes de lo que bien puede llamarse conjura de los nobles, databan de algunos meses antes, puesto que en Octubre del 76, un señor de Malstede, primo del Duque de Arschot, fué á Viena con la misión secreta de solicitar la presencia y ayuda del Archiduque Matías, hermano como ya se dijo del Emperador Rodolfo; pero ocurrió, que si bien Matías mostróse propicio al requerimiento, la llegada de D. Juan y el momentáneo acomodo de éste con los Estados, hicieron fracasar la negociación. Esta se reanudó sin embargo en Agosto de 1577, no bien se agravaron las disidencias entre los Estados y el austriaco, y se dieron cuenta los nobles del probable desenlace de estas disidencias. Para Arschot se reducía todo á desembarazarse de D. Juan, á la par que inutilizar á Orange; para los nobles que entraron en la conjura, no sólo á debilitar la omnipotencia de éste, sino á garantir la sombra de poder real, que no molestaba al suyo. Mas ni aquél ni éstos contaban con las condiciones del elegido, personaje insignificante por su carácter y falta de experiencia y aún de autoridad para dominar la complicada situación de los Países. Por lo mismo, su presencia, puede decirse que más que otra cosa fué una perturbación y un estorbo para ellos.

Más extraña parece la actitud de la corte de Viena en este negocio, por más que en todo lo de los Países Bajos hizo á

España bien flacos servicios la rama alemana de la Casa de Austria. Mr. Gachard, es de parecer que nada puede opinarse respecto á si el Emperador Rodolfo tenía conocimiento de la determinación de su hermano, pero no deja de expresar sus dudas tocante á este particular; porque si bien es cierto que el Emperador no bien supo la fuga de su hermano, apresuróse á enviar un gentil-hombre á D. Juan para informarle de ella y al propio tiempo comisionar á otro para que buscara en Bruselas al Archiduque, ello es que ni las órdenes imperiales surtieron gran efecto, ni los informes recibidos en Madrid del Duque de Terranova (1), ni menos la presencia del embajador tudesco en la entrada de Matías en Bruselas, permiten opinar nada bueno de la política alemana. El docto archivero belga advierte que «no debe olvidarse que desde los orígenes de los tumultos de los Países Bajos, la Casa imperial había constantemente tratado de ingerirse en los negocios de las Provincias, y que entre los objetivos de su ambición figuraba el de que uno de sus Archiduques fuere llamado al gobierno de éstas (2).» A D. Juan sobre todo, le escandalizó en alto grado que un soberano, que á su calidad de aliado unía la de hermano político de Felipe II, tuviera la debilidad ó la codicia que un acto de tal índole dejaba traslucir. «No puedo negar, escribía al Rey, que no me haya escandalizado tan extraña resolución y no sé qué juicio hacer della, porque por una parte parece que la obligacion que el Emperador tiene á V. M. ni ser quien es, sufra que se crea que el viaje de su hermano haya sido con su voluntad y sabiduría;

(1) Este personaje, embajador que fué de Felipe II en el congreso de Colonia, escribía en 17 de Mayo de 1579 al citado Monarca que había sabido por muy buen conducto que el Archiduque Matías marchó á los Países Bajos, no sólo de acuerdo con el Emperador, sino por orden de éste, añadiendo que Rodolfo entregó á su hermano cartas de recomendación para los Estados y otras para Francfort, con objeto de que pudiera procurarse todo aquello que le hiciera falta.

(2) De la misma opinión que Gachard es Kerwyn, quien al hablar de las falsas demostraciones de interés y afecto hechas por el Emperador Rodolfo á D. Juan, con objeto de no disgustar al Rey de España dice: «El Emperador veía en la empresa de su hermano un medio de aumentar el poder de su casa y sólo trataba de aprovecharse de ello». Es muy interesante también lo que acerca de este particular manifestaba á Felipe II el 12 de Octubre de 1572 el Conde de Montegudo, embajador español en la corte de Viena.—*Correspondencia de Felipe II*, tomo II, pág. 284.

por otra no deja de causar sospecha que habiendo él sabido que los Estados trataban con el Archiduque, y que el hombre que le ha sacado había estado otra vez en aquella Corte con la misma intención que agora se ha declarado, no solo se le haya ido á la mano, pero tampoco avisado dello á V. M.» Júzguese por esto la confianza que á D. Juan podían inspirarle los soberanos de las vecinas naciones, enemigos más ó menos encubiertos todos de España, aunque en realidad enemigos todos de muerte.

La negociación sostenida por los Estados y cuyo final fué la entrada de Matías en tierra de Flandes, llevóse sin embargo con tal secreto por parte de los conjurados que escapó á la vigilancia de Orange, porque el comisionado que fué á Viena iba con carta oficial de los Estados para el Emperador, pero con el secreto encargo de solicitar la presencia del Archiduque en los Países, y cuando Guillermo tuvo noticia de esta gestión, ya éste se hallaba en Viena. Aceptada su oferta, el Archiduque escapó el día 3 de Octubre con disfraz de criado, y poco antes de llegar á la frontera, el Duque de Arschot presentóse á la Asamblea para declarar que buen número de señores bravantinos y flamencos habían considerado conveniente llamar al Archiduque Matías, con objeto de que se hiciera cargo del Gobierno, ya que depuesto de hecho D. Juan y siendo aquél de sangre austriaca y persona de cualidades, su designación satisfaría probablemente al Rey, y era de esperar no satisficiera menos á los Estados. Bien se deja entender que tal negocio, hecho sin consentimiento alguno de la Asamblea, debía ser desautorizado y aún condenado por ésta. Pero sobre no existir unidad ni pensamiento fijo en ella, el deseo de atraerse el apoyo de Alemania empujaba á los más, y como ya el Archiduque debía hallarse en aquellos momentos en Colonia, acordóse que Orange y otros señores redactaran un proyecto de condiciones á las que debía sujetarse el tudesco. Con esto se trató simplemente de salir de aquel atolladero ó, por mejor decir, de ganar tiempo.

Era, sin embargo, Orange bastante sagaz y enérgico para dominar tales dificultades; así es que, sin perjuicio de cola-

borar en la redacción del proyecto ó capitulaciones, halló en en sus partidarios los recursos indispensables, no sólo á compensar el agravio que le hicieran los nobles, sino á contrabalancear la autoridad del nuevo gobernador. Y lo que esta vez idearon sus satélites no pudo ser más hábil ni más acertado. Consistía, simplemente, en investir á Orange de la autoridad de gobernador de Bravante, cargo que en realidad no existía por haberlo desempeñado siempre la persona que ejerció el de Gobernador general de los Países Bajos, que, como se sabe, residía en Bruselas. Y precisamente por esto, no sólo el cargo tenía desusada importancia, sino que la adquiría mayor todavía por la persona que iba á desempeñarlo. Fácil es que el mismo Orange no consiguiera sus propósitos de no haber contado con otro apoyo que el de sus amigos en la Asamblea. Empero, Guillermo tenía á su favor las masas populares, y de éstas salió, ó se hizo salir, la petición de que fuese nombrado un gobernador del Bravante (17 de Octubre). Las cofradías iniciaron la idea; fueron á substentarla en el seno de los Estados del Bravante tres representantes de la ciudad y jefes de la milicia, y pese á las dificultades que opusieron los Estados de la provincia, logróse, bajo la presión de las amenazas, que el Bravante tuviera su gobernador como las demás provincias, y que este gobernador fuera Guillermo de Orange, acuerdo y nombramiento que por iguales poderosos motivos confirmaron los Estados generales el día 22 de Octubre de 1577. Y en balde trató Arschot, nombrado pocos días antes Gobernador de Flandes, de que el clero y la nobleza de esta provincia declararan que la elección de Orange, no sólo era atentatoria á la autoridad Real y prematura, hallándose en tratos con el Archiduque Matías, sino que no se ajustaba á las conveniencias ni á las necesidades, porque repitiéronse en Gante las amenazas que en Bruselas y aún fueron seguidas de la prisión de Arschot y otras personas tachadas como él de sospechosas, osadía extremada que produjo como consecuencia grande zozobra en la misma Asamblea de los Estados generales. Bien se echó ello de ver cuando en vez de protestar contra tamaño atropello contentóse con

suplicar á los que lo habían ideado y realizado. Logróse, es verdad, que Arschoot quedase libre poco después, pero el hecho era de bastante resonancia para que dejara de servir de precedente á los descontentos.

Ello es que no bien llegado el Archiduque á tierra de Flandes, las graves dificultades originadas por los partidarios de Orange fueron en aumento, puesto que no bastó que Matías se aviniera á suscribir las capitulaciones hechas por los diputados y que fuera admitido con respeto por las poblaciones de Diest, Lierre y Amberes. Los gremios de Bruselas negábanse á que fuera admitido en ésta y á que comenzara á ejercer el gobierno, si no reconocía como gobernador particular á Orange y lo aceptaba además como su lugarteniente, imposición ésta durísima para la Asamblea, que ya había invitado al Archiduque á que se trasladara á la capital, y más dura todavía por los términos de violencia en que se hizo. Con todo, hubo de pasarse por ella, así como por retardar la entrada de Matías, hasta tanto que Orange pudiera asistir á ésta, lo que se efectuó el 18 de Enero con gran solemnidad. Al siguiente día dióse á conocer al Archiduque la conveniencia de que Orange fuera nombrado su lugarteniente, y el 20 juró aquél su cargo como Gobernador general. En realidad de verdad, las cosas habían cambiado muy poco, pues, como decía Leonio á Orange, algunos días antes, era más fácil entenderse con un Gobernador ni rico ni poderoso, que con uno poderoso y autoritario..... Y en Matías concurrían aquellas dos circunstancias sobre la de ser un personaje enteramente insignificante.

Pero si la llegada de Matías fué vista con recelo por la mayoría de la Asamblea y despertó los malos humores del pueblo de Bruselas, no produjo ni podía producir mejor efecto en Francia y en Inglaterra. Comprendiéndolo así, apresuráronse los Estados á enviar á la corte de Francia al Barón de Aubigny, encargado, no sólo de ofrecer sus respetos y algunos presentes al Duque de Alençon, sino de representar al mismo Enrique III que las causas que les obligaban á tomar las armas eran todas justísimas y que los peligros que podía

acarrear á Francia la conducta de D. Juan, nacían, no sólo del carácter de éste, sino de la necesidad en que se verían de echarse ellos en brazos de cualquier otro príncipe; motivo éste, añadían, que les obligaba á dirigirse á él como digno de tomar bajo su protección el socorro de los afligidos. Pero como casi al mismo tiempo que esta embajada, llegara á la Corte francesa un comisionado de D. Juan, encargado por éste de poner en juego la persuasión y la amenaza, el apocado y toronado Enrique limitóse á despedir con buenas palabras á los flamencos y aún á recomendarles el mejor acomodo con Felipe II. Súpose, también, en Bruselas que, pese á las buenas ofertas de Alençon, andaba éste en tratos para contraer matrimonio con una infanta española; y fuesen ó no ellos ciertos, el hecho es que por aquellos días el Duque se mostraba menos solícito y movedizo que de costumbre. En cambio, si por parte de Francia el temor y los halagos habían producido algún fruto, en Inglaterra la alarma de la Reina fué extremada, porque la intervención de Matías considerábase por ella como un verdadero fracaso de su política. Por de pronto negóse á dar el más mínimo auxilio, despachó nuevos emisarios á los Países-Bajos con objeto de dar sus quejas á la Asamblea é informarse detalladamente del estado en que se encontraban las cosas, sobre todo de la situación económica, principal punto de mira de la inglesa, y por último, dió á entender á Orange el mal efecto que le causaban sus gestiones con Alençon. Mas, como, por otra parte, tampoco le convenía una ruptura total con los Estados, pasados que fueron los primeros arrebatos, avínose á pactar un socorro con la garantía de las plazas de Flessinga, Middelburgo, Brujas y Gravelinas. Por donde se ve que la política inglesa no tenía por norma afinidades de religión ni de raza, sino pura y simplemente las conveniencias personales. Bajo la presión de éstas llegóse, pues, á suscribir en Bruselas, el 7 de Enero de 1578, un tratado por virtud del cual los Estados obtendrían un socorro de 5.000 infantes, 4.000 caballos y 100.000 florines, con las garantías necesarias á Isabel y la expresa obligación de no ajustar tratado alguno ni tomar acuerdo importante sin el

consentimiento de la Reina. Esta imponía á los Estados un jefe de su confianza, el Duque alemán Casimiro, otro de aquellos estrafalarios pretendientes que hicieron de los Países-Bajos el teatro de sus aventuras.

Como puede juzgarse por esto, la característica política de los Estados no era la firmeza, pues acababan de aceptar un Gobernador que ningún auxilio positivo les proporcionaba, y veíanse obligados á mendigar de corte en corte los elementos de que carecían; pero en instantes tan altamente críticos para los rebeldes, puesto que se hallaban ya amenazados por las armas españolas, carecían de recursos, y ya que el de Alençon no les diera socorros, era preciso demandarlos á Isabel de Inglaterra. Orange mismo, sin esperanzas algunas de Francia, escribía á esta Soberana las cartas más humillantes. Y por si esto no bastara, recurríase á los príncipes protestantes de Alemania, á los hugonotes franceses, á cuantos, en suma, por afinidades y simpatías pudieran acudir en ayuda de la rebeldía. No era, sin embargo, esto lo peor, sino que hecha la demanda y ajustado el pacto con Isabel, ésta se mostrara remisa en cumplirlo, mandando los socorros prometidos. Porque D. Juan apercibía ya sus fuerzas, y los Estados generales pedían inútilmente á los Estados de provincia recursos con que mantener las tropas reunidas para defenderse del austriaco: hechos ambos que influían poderosamente en el ánimo de la inglesa, porque, persuadida como estaba del agotamiento del país, deseaba ante todo conocer el resultado de la lucha.

Empero, tiempo es ya de que se diga cuáles eran los pensamientos de Felipe II, á raíz de la ruptura definitiva con los Estados generales. Esta ruptura, tan temida por él, debía ser inevitable desde el punto y hora en que dispuso el regreso al Luxemburgo de los tercios que se hallaban en el Milanésado. Pero todavía antes de ordenar este movimiento abrigó la esperanza de conjurar el conflicto con la vuelta de su hermana Doña Margarita á los Países-Bajos, y el nuevo desempeño del Gobierno por esta señora. El Cardenal Granvela, que á la sazón se hallaba en Italia, fué el mediador entre el

Monarca y la Duquesa de Parma, y como á resultado de sus gestiones, logró la equiescencia de ésta, no menos deseosa que su hermano de la paz, que influida de las grandes simpatías que por los Países experimentaba. Con tales propósitos, escribió á todos los señores de la tierra, incluso á Orange, anunciándoles su próximo arribo y sus pensamientos conciliadores; y aunque por el momento pensó en que la acompañara Granvela, desistió de ello ante el temor de que la presencia de éste dificultara las negociaciones. Mas por desgracia, Doña Margarita no pudo realizar el viaje. En el momento de abandonar su residencia de Aquila, un fuerte ataque de gota en los piés la dejó imposibilitada. Transcurrieron los meses, precipitáronse los acontecimientos en Flandes, poniéndose las cosas en los mayores términos de intransigencia, y Felipe II, ante la inminencia del peligro, pese á sus repugnancias, á sus temores y á sus necesidades, hubo de dar por fin aquella tan suspirada orden para D. Juan, orden que colmaba todos sus anhelos de guerrero y todas las exigencias de su orgullo ofendido.

Sostuvo Felipe II esta negociación con su hermana por los últimos meses de 1577, precisamente por los días en que don Juan mantenía las tan accidentadas y penosas con los Estados, que fracasaron en Septiembre del citado año. En este mismo mes recibió aviso del regreso de las tropas; mas ya eran tantas sus impacencias que, á mediados del anterior, dirigió á los tercios españoles aquella famosísima carta en que reclama su presencia y que por los expresivos términos en que está concebida merece que la reproduzcamos aquí:

«A los Magníficos Señores, amados y amigos míos, los capitanes y oficiales y soldados de la mi infantería que salió de los Estados de Flandes.

»Magníficos Señores, amados y amigos míos: el tiempo y la manera del proceder destas gentes ha sacado tan verdaderos vuestros pronósticos, que ya no queda por cumplir de ellos sino los que Dios por su bondad ha reservado. Porque no solo no han querido gozar ni aprovecharse de las mercedes que les truje, pero en lugar de agradecerme el trabajo

que por su beneficio habia pasado me querian prender á fin de desechar de sí religion y obediencia. Y aunque desde el principio entendí, como vosotros confirmasteis siempre, que tiraban á este blanco, no quise dejar de la mano su dolencia hasta que la ejecucion del trato estuvo muy en víspera. Y entonces me retiré á este castillo por no ser causa de tan grande ofensa de Dios y de servicio á S. M. Y como los mas ciertos testigos de su malicia son sus propias conciencias hánse alterado de tal manera, que toda la tierra se me ha declarado por enemiga y los Estados usan de extraordinarias diligencias para apretarme, pensando salir esta vez con su intencion. Y si bien por hallarme tan solo y lejos de vosotros, estoy en el trabajo que podeis considerar y espero de dia en dia ser citado; todavia acordándome que envio por vosotros y como soldado y compañero vuestro no me podeis faltar, no estimo en nada todos estos nublados. Venid pues amigos míos; mirad cuán solos os aguardamos yo y las iglesias, y monasterios y religiosos y catolicos cristianos, que tienen á su enemigo presente y con el cuchillo en la mano. Y no os detenga el interés de lo mucho ó poco que se os dejare de pagar, pues será muy agena de vuestro valor preferir esto que es niñería, á una ocasion donde con servir tanto á Dios y á S. M. podeis acrecentar la suma de vuestras hazañas, ganando perpetuo nombre de defensores de la fé y obligarme á mí para todo lo que os tocare, mayormente de lo que dejáredes de cobrar allá no perdereis nada, pues yo tomo á mi cargo la satisfaccion dello; y así como tengo por cierto que S. M. tomará este negocio con las veras y la calidad que le obligan y en la misma conformidad hará las provisiones, lo podreis vosotros ser que yo os amo como hermano; y las ocasiones que os esperan no consentirán que padezcáis porque no dudo que acudireis al nombre y ser de cristianos españoles, y valientes soldados, y buenos vasallos de S. M. y amigos míos hareis lo que os pido con la liberalidad, resolucion y presteza que de vos confío y conviene.... No me alargaré á encarecer mas este negocio; solo diré que este es aquel tiempo que mostrádes desear todos militar conmigo, y que yo quedo muy

alegre, y que las cosas han llegado á este extremo de pensar que ahora se me ha de cumplir el deseo que tengo de hallarme con vosotros en alguna empresa donde satisfaciendo vuestras obligaciones, hagamos algunos servicios señalados á Dios y á S. M. Esta carta pase de mano en mano. N. S. guarde á vuestras magnificas personas como deseais. Del Castillo de Anamur, á 15 de agosto de 1577.

» A los Magnificos Ordenadores. Vuestro amigo.—*Don Juan.*

» No escribo en particular, porque no se las compañías ni capitanes que habrán quedado en pie; pero esta servirá para reformados y no reformados; y á todos ruego vengais con la menor ropa y bagaje que pudiéredes, que llegado acá no os faltarán de vuestros enemigos.»

Ya se dijo que D. Juan había partido de Namur para Luxemburgo el día 2 de Octubre. Su objeto era recibir aquí las fuerzas procedentes del Milanesado, de cuyo arribo había tenido aviso por el Virrey Marqués de Ayamonte. Además organizar éstas y asegurar su pagamento, para lo cual pudo obtener un préstamo de 200.000 coronas de los mercaderes de París y recibió del Pontífice Gregorio XIII la suma de 50.000 escudos de oro, sin perjuicio de los que esperaba del Rey. Las tropas de que entretanto podía disponer eran quince banderas y algunos caballos que, vigilando la frontera tenía Mansfeld; algunos regimientos alemanes y lorenenses distribuídos por las inmediaciones de Namur, cuya ciudadela ocupaba Verdugo, y una escasa guarnición colocada en Marche. Se calculaban en 12.000 soldados antes de recibir los refuerzos de Italia y los enviados por el partido católico francés. Pero estos refuerzos tardaron aún bastante en llegar, pues aunque, según Vázquez, salieron de la Lombardía en 15 de Octubre, hasta los primeros días de Diciembre no llegaron á su destino. Componíanse de unos 3.000 españoles, gente toda veterana y briosa, en quienes podía más el amor á su príncipe y profesión, que los reclamos de la comodidad, pues hubo capitán que no vaciló en empeñar su escasa hacienda para volver al teatro de sus antiguas proezas. Pero D. Juan

esperaba que con los tercios españoles llegarían también los italianos, y no hallándose por lo mismo con suficientes fuerzas, hubo de aceptar las que le ofreció el Duque de Guisa, cabeza del partido católico francés, y que consistían aproximadamente en 3.000 infantes y 2.000 caballos. Este ejército no era bastante numeroso para oponerse al que reunían los Estados; pero lo que le faltaba en cifra, lo tenía en consistencia y práctica militar, sobre todo sobrepujaba al primero en el mérito de sus capitanes, entre los cuales figuraban veteranos como Mansfeld, Mondragón, Verdugo, los Gonzagas, Mendoza, Monte y otros de no menos renombre. Excediéndoles sin embargo, en talentos, si no en historia militar, contábase entre ellos un recién llegado que debía dar un nuevo brillo á las armas españolas, el joven Duque de Parma Alejandro Farnesio, hijo de aquella Margarita tan grata á los flamencos y sobrino por lo tanto del monarca español, bajo cuyas banderas iba á servir en los Países-Bajos. Farnesio llegó al Luxemburgo pocos días después que los tercios viejos y como ellos hizo su marcha por tierra de Saboya. Ya don Juan estaba advertido de su llegada, y no bien le dieron conocimiento de ella, salió á recibirle con grandes extremos de alegría, afectuosidad de que era digno contraste la modestia y sumisión que en el Duque resplandecían. Contaba éste á la sazón 33 años cabales, mas con no ser mucha la diferencia en edad, era y fué siempre grande la reverencia y amor con que trató al caudillo de Lepanto. Gran suerte para éste el encontrar, no sólo un excelente depositario de sus secretos, sino un auxiliar de tanta valía para todos sus trabajos; y no menos suerte para el Rey D. Felipe, á quien la fortuna parecía haber vuelto las espaldas en el embrollado negocio de los Países-Bajos.

Con decir que desde la fecha en que D. Juan entró en el castillo de Namur hasta los primeros días de 1578 había transcurrido cinco meses, se comprenderá la lentitud y la torpeza con que habían obrado los Estados respecto de D. Juan, lentitud y torpeza que por cierto no se puede echar á Orange en cara, puesto que una y otra vez había insistido éste en la con-

veniencia de apoderarse de la persona del gobernador español. Baste añadir que hasta mediados de Octubre no se había reunido el ejército de los Estados para acometer el sitio de Namur; pero con no ser su efectivo numeroso, pues se reducía á 15 banderas y unos 500 caballos, hallábase diseminado en observación de los vados del Mosa y falto de lo más indispensable á su mantenimiento. Componíase este ejército de gente allegadiza, en su mayoría extranjeros, y de éstos los más alemanes, escoceses y hugonotes; por manera que se daba el caso de recurrir los Países á gente extraña para la expulsión de los que consideraba como *extranjeros*. El hecho es que los nacionales figuraban en él en minoría y que ello contrastaba con el entusiasmo y el furor de que hacían gala en las ciudades. Y claro está que aún existiendo disparidad de elementos entre los contendientes, resultaban innegable verdad las frases de La Noue: «De nuestra parte se encuentra el número; de parte de los españoles el valor».

Al punto en que habían llegado las cosas, hubo en las Cortes de Francia y de Inglaterra días de espectación y de alarma; pero Enrique III á nada se atrevía, temeroso de las maquinaciones de los Guisas, é Isabel limitábase á intentar un nuevo esfuerzo acerca de D. Juan, al que ofreció 100.000 libras esterlinas si desistía de la guerra. El español rehusó la oferta, contentándose con despedir al embajador con frases corteses, pero que no dejaban lugar á duda. Mas en realidad de verdad, lo oferta no era sincera, y en el campo español creyóse que tenía por objeto el ganar tiempo en favor de los rebeldes (1). Lo que no deja de prestarse á graves consideraciones es que mientras los tercios viejos se dirigían á Flandes, cuando ya todo parecía anunciar la proximidad del choque,

(1) «En este tiempo envió Isabel, reina de Inglaterra, por su embajador á Monsieur de Leychon á el Sr. D. Juan, visto que la guerra comenzaba tan vivamente y que los Estados rebeldes estaban tan poderosos, y sus diputados habían escrito á Mos de Guni para que diese cuenta al Embajador de sus designios, y de otras cosas que los unos y los otros maquinaban contra S. M. El Sr. D. Juan recibió al Embajador muy bien, y le hizo muchos regalos y grandes cortesías; pero á lo que iba de parte de la Reina, que era que hiciese por algún tiempo treguas con los rebeldes, no se lo concedió, *porque sabía lo hacían para descuidarle en tanto que ellos acababan de juntar sus fuerzas, y con estas trazas deshacer las españolas*. El Embajador se volvió á Inglaterra sin haber negociado cosa á su gusto, *que no poco le pesó á la*

Felipe II insistiera aún en llegar á la paz por las vías de la persuasión, olvidando ó queriendo olvidar que ya en los Países-Bajos existía menos empeño en materia religiosa y política, que odio mortal á su misma persona. Con efecto; á Bruselas llegaba por estos días el Barón de Selles encargado de presentar cartas de fecha 20 Diciembre de 1577 en las que pedía el Rey volviera todo al ser y estado que en los tiempos de Cárlos V. Empero ya estos propósitos resultaban ineficaces, tan ineficaces como contraproducentes, puesto que ponían de relieve la debilidad del poder español. No es por lo mismo de extrañar que, pese á las declaraciones que hizo Selles al entregar las cartas y á las seguridades que quiso dar en nombre del Rey, los Estados le desoyeran, y que esta gestión pacificadora terminase como tantas otras. Precisamente pocos días antes de haber firmado aquellas cartas Felipe II, habían publicado los Estados generales la ordenanza en la que declaraban depuesto del Gobierno á D. Juan y condenaban á los que le siguieran á la pena de prisión y de pérdida de bienes (7 Diciembre); y aunque todavía se legislaba á nombre del soberano, pues Matías era considerado como delegado de éste, no estaba lejano el momento en que á su vez sería depuesto Felipe II y declarado, como D. Juan, enemigo de las provincias. Por donde se ve que las cosas habían llegado á los extremos vaticinados tiempo hacía por el Austriaco.

No puede decirse, sin embargo, que fué D. Juan quien inició las operaciones militares, ya que por estos días los rebeldes tenían puesto sitio á la plazas de Breda y Ruremunda, en los que todavía se defendían los tudescos al servicio de España, y aunque lograron entrar en la primera por medio de una estratagema (1), de que fué víctima el coronel Frons-

Reina por lo bien que le estaba que el Rey, nuestro señor, se hallase siempre embarazado con las guerras de Flandes, pareciéndole que si se desocupaba dellas quedaba más poderoso para tenerlas en Inglaterra, que tanto tiempo había las deseaba, y extirpar las herejías de aquel reino y reducir á tantos católicos que con tanta opresión vivían debajo de la mano de una reina, tan enemiga dellos. • Vázquez, *Sucesos de Flandes y Francia, Año 1577*, lib. I.

(1) • Habiéndola puesto asedio de parte de los Estados Filipo, Conde de Holack y Peronotto, señor de Campiñi, se había resistido no sin valor Jorge Fronsberg, coronel del Regimiento de Alemanes mandado allí por el Austriaco, pero creciendo por días la discordia de los soldados por falta de pagas, Fronsberg, por medio de un mensajero fiel y audaz, envió á

berg, no tuvieron igual suerte con la segunda, porque resistiendo briosamente el Barón de Polwer, que la gobernaba, dió tiempo á que D. Juan despachara en su socorro al señor de Hierges con dos tercios españoles, dos regimientos valones y unos 1.000 caballos. Y ya con este motivo pudo juzgarse de la escasa consistencia del ejército enemigo, pues si hemos de creer á Vázquez, siendo el que mandaba el sitiador Holack, sobrino de Orange, de unos 10.000 hombres con alguna artillería, no se atrevió á esperar á pié firme al nuestro y huyó á favor de la niebla que se levantó en el Mosa, más no sin grandes pérdidas hechas en la sorpresa y persecución. A la sorpresa y á la astucia, cuando no á la traición, como sucedió en Berghen (1) con la gente mercenaria que la presidia, debiéronse las ventajas conseguidas por los rebeldes, porque de sus arrestos puede juzgarse por el hecho de que no se atrevieran con D. Juan en los aciagos días que mediaron desde su huída de Namur á la llegada de los tercios viejos. Este tiempo perdido por los Estados ganólo el Austriaco, no sólo en el sentido de los refuerzos con hombres, sino en el de los socorros en metálico, de que se hallaba totalmente falto.

Promediaba Enero cuando á oídos de D. Juan llegó la noticia de que el ejército enemigo intentaba marchar sobre Namur, noticia que casi coincidió con el aviso de unos correos que desde París despachó el embajador Vargas-Mejía, anun-

decir á D. Juan *que se diese prisa á socorrerlos, porque los suyos amotinados, no sufrirían más el cerco.* Pero descubierto el mensajero por Holack (si ya él no se descubrió faltando á la lealtad), averiguado el contenido de la carta y dejado pasar el tiempo necesario para la respuesta, en lugar del primer mensajero enviaron otro con respuesta fingida, remedando la letra del Austriaco, en la que decían: *que como fuese con honrados partidos, no dudasen de entregar la ciudad, la cual en breve se volvería á ganar, al reunirse las tropas que al presente no se podían juntar.* Dióse crédito á la carta supuesta y al mensajero; con que se entregó la ciudad, añadiendo los soldados al inocente error del coronel una atroz alevosía. Porque mientras se trataba sobre las condiciones, fuese soborno ó no estar bien con él, le echaron furiosamente prisiones, y así preso lo entregaron á Holack y á Campiñi, los cuales ante todo pedían esta condición. Pagaron de contado su perfidia los traidores con la irrisión que al salir de la ciudad hizo de ellos el enemigo; y con el arrepentimiento y enfado que luego tuvieron de su impaciente prisa y alevosía, viendo no lejos de la plaza el socorro que el Austriaco les enviaba. » *Década primera*, lib. IX.

(1) Los mercenarios que guarnecían esta plaza entregando alevosamente al enemigo á su coronel Fugger, sometieronla á los Estados.

ciándole que como consecuencia de lo pactado entre los rebeldes y Alençon, veinte banderas de hugonotes movíanse hacia Thionville en dirección á Luxemburgo. Acto seguido reunió D. Juan su consejo, y al pedir, entre otros, su parecer á Farnesio, éste lo dió en tales términos que revelan un perfecto conocimiento de las cosas. Manifestó que puesto que D. Juan no tenía aún suficientes fuerzas, se llamara á las tropas que socorrieron á Ruremunda y se hiciesen levas de alemanes encomendando á Polwer la de 3.000 soldados y al Barón de Altemps la de 6.000, distribuidos en dos regimientos. Reforzados de esta suerte, podríase estorbar el cerco de Namur, y si no esto, operar alguna diversión, puesto que, dueños los españoles de los ríos Sambre y Mosa, no les habían de faltar las subsistencias. Por su parte él se ofreció á salir al encuentro de la gente que se esperaba de Ruremunda, pues el ejército enemigo engrosaba por momentos y podía correr ésta serios peligros.

El consejo de Alejandro fué aprobado en todas sus partes y Farnesio encargado de ir en demanda de los de Ruremunda, por entre Lovaina y Tirlemont, pues se temía, con razón, que el enemigo, cuya cifra iba por días en aumento, no les arrollara. Pero Alejandro antes de llegar á Namur supo que ya los españoles se hallaban en esta plaza y además muy próximo el contrario, lo que le indujo á despachar desde Marche un correo á Luxemburgo para que acto seguido se pusiera don Juan en movimiento. Hízolo así éste, y por Arlón y Betuna llegó á Marche, lugar famoso por haberse concluido en él el *Edicto perpetuo*, tan estéril en resultados. Allí se discutió el plan de campaña, resolviéndose que convenía entrar cuanto antes en Namur «y que todas las tropas se alojasen por sus contornos dejando á la frente los ríos Sambre y Mosa para estar más fuertes y poder resistir con ventaja al ejército de los enemigos.» Y acordado esto, hizo D. Juan publicar en esta villa un manifiesto que más tarde se imprimió en los tres idiomas más usados en los Países Bajos, en el que á vuelta de exponer sus buenos deseos respecto al país, declaraba que su único objeto al empuñar las armas era restaurar el estado de

cosas sobre la base establecida por el Emperador su padre; ofrecía el perdón á las ciudades y villas que le abrieran sus puertas y á los hombres de guerra que se acogieran á sus estandartes; la protección á los labradores, la represión de los excesos cometidos por la soldadesca, pero asimismo el más duro castigo para los que se resistieran, pues se hallaba dispuesto á tratarlos sin misericordia. Este manifiesto fué como la señal del rompimiento, puesto que pocos días después venían á las manos los dos contendientes.

Varían poco los autores al fijar la cifra de uno y otro beligerante. Los ingleses dicen que ascendía el ejército de D. Juan á 6.000 españoles, 4.000 franceses enviados por Guisa, 2.000 valones, 2.000 loreneses y 2.000 hombres reclutados en el mismo Luxemburgo, en suma 10.000 soldados, cifra que concuerda con las que nos ofrecen las obras españolas. El ejército rebelde constaba de 13 banderas escocesas, tres francesas y algunas banderas del país, calculándose su total en 15.000 hombres, si bien hay quien, como Vázquez, lo apreciaba en 24.000. Eran sus caudillos Antonio de Goignies, antiguo capitán de los ejércitos de Carlos V, que hasta 1576 había servido bajo las banderas de Felipe, señalándole en la jornada de San Quintín y en el socorro que á Francia condujo d' Aremberg, y figuraban además en él el Conde de Bos-su, antiguo almirante del Rey; Champagney, Egmont, Hezè, Lumey de la Marca y otros menos significados. Empero, con no aventajar éstos en ánimo y pericia á los españoles, resultaba su tropa inferior en cualidades militares y hallábase aquejada por dos males: la falta de recursos y la indisciplina que es su obligada secuela. Con este último inconveniente había también luchado D. Juan, siendo causa de él los hechos de Berghen y de Breda; mas por fortuna, antes de salir de Luxemburgo llegó por la posta un archero del monarca español con 150.000 escudos en oro y además letras para que cada mes se proveyesen otros tantos (1); con lo que dicho se está que el Austriaco pudo dominar los apuros del momento.

(1) «Aunque no era esto con la puntualidad necesaria.» Vázquez, lib. I, 1578.

Con arreglo á lo acordado en consejo, el ejército púsose en marcha para Namur, no sin tropezar junto á los vados del Mosa con avanzadas rebeldes, pero teniendo la fortuna de que el enemigo no pusiera gran cuidado en defender el paso de este río, cosa que forzosamente hubiera ocasionado dilación y pérdidas á los realistas, pues todavía no se hallaban debidamente organizadas estas tropas. Pero ni la precaución ni la diligencia eran la característica de los rebeldes, puesto que muchos de sus jefes se hallaban en aquellos momentos banquetando en Bruselas con motivo del casamiento de un personaje de la capital. Este descuido favoreció no poco al Austriaco, que no bien llegado á Namur apresuróse á tomar informes del enemigo mandando á las cercanías de su campo algunos caballos ligeros. Por ellos supo que el contrario hallábase situado en Emines, distante una legua de Namur, donde se fortificaba, y poco después por un mozuelo que sorprendieron los descubridores casi junto á las trincheras de los rebeldes, vino en conocimiento de que no considerándose del todo seguros trataban de retirarse hacia Gembloux, lo que le indujo á dar las órdenes urgentes para que el ejército estuviera reunido al amanecer del siguiente día (31 de Enero de 1578) á media legua de Namur, con objeto de pasarle muestra y emprender las operaciones. Él por su parte dedicó aquél á examinar el terreno, recorriendo á caballo y en compañía de Farnesio las inmediaciones y fijándose especialmente en los caminos que conducían á Gembloux; y no bien despuntó la aurora del siguiente, montando de nuevo á caballo y seguido de su corte y escolta, dirigióse al punto en que se hallaban formadas las tropas para revistarlas y ponerlas en marcha. Era D. Juan hombre tan bizarro como alegre y entusiasta; y en llegándose á la soldadesca con el sombrero en la mano después de dados los *buenos dias*, les arengó recordándoles pasadas glorias y requiriéndoles con halagüeñas esperanzas. Aquel era el día por ellos deseado para medir picas con el enemigo, y aquella la ocasión de añadir nuevos timbres á su fama. Mas por lograr una y otra cosa, aconsejóseles la disciplina en el combatir y la presteza en

obedecer, condiciones sin las que se malogra el fruto del valor. Con cuyo parlamento encendió más el deseo de pelear que á todos animaba. Ya él lo había escrito en no lejano día á Felipe II, «vale más una muerte honrada que una vida vergonzosa». Ahora iba á demostrar que no se habían amenguado los bríos que demostró en Lepanto, y ahora como entonces brillaba en su estandarte el símbolo de la cruz; sólo que el lema *In hoc signo vinces*, colocado entonces en ella, había sido reemplazado por éste: *In hoc signo vici Turcos in hoc signo vincum hæreticos*: «Con este signo vencí á los turcos, con este signo venceré á los herejes».

Pasada que fué por el Austriaco la revista, púsose en marcha el ejército por este orden: en descubierta fué el Comisario general Antonio de Olivera con dos compañías de arcabuceros á caballo y algunas mangas de arcabucería, interpoladas con lanzas para que explorasen y batiesen el campo, maniobrando sobre el flanco enemigo. La vanguardia mandada por Octavio Gonzaga, llevando en cabeza los arcabuceros resguardados por la caballería; tras ellos, á corta distancia, los caballos lanzas y apoyando á éstos las picas armadas, dispuestas en columna cerrada. Al frente de cada tropa iban los cabos y sus escoltas. Seguía el cuerpo de batalla formado por dos escuadrones de arcabuceros á pie y de piqueros, los más de ellos españoles y tudescos, y con este cuerpo iban D. Juan de Austria y Alejandro Farnesio acompañados del guión real y sus oficiales. La retaguardia la componían un tercio de valones y la impedimenta escoltada por arcabuceros borgoñones. El Conde Pedro Ernesto de Mansfeld gobernaba ésta. En las márgenes del Mosa habíanse dejado algunas tropas mandadas por Cárlos de Mansfeld con objeto de asegurar al ejército por este lado.

También los rebeldes se habían puesto en movimiento, y antes de rayar el día prendido fuego á las barracas que formaban su campo, tomando el camino de Gembloux. Su orden de marcha era la siguiente: En vanguardia los regimientos de Montigny y de Hezè, flanqueados por algunos escuadrones; en el cuerpo de batalla, mandado por Bossu y Champagney,

dos regimientos alemanes y valones, tres compañías francesas y trece inglesas y escocesas, á cuyas fuerzas seguía el bagaje y la artillería. La retaguardia, formada por la caballería, la gobernaban el Conde de Egmont y Lumey de la Marca. En la extrema de ésta habíanse colocado los escuadrones de herreruelos. Goignies en persona, acompañado del Marqués de Havré, habíase colocado con esta última fracción para atender mejor á los ataques de los católicos.

No tardaron en avistarse ambos ejércitos, porque como por sus corredores supiera D. Juan que el contrario apresuraba la retirada, dió orden de acelerar la marcha con objeto de caer sobre él antes de que llegara á Gembloux, y á Octavio Gonzaga la de que se adelantara con toda la caballería. Él á su vez, dejando el cuerpo de batalla y seguido de Farnesio y la escolta fuese á incorporar á la vanguardia, que se hallaba á media legua de distancia y ya había dado vista al enemigo. El camino de Namur á Gembloux serpentea por el fondo de un valle y paralelo á un río al que tributan las aguas lentas y fangosas de otros riachuelos que descienden de las colinas. Este valle, de variable anchura, ofrece en algunos puntos escaso espacio á las aguas que al inundar las praderas inmediatas encharcan el camino; y precisamente á la sazón las lluvias del invierno habían aumentado de tal suerte el caudal del río, que aquél hallábase convertido en un verdadero pantano. Debido á ello el paso ofrecía algunas dificultades á la impedimenta y á la caballería pesada, lo que fué causa de que no tardase en comenzar la escaramuza entre los caballos de Gonzaga y los que mandaba Egmont. Mas como D. Juan había dado orden de no comprometerse en un combate hasta tanto que él lo dispusiera, mantúvose algún tiempo la escaramuza en los límites señalados por este caudillo.

Un incidente imprevisto precipitó el combate. Dejándose arrastrar por las ansias de la pelea, Perotti de Sento, oficial italiano de los escuadrones de Camilo del Monte, adelantóse á los restantes y comenzó á trabarla con los caballos enemigos, y aunque Gonzaga, al darse cuenta de esta falta, le envió la orden terminante de retirarse, picado en su amor pro-

pio Perotti contestóle que él no volvía la espalda al enemigo y en esta ocasión menos que en ninguna. Ocurría esto precisamente cuando el contrario bordeando un ribazo cubierto por las aguas marchaba por un camino angosto, lo que hacía muy difícil su retirada. Esta particularidad la echó de ver bien pronto Farnesio porque el hacinamiento y bailoteo de las lanzas, dióle á entender el desorden de las haces y con la la ojeada certera de un experto capitán comprendió que era llegado el momento de caer sobre el enemigo y envolverle aislando su retaguardia del cuerpo de batalla. Separaba á la sazón á los dos ejércitos las aguas del río y ya la luz del día permitía descubrir perfectamente el terreno para poder buscar un vado. Farnesio no vacila. Alejándose un tanto de don Juan y hecha una seña al Comisario Olivera, da vuelta al cuadro de Camilo del Monte, y pide á este un caballo más fuerte para pelear que el que á la sazón montaba. Acto seguido, apodérase de la lanza de un oficial y con grandes voces excita á los que le rodean á la pelea. Mondragón, Mendoza, Toledo, cuantos se hallan á su lado le siguen, y al frente de éstos y de un escuadrón de la vanguardia lánzase hacia el río para ganar no sin trabajo la orilla opuesta. La fortuna le favoreció proporcionándole un paso relativamente firme y ya en el ribazo fronterero pudo formar su gente, que fueron reforzando por el mismo paso Gonzaga y Mondragón con sus caballos.

Ocupado el enemigo en la escaramuza con los caballos ligeros de Perotti no advirtió el movimiento efectuado por Alejandro. Empero, cuando lo echó de ver y picó espuela á sus caballos ante la inminencia del peligro, introdújose tal confusión en sus escuadrones, que al llegar á éstos las lanzas y arcabuces católicos, ya estaban descompuestos y algunos en desbandada. En balde Goignies y Egmont trataron de rehacerlos y ponerlos en orden; antes de que pudieran causar efecto sus palabras, ya los españoles habían cargado á fondo y entraban por sus filas deshaciéndolas con riza nunca vista. Porque Alejandro cuidó de formar los suyos una vez pasado el río de tal suerte que la acometida fué tan recia como orde-

nada, hecha como era de suponer con aquellos bríos que da la seguridad en la victoria. Ello es que con escasa resistencia púsose en fuga la caballería enemiga y fué á caer sobre la propia infantería, arrollándola y sembrando en ella el terror y la confusión. Todo el bagaje y la artillería cayeron en el acto en poder de los nuestros. Y como al campo de batalla fueron acudiendo incesantemente los refuerzos enviados por D. Juan, no tardó en generalizarse la pelea, que convertida por la sorpresa y la confusión en desbandada, produjo la total derrota del ejército de los Estados. La mayor parte de la infantería arrojó las armas y apeló á la fuga. La cifra de los muertos no puede precisarse, pues mientras unos calculan en 10.000, hay quien la reduce á 7.000 ó á menos (1). Debió ser grande, sobre todo entre los jinetes. Treinta y cuatro banderas, todos los cañones y los carros, más las municiones y equipajes cayeron en poder del vencedor, y lo que no fué menos importante para éste, vino á quedar en su poder el General en jefe de los rebeldes, Antonio de Goignies.

(1) No existe acuerdo entre los historiadores, ni tampoco respecto á la conducta observada con los prisioneros, pues mientras Estrada afirma que fueron desarmados y puestos en libertad, bajo promesa de no hacer armas contra el Rey, los flamencos en todo tiempo y los extranjeros por espacio de un año (*Década primera*, lib. IX), Cabrera de Córdoba dice que D. Juan dejó en libertad á 600 escoceses bajo igual promesa, mostrando con ello su clemencia (lib. XII, pág. 968); y lo mismo afirma Baltasar Porreño en su *Historia de D. Juan de Austria* (cap. XXIV, pág. 248). Vázquez, consigna que se dió libertad á los prisioneros, pagando su razón ó rescate á los soldados que los habían preso y elogia con este motivo la clemencia de D. Juan y la generosidad de la nación española (*Sucesos*, año 1578). Tassis, en cambio, que se encontró en la jornada, afirma que 600 prisioneros, en su mayor parte escoceses, fueron ahogados en el Mosa ó arrojados al río desde el puente de Namur (lib. IV). Nada concreto dice tocante á este particular D. Juan en sus cartas. «Hago lo que puedo por mostrar la clemencia de S. M. por una parte, y por otra, no pierdo momento de pasar adelante». (De Argenton 7 de Febrero, carta á Juan A. Doria.) «Después de este felice suceso, escribe el Príncipe de Parma al Rey, los que se habían recogido en Tilly se le han rendido á la misericordia, y el Sr. D. Juan ha usado con ellos de toda clemencia, que no es de menos importancia haber tenido ocasión con el ejemplo de la misericordia, dar á entender á todo este país que los que quieran ser buenos católicos y fieles vasallos de S. M. han de recibir toda merced y buen tratamiento (de Argenton 7 Febrero de 1578)».

De los nobles prisioneros, dice Estrada, que juntamente con el señor de Goignies fueron conducidos al castillo de Namur, contándose del caudillo rebelde que «llevado antes á la presencia del Austriaco pidió la mano de éste para besársela, y que dándosela D. Juan, le dijo: *Así quebranta Dios la contumacia de aquellos que se revelan contra la Religión y contra su Rey. Sólo el suceso de esta batalla en que tan grande ejército ha sido desbaratado por tan corto número de tropas, debe bastaros para enseñanza de cuan grata es á Dios la causa real.* Y no respondiéndole otra cosa, sino que nunca había tomado las armas contra la Religión, le llevaron con los demás prisioneros.»

nies. Fué nuestra infantería al alcance de los fugitivos hasta la misma Gembloux, en cuyas inmediaciones aún se hicieron fuertes algunos rebeldes, pero D. Juan no quiso que se pasara más allá, contentándose con recibir las llaves de esta villa. A la precipitación con que muchos huyeron camino de Bruselas, atribúyese el haber llamado los flamencos á esta batalla, la *batalla de la espuela*.

En realidad de verdad la batalla de Gembloux, si dirigida por el Austriaco, que tenía previsto el choque y condujo hasta el enemigo sus tropas, la inició Alejandro Farnesio y á él debiéronse las primicias de la victoria. Porque de no haber acometido al contrario en el punto y sazón en que lo hizo, es lógico que hubiérase éste hecho fuerte con algunas tropas en Gembloux y el resto emprendido con toda libertad el camino de Bruselas, lo que hubiera entorpecido no poco las operaciones. Con todo, es curioso advertir que el mismo D. Juan ignoró lo hecho por su sobrino Alejandro hasta el mismo instante de ser desbaratados los enemigos, porque como le preguntara su guardarropa Vallejo qué le parecía lo que estaba ejecutando Farnesio, al volver el Austriaco la cabeza se dió cuenta de la ausencia de éste, de lo que se holgó, dice un testigo, «pues no le espantaba que en ocasión tan forzosa le perdiera la obediencia un mozo tan valeroso». Con todo, al reunir sus capitanes para darles gracias y á la vuelta de grandes elogios á su sobrino, cuidó de advertirle no se tomase tanta licencia, y que se acordase de que el Rey le había enviado allí, no para hacer la guerra como simple soldado, sino para dirigirla desde los consejos como capitán. Pero en honor de la verdad, y esto hace el mayor elogio de uno y otro príncipe, si D. Juan vió con regocijo los procedimientos de Alejandro, éste, con noble emulación, cuidó de escribir á D. Felipe que á D. Juan era á quien después de Dios se debía tan señalada victoria. ¡Cuán dignos ambos de aquellas coronas que dan el valor y la virtud!

Cuando llegó á Bruselas la noticia de la derrota de Gembloux, y sobre todo tan pronto se supo en sus detalles la extensión del desastre, los ánimos pasaron del estupor á la in-

dignación. Corrieron los patriotas á las armas y dió la multitud gritos de muerte contra los nobles á quienes atribuía el revés, y aún voces amenazadoras contra el mismo Archiduque Matías. Pero fué digno de observar en aquellos momentos de peligro, que el cauteloso Orange, á quienes sus deberes llamaban á los campos de batalla, si no acudió antes en persona al ejército, tampoco supo ponerse ahora á la cabeza de los patriotas para defender la capital. Lejos de ello, contentóse con llamar á toda prisa varias compañías de la guarnición de Gante y retirarse con el Archiduque y los Estados generales á la villa de Amberes. «Es notorio, dice un coetáneo, que Orange se abstuvo de tomar parte en la guerra ante el temor de caer en manos de los españoles». Quedó confiada la defensa de la capital al Conde de Bossu, y justo es decir que éste, secundado por la milicia ciudadana, desplegó un celo y una actividad dignas de toda loa. Por de pronto hizo arrasar todos los edificios situados en las afueras, entre ellos algunas soberbias abadías, luego mandó construir siete baluartes y emplazar nuevos cañones en las murallas. Los burgueses, distribuidos en compañías, auxiliaban á los gastadores del ejército, y á unos y otros voluntarios escogidos entre la gente moza de Bruselas. Armóse á todos los hombres en aptitud de prestar servicio. Hízose entrar en la villa todo el ganado de las cercanías. Impúsose fuerte contribución de guerra á las órdenes religiosas. Nada se omitió, en suma, para asegurar la resistencia.

¿Por qué D. Juan no aprovechó estos momentos de pánico para caer sobre la capital? Estrada, dice, que fué debido á contar escasas fuerzas y menos dinero; Vázquez afirma, que Alejandro Farnesio *fué siempre de parecer que convenia ir sobre la villa de Bruselas*, pero que en el consejo reunido por D. Juan, ninguno de los vocales fué de esta opinión. El hecho es que D. Juan no acometió la empresa, y con ello incurrió en una grave falta. Lo que sobre todo importaba, y así lo decía Farnesio, era aprovecharse del pánico, no dar lugar á que se rehiciera el enemigo, y sobre todo descargar un golpe, que por lo terrible é impensado, produjera en los

Países enorme sensación. Opina Pietro Fea, ilustre historiográfico de Alejandro, que al sistema de guerra observado en aquellos tiempos y con arreglo al cual no se consideraba conveniente avanzar por territorio enemigo dejando plazas á la espalda, fué debida aquella falta. Por consecuencia de ella, D. Juan, no sólo perdió un tiempo precioso, sino el mejor efecto de su victoria. Y pocas veces también pudo juzgarse del talento militar y política de Farnesio, apto como ninguno para tales audacias.

Por de pronto, el Austriaco trató de hacerse dueño de Gembloux, á la que se habían acogido no pocos fugitivos del ejército, y cuyas puertas se le abrieron después de varias contestaciones. Se la entró á saco, pero fueron respetados los moradores. Luego y desde su campo, puesto en las inmediaciones de esta plaza, despidió distintas fuerzas para señorear el país y entrar en las más importantes villas del Brabante y Hainaut. No era esto difícil, ya por no hallarse muchas guarnecidas, ya por el efecto que la victoria de Gembloux había causado; pero en los tres días que D. Juan permaneció junto á este último pueblo, los de Bruselas tuvieron lugar de reforzar las guarniciones de Malinas y Vilvorde, y Octavio Gonzaga, despachado contra ellas y Lovaina, sólo pudo alcanzar el recobro de Lovaina, Todoigne y Tillemont. Bouvignes, sitiada por el Sr. de Hiergues, rindióse bajo favorables condiciones; pero Sichem y su castillo, que quisieron resistir á Farnesio, fueron entrados por asalto, degollada la guarnición y ahorcados su gobernador y capitanes (1). Tan terrible escarmiento, hecho á causa de haberse hallado entre los reunidos no pocos de los que bajo su pala-

(1) Para que se juzgue de la fiera con que se hacía la guerra por aquellos años, mencionaremos lo ocurrido en el castillo de Sichem, al cual se retiraron el gobernador y los soldados que aún quedaban después de haber sido ganada la plaza á costa de preciosas pérdidas de oficiales y tropa española. Intimidada la rendición incondicional aceptáronla los soldados, y aunque el gobernador resistía por querer entregarse solamente al Príncipe en persona, tuvo que pasar por ello y abrir las puertas de la fortaleza. Los prisioneros fueron puestos parte de ellos en una sala y en larga fila, dándoseles muerte á golpe de maza; los restantes ahogados, y el gobernador ahorcado en lo alto del homenaje « castigo, dice Vázquez, que aunque parezca rigor é inhumanidad, tratándose de gente rendida, no fué sino justicia recta para dar ejemplo á otros». *Sucesos*, año 1578.

bra fueron dejados en libertad el día de Gembloux, atemorizó á los de Diest, que capituló, con la particularidad de haber pasado su guarnición valona al servicio del Rey D. Felipe. A esta rendición siguió la de Léau, por manera que en siete días hizose dueño el caudillo realista de tres importantes plazas.

Transcurrió en estas operaciones todo el mes de Febrero, y D. Juan, que había levantado su campo de las cercanías de Gembloux, fué á reunirse en Diest con su sobrino para desde aquí dirigirse hacia la frontera y esperar en las inmediaciones de Mons la entrada del Conde Cárlos de Mansfeld, que algunos días antes había sido comisionado para levantar en Francia un cuerpo de 4.000 soldados. Parte de ellos dejó en observación de esta frontera y con el resto y su ejército acometió el asedio de Nivelles, cuya posesión, no sólo aseguraba las tierras de Namur, sino que era excelente para desde ella acometer las villas y campañas de Mons y Valenciennes. Nivelles resistió dos asaltos de los franceses, que condujo Mansfeld, pero se dió á partido sin esperar el tercero, ejemplo que no tardaron en seguir Binche, Maubenge del Sambre, Reulx, Beaumont, Soignies, Berlaymont y Chimay; de suerte que las tropas de D. Juan no tardaron en dominar la mayor parte del territorio fronterizo del Hainaut, posesión importante para hacer frente á las correrías de los vecinos hugonotes. Por desgracia, el refuerzo francés solo sirvió de estorbo á D. Juan, pues tales tropelías cometieron estos mercenarios que hubieron de ser licenciados más que á prisa. Pero esta merma fué asaz compensada con el arribo de Pirro Gonzaga y Francisco, Duque de Luxemburgo, con 3.000 caballos italianos, y sobre todo, con la compañía española levantada en Nápoles por D. Alfonso Martínez de Leyva, compañía de más de 300 hombres, los más de ellos caballeros y gente tan bizarra como pocas veces se viera por tierra de Flandes (1). A cuya llegada siguió la del maestre

(1) « Pasó D. Alfonso á Flandes con una compañía de españoles que á su costa levantó en Nápoles, de más de 300 hombres, todos los más caballeros y entretenidos, capitanes, alféreces y aventajados, repartidos en cinco escuadras, cuyos cabos eran otros tantos capitanes reforma-

de campo D. Lope de Figueroa y el tercio de infantería española llamado de *la Liga*, compuesto de 26.000 hombres. Presentóse Figueroa por los días en que acababa de rendirse Chimay y cuando el Austriaco andaba más apurado de dinero; y como con el refuerzo en hombres, le trajera 300.000 escudos, pudo éste respirar un tanto después de no pocos días de grandes agobios (13 Abril 1578). Con elementos ya para mayores empresas y de acuerdo con los de su consejo, D. Juan dispuso la empresa contra Philippeville, ciudad importante, no sólo por su estratégica posición en la provincia del Hainaut, sino por hallarse sobre una eminencia desde la que dominaba vasta llanura, y por reunir además cuantos elementos defensivos conocía el arte militar por aquellos años. Doble y ancho foso ceñía su muralla, flanqueada por cinco grandes bastiones: en éstos y en aquella numerosas piezas y en su recinto escogida guarnición. Debido á ello, D. Juan, después de haber intimado en balde la rendición y distribuído los cuarteles del ejército, á la par que empleaba sus baterías y comenzaba con éstas á batir la muralla, ordenó los trabajos de mina para llegar sin gran pérdida hasta la muralla. Pero una secreta inteligencia con los de la plaza hizo suspender estos trabajos, siendo resultado de aquélla la capitulación en las más honrosas condiciones (19 Mayo). Es más; no sólo quedó en ella el mismo gobernador, alma de aquella inteligencia, sino que 500 soldados del presidio pasaron al servicio de los realistas. La irregularidad en el pago de los haberes á sus tropas por parte de los Estados fué también causa de esta pérdida y ésta defección gravísima para ellos; y como si en aquellos instantes, todo se conjurase

dos que lo habían sido de infantería española, y por alférez D. Diego Hurtado de Mendoza, tío de D. Alfonso, y por su sargento D. Sancho Martínez de Leiva, su hermano. La bandera de esta honrada y famosa compañía *era toda negra con su cruz roja de Borgoña. Tenia en la una parte un Cristo grande crucificado y en la otra una imagen de Nuestra Señora.* La causa de haber puesto en ella estas dos divisas, dijeron algunos que por no abatirlas, como es costumbre, á los Generales; otros daban razones de más ó menos consideración, pero nadie las podía juzgar más que D. Alfonso.» (Vazquez, *Sucesos*, lib. II, año 1578).

Este D. Alfonso de Leyva, señor de la casa de su apellido, fué General de las galeras de Sicilia y de la caballería de Milán. Señalóse mucho por sus hechos de armas y pereció ahogado en 1588, cuando el desastre de la *Armada Invencible*.

en contra de los rebeldes, algunas compañías mercenarias francesas contratadas para acudir al socorro de Philippeville, fueron sorprendidas y acuchilladas por un destacamento que á las órdenes de Octavio Gonzaga despachó D. Juan hacia la frontera.

Sin embargo, no es menos cierto también que el Austriaco había perdido en aquellos meses un tiempo precioso, pues las ventajas conseguidas por él no guardaban relación con el importante suceso de Gembloux. Como Alejandro había pronosticado, los rebeldes consiguieron rehacerse, su ejército se hallaba reorganizado, y en Holanda, gracias á un movimiento popular, habían conseguido apoderarse de Amsterdam, golpe rudísimo para España, porque era esta ciudad la última que allí se había conservado por el Rey y una de las más famosas, sino la primera de todas las del Norte. Tampoco habían descuidado los auxilios del extranjero, y hallándose D. Juan frente á Philippeville, tuvo ya noticia del socorro que en los confines de Alemania organizaba Casimiro, hermano del Príncipe Palatino, socorro dado con el dinero de Inglaterra, y consistente en tres regimientos de tudescos y 10.000 caballos reitres. Si á este peligro se añade el constante con que amenazaban Alençon y los hugonotes, se comprenderá la difícilísima situación del Austriaco, obligado á acudir á la vez á las dos fronteras y casi siempre apurado de recursos.

Bajo el peso de estos agobios, aquejado por sus achaques y dolorido por la noticia de la muerte de su secretario Escobedo, asesinado en las calles de Madrid la noche del 31 de Marzo de 1578 (1), D. Juan tan enfermo de alma como de

(1) El secretario de D. Juan, Escobedo, fué enviado por aquél á España para dar cuenta personal á Felipe II de la gravedad de los sucesos ocurridos en Bruselas, cuando ya el Austriaco se había retirado á Malinas con el firme propósito de buscar una plaza fuerte en qué refugiarse. Escobedo era el íntimo de D. Juan y sospechábase que alentaba sus ambiciones personales, lo que unido á los recelos que uno y otro inspiraban á Antonio Pérez, el hombre de confianza y secretario del Rey, debía originar la pérdida de aquél. Procediendo con tanta sagacidad como doblez, Pérez, bajo las inspiraciones del Monarca, sostuvo larga correspondencia con el secretario Escobedo para arrancarle conceptos y declaraciones de interpretación dudosa, con lo que logró hacerle sospechoso á Felipe II. Y una vez tuvo conocimiento de su llegada, no menos contrariado por ello como por el temor de que se descubrieran secretos personales suyos de que estaba Escobedo en posesión, procuró deshacerse de él á toda costa. Acerca de su viaje y consultada la correspondencia de D. Juan, resulta que, en 21 de Junio

cuerpo, decidió trasladarse á Namur, previo consejo de sus médicos. Pero antes de ponerse en camino quiso distribuir las tropas, de suerte que hiciesen frente al doble peligro que por el costado de Francia y de Alemania le amenazaba; y con este objeto, mientras encomendaba á Octavio Gonzaga la observación y guarda de la frontera francesa, ordenó á Mansfeld no perder de vista los movimientos del Palatino, y acometer al propio tiempo la reducción del Limburgo; pero habiendo Mansfeld, por motivos particulares, declinado este encargo, D. Juan se lo dió al Duque de Parma, el cual «si bien extrañó la tardanza, lo aceptó por el gran deseo que tenía de señalarse.» Él por su parte, redujose á las dos compañías de su guardia española, en atención á ser muy escasa la fuerza que podía distraer para sí, dados tan apremiantes peligros, pues á estas graves dificultades había que añadir ahora, no sólo la carencia de numerario, sino la falta de vituallas,

de 1577, anunció Escobedo á Pérez su partida. «Y aunque es chico remedio llegar yo, dice, no hemos hallado otro para consolar á S. A. deste trabajo y acallar á esta canalla que teme mis consejos como si fuesen alguna persona.» Al siguiente día avisa esto mismo D. Juan al Rey: «A dar cuenta de todo más particularmente irá Escobedo.» El 13 de Julio vuelve á escribir: «El secretario Escobedo se ha puesto en camino hace tres dias.» El viaje de éste se efectuó por mar, y aunque no hemos podido averiguar la fecha exacta de su arribo á España, créese que fué á fines del citado año y se sabe que desembarcó en Santander. No fué menester más para que Pérez comenzara sus trabajos cerca del Monarca para hacer sospechoso á Escobedo, y tan astutamente procedió, que consiguió del Rey que ordenara su muerte. Las maquinaciones y manejos del pérfido Pérez, pueden apreciarse perfectamente con leer su correspondencia con Escobedo y D. Juan, sus mismas *Relaciones y Memorial*, y algunas obras modernas tan preciosas como las de Mignet, Muro, Castro, y desde luego, la historia de W. St. Maxwell. Por la gravedad y extensión de este trabajo nos limitamos hoy á estas breves noticias, reservando para más adelante el publicar un largo estudio acerca del mismo, ya que arroja gran luz sobre las relaciones de D. Juan con Felipe II. Pero no podemos menos de advertir, que al escribir D. Juan á su hermano tan pronto tuvo noticia del asesinato de Escobedo, le decia estas frases: «Y si bien es la cosa más vedada parecer que se juzga de nadie temerariamente, no pienso incurrir en este pecado en este caso, *que yo no señalo parte, mas tímome de dónde se pueda haber venido.*» Y después de suplicarle indague lo necesario para aplicar el riguroso castigo, añade: «Y así pues, le quedé yo tan obligado (á Escobedo), *que con justa razón puedo imaginarme haber sido causa de su muerte, por las que V. M. mejor que otro sabe, tenga por bien, etc.*» Pero en la carta dirigida el 7 de Junio á Doria, se expresa con más libertad: «De la infelice muerte de Escobedo estoy que no sé qué decir, mayormente desde tan lejos, *que de cerca aún algo dijera*, aunque á mi juicio, caso es que *más presto pide obras que palabras; pero atápan la boca y ligan las manos tantas sospechas y ninguna certeza*, sobre lo cual no se puede de presente más que estar á ver y sentir lo que se debe á un caso y á un criado tal cual se ha visto en esta muerte de Escobedo.» A partir de estas fechas, cesó D. Juan de corresponderse con el falaz Antonio Pérez. No debía tardar mucho en descubrir su felonía Felipe II, ni en pagarla aquél en el tormento y en el destierro. Las sombras vengadoras de D. Juan y Escobedo debieron acompañarle en los últimos miserables días de su vida.

cosa prevista ya por D. Juan (1) y que le llenaba de zozobra. Sus cartas de este período reflejan claramente las angustias que amargaron los últimos días de su existencia. «Héme aquí, le escribe á Doria, lleno de ocasiones y corazón para merecer el nombre de hijo de mi padre; y héme aquí por otra parte el más desayudado caballero de la tierra, porque á no serlo, digo de verdad, que tras la victoria que nos ha dado Dios, tan dada de su mano tuviéramos otras muchas, hasta tener lo más andado, si le ayudásemos á él para ser ayudados nosotros, *mas ni aprovecha gritar, ni basta protestar, y así es menester remitirnos enteramente á milagros divinos...* El enemigo se nos rehace y nosotros nos deshacemos, al menos no tenemos con qué irle á la mano, hasta que vuelto en sí, *volvamos á la segunda, que si llega, será fina*, y acuérdesese de lo que le digo... (2)» Y al Rey, su hermano, pocos días después: «De día en día se va poniendo lo de acá de manera que con esta última diligencia de que uso con V. M. (el envío de Mr. de Billy), no me queda más por hacer que lo que se verá de cierto, si no se resuelve en bien, tomarlo ó dejarlo, con más aún de la posible brevedad, porque como tengo escrito á V. M., si ha de ser guerra, mal puedo yo hacer con falta de todas las cosas que son menester para ella. Si no ha de ser, *acuérdesele á V. M. por amor de Dios, que consume cuanto gasta, no sólo sin provecho, pero aventurando junto con ello lo demás que tiene aquí*, y aventurándolo de suerte, que es fuerza que diga por vida de V. M., que andamos muy más sujetos á salvarnos por milagro ó á mantenernos dél que á ganar nada que valga y que sea la verdad..... Mire mucho V. M. en lo que resuelve, y á quién cree; mire en los fines de cada uno y los que lleva al consejo que le die-

(1) «... Lo que nos da mayor pena que la multitud de los enemigos es la vitualla, que cierto temo que ésta nos ha de reducir á mayor extremo que todas cuantas fuerzas puedan cargar sobre nosotros. Cosa es que desde el principio he antevisto, pero la falta de dinero no ha dado lugar á prevenir el remedio, *ni S. M. ha sido servido ponerle. Acaba el juicio y la paciencia ver tanta flojedad y descuido en cosas que no le importan menos que la honra y la seguridad de todos sus reynos.*» (Carta á Juan A. Doria. Del Campo junto á Tilimón, á 12 de Agosto de 1578.)

(2) Carta á Juan A. Doria, (De Hebre, junto á Namur, á 14 de Febrero de 1578.)

ren... Si digo demasiado, castiguemelo V. M., que yo holgaré antes dello que de faltar á mi conciencia y á los de su servicio y mi honra.» Pero más que en las cartas al Rey, se revelan las impacencias y las melancolías de D. Juan en las dirigidas á sus amigos, sobre todo al ya citado Juan Andrea Doria. «¡Gloria á Dios que me dió memoria y pecho para no volver á menos de lo que debo, antes para pasar á todo lo que soy obligado! y *con esto me tomarán alegremente trabajos y muerte, si estando en lo primero sobreviene lo segundo.....* Yo quedo sudando porque no tengo lo que he menester para sudar trabajando en esta campaña, ó sobre plaza que sea de algún importe, lo que siento harto más que todo cuanto padezco. El enemigo se rehace, porque sin volver la espalda no sé qué podamos hacer, estando cual estoy..... Dios con los suyos, que así será sin falta.» Y al final de esta carta, escrita en Namur el 7 de Junio de 1578, como expresión acabada de sus angustias: «*¡Oh, qué tiempo y qué vida! ¡qué vida para tenerla envidia!*»

GOBIERNO DE D. JUAN DE AUSTRIA

CAPÍTULO III.

Si el *Edicto perpetuo* no fué lazo de unión entre el Monarca español y las provincias rebeladas, tampoco la paz de Gante en que se basaba aquél, fué garantía de sosiego y de concordia para las mismas provincias. Podría con toda exactitud afirmarse, que esta paz era como el broquel en que se amparó Orange para combinar y ejecutar más sobre seguro sus proyectos, puesto que si el motivo aparente de su persistencia en la rebeldía fué el incumplimiento de lo pactado en Gante, en realidad de verdad él era el primero en infringirla, ya fomentando la persecución de que eran objeto los católicos, ya negociando á espaldas de los Estados con el extranjero y levantando tropas mercenarias de otros países, ya anulando el poder de los mismos Estados bajo la imposición de los populares, ya en fin, poniendo mano en los magistrados y señores á quienes no consideraba afectos, sin respeto alguno á la ley escrita, ni á las conveniencias y sosiego del país. Pero tampoco los Estados podían ofrecer á éste garantía alguna de orden y reposo, porque anulados por las amenazas de las cofradías, sometidos á las influencias extranjeras, divididos entre sí por conveniencias é intereses, eran un

poder flaco, y como flaco, tímido y vacilante, con el que no era posible pactar ni contar. Divididos por otra parte la nobleza y el clero, celosos de Orange los magnates más significados, enemistadas entre sí las mismas provincias por cuestiones de religión y de privilegios, tampoco se veía en el país aquella unidad de aspiraciones y deseos que sostiene á todo trance una lucha y va sin desmayos á la victoria. Es más: aquellos mismos auxilios que para mantener la resistencia pedía á los príncipes vecinos, eran estorbo para su gobierno, azote para sus habitantes, castigo durísimo para él mismo, que deseando alejar al español por extranjero, veíase invadido y devastado por mercenarios tudescos, ingleses y franceses. De suerte que al desgobierno engendrador de la anarquía, al despotismo popular que imperaba en Bruselas, en Gante y en Amberes, á la penuria producida por la guerra, acompañaban la invasión, el merodeo y esquilmo, completando aquélla y éstos la obra desorganizadora de la rebeldía.

La derrota de Gembloux puso aún más de manifiesto estas divisiones, porque mientras de un lado aparecían los protestantes formando causa común con Orange, de otro se hallaban los católicos que, por odio á España, habíanse unido á los patriotas, y por último, aparecía un tercer partido que, enemigo de toda transacción religiosa, aspiraba á una inteligencia con el Rey sobre la base de las libertades nacionales. Pero en las capitales sometidas á la dictadura revolucionaria de los Diez y ocho, el elemento popular imponía sus leyes, y entregándose á todo linaje de excesos con la gente pacífica ó tildada de sospechosa, asaltando y saqueando templos y abadías, ó gravando con fuertes tributos al clero, aumentaba, si cabe, la excisión entre los que anhelaban la paz á toda costa y los que aspiraban á medrar favorecidos por el tumulto. Tal estado de cosas sólo podía enderezarlo un poder fuerte, enérgico y respetado; más por desgracia el Archiduque Matías, carecía en el país de autoridad y de prestigios para lograr este fin, y tampoco contribuían á dársela Orange ni la asamblea con sus maquinaciones y sus veleidades. Así mientras tenía que tolerar la devastación de los templos en la mis-

ma Amberes, en Gante y en Brujas, la prisión de los magistrados en Courtrai, la destrucción de la famosa abadía de Groninga, y una persecución casi general contra el clero católico, veíase obligado á reconocer su impotencia para reprimir los desmanes de los merodeadores del ejército y de las turbas de mendigos, cuando el Consejo de Flandes, á vueltas de repetidas demandas de hombres y dinero, quejábase de los atropellos de la soldadesca. Los resultados de estos excesos, como los efectos de aquel disgusto, no debían tardar en manifestarse en una parte del país, muy especialmente en la nobleza, cada día más distanciada de Orange, en el clero cada vez más maltratado y perseguido, y en la burguesía, á cada momento más vejada. Y consecuencia de ello, fué una cierta agitación en las provincias valonas, en las que el catolicismo tenía echadas más hondas raíces. Como en estas provincias el hecho de Gembloux produjo grandísima impresión, y como en ellas había logrado el ejército católico no pocas ventajas, fué de gran resonancia que el gobernador de Gravelinas, Valentín Pardieu, señor de la Mota, se declarara el 4 de Abril por D. Juan rompiendo abiertamente con los Estados. Y lo fué tanto más por la pública declaración que hizo ante el país, de que ello se fundaba en el incumplimiento de la paz de Gante, no menos que en el hecho de haber ofrecido aquellos la plaza á la Reina de Inglaterra. Fué esta como la señal de la excisión que ya venía apuntando en el Hainaut y en el Artois, pues en la segunda de ambas provincias habíase comenzado á organizar la agrupación ó partido político, que con el nombre de *descontentos* y el programa del *Edicto perpetuo* aspiraba á sacudir la tutela de Orange y los revolucionarios; y secundado este movimiento por el Hainaut, casi todo el país valón fué separándose de las provincias flamencas propiamente dichas, sobre las que ejercían Guillermo y sus satélites una influencia personal y directa. Tal división ahondóse si cabe más, cuando por instigaciones de Orange atreviéronse á pedir sus sectarios á los Estados generales la libertad de conciencia, porque concedida ésta bajo la amenaza de que no tardarían en imponerla los ejércitos de luteranos

y calvinistas que iban á llegar por ambas fronteras, fué su consecuencia el arreciar la persecución religiosa y el ejecutar con los católicos una serie de atropellos que tenían verdaderas trazas de venganza.

Pero si embrollada y triste era la situación interior de los países, no era más despejada y fácil por lo que respecta á sus relaciones con el extranjero, porque las mismas vacilaciones, dudas y temores que se echan de ver en aquélla, reflejábanse también en ésta. Existían á la sazón en el seno de la asamblea, además de los llamados patriotas, otros tantos grupos inclinados á Francia, Inglaterra y Alemania, é independientemente de ellos obraba por su cuenta y razón Orange, entendiéndose directamente con los príncipes vecinos, lo que daba por resultado una política sin orientación alguna. Mas como el peligro y la necesidad obligaban á solicitar recursos y alianzas, las negociaciones con una y otra corte no cesaban nunca, y eran tan penosas como embrolladas é interminables. De aquí la dificultad de seguir paso á paso estos tratos, en los que por una y otra parte, á decir verdad, no se ponía la mayor buena fe. Empero uniéndose á la necesidad en que se hallaban los Estados, el interés con que Inglaterra, Francia y Alemania tenían que mirar estas guerras, á la vuelta de mil dificultades y regateos, ibase logrando lo único á que por entonces todos parecían aspirar: sostener á toda costa contra España á los rebeldes, y evitar que éstos se decidieran abiertamente por uno ú otro de sus interesados auxiliares.

La derrota de Gembloux, sin embargo, sobresaltó á las tres naciones, porque ninguna de ellas deseaba que Felipe II prevaleciese, pero muy especialmente á Inglaterra, que desde principios de 1577 venía sosteniendo una negociación encaminada á facilitar importante socorro en hombres y dinero. Basábase esta negociación en la oferta que el Conde Juan Casimiro, hijo del elector palatino Federico, hiciera á la Reina para sostener con las armas y mediante su apoyo la causa de los rebeldes, quienes habían acudido por su parte á él como á otros príncipes del Imperio; y para Isabel de Inglaterra ofre-

cía esto la doble ventaja de que sin dar el triunfo á Orange, descartaba á la vez la autoridad de D. Juan y la influencia francesa. Empero, ni Casimiro poseía talla suficiente para eclipsar al *Taciturno*, ni aún aquellas condiciones militares que pudieran convertirle en enemigo serio de los españoles. Lejos de ello, si hemos de creer á los coetáneos, era este Casimiro un aventurero más ávido de dinero que de gloria, ambicioso como todos los principillos que bullían en la corte imperial, y tan indiferente por la causa que iba á defender como pudiera serlo el mismísimo Duque de Alençon, con el que formaba excelente pareja. Tipo acabado del mercenario del siglo XVI, pues había servido en las filas de los católicos franceses, como ahora en la de los protestantes flamencos, y encarnación de aquellos señores, en los que las ideas feudales prevalecían sobre las militares ya en voga por aquellos años. Ni él pudo encontrar empresa más lucrativa, ni los Estados auxiliar más gravoso, ni D. Juan enemigo menos temible.

Empero, si á Isabel de Inglaterra parecieron aceptables las ofertas de Casimiro, no se dió gran prisa en esta negociación hasta que los sucesos fuéronse precipitando. Casi puede decirse que languidecía cuando lo de Gembloux llevó tales alarmas á su espíritu, que sin pérdida de tiempo escribió á los Estados para formalizarla; mas fué con la precisa condición de que los socorros prometidos debían ser mandados por el Conde Palatino en calidad de lugarteniente suyo, bien que con carácter oficioso. Iguales requerimientos hizo á Casimiro, quien con el más vulgar desembarazo contestó que él «allanaría el camino á *todo buen efecto*, siempre que por delante se le mandaran las 20.000 libras ofrecidas, pues en otro caso juzgaría muy mal de aquel negocio y *dejaría el juego*.» Y como consecuencia de estas negociaciones trasladóse una embajada de la Reina á los Países-Bajos y otra de los Países-Bajos á Londres. Las condiciones impuestas por Casimiro eran: una gruesa cantidad en metálico y 2.000 soldados ingleses; él por su parte acudiría con 5.000 y 4.000 suizos. Cuanto á los Estados Generales, debían entregarle, tan pronto pasara la primera muestra al ejército, una suma de 20.000 libras á cuen-

ta de las 100.000 que les habían ofrecido Inglaterra. Esto fué lo definitivo. Empero, aunque los Estados aceptaron y aún añadieron á las sumas prestadas por Isabel 20.000 libras en metálico, y á los 4.000 infantes 2.000 más, la negociación volvió á quedar en suspenso como consecuencia del arribo del Embajador D. Bernardino de Mendoza á la corte inglesa. Tenía éste el encargo de desarmar á Isabel dándola á entender que los propósitos de Felipe II no alcanzaban á más que al mantenimiento del catolicismo y de su autoridad, y que en aras de estos propósitos estaba decidido á que se retiraran los soldados de España y aun el mismo D. Juan. Y claro está, que alejados estos peligros, ya en el ánimo de la Reina pesaban poco los entusiasmos religiosos, ni aun las conveniencias de vecindad. Fué, por lo mismo, el cambio de embajadas un fracaso para los rebeldes; pero, hay que decirlo también, fué un fracaso momentáneo, porque el ánimo tornadizo de Isabel movíase con harta ligereza, según soplaban los vientos de la fortuna.

Pero los Estados proseguían su labor, así en Inglaterra como en Alemania y en Francia. Y en Alemania, como en las dos vecinas cortes, poníase también de manifiesto la capciosidad y la mala fe con que se obraba respecto á España. Desconociendo los servicios prestados por ésta á la Casa imperial, haciendo caso omiso de la religión y del parentesco, de Alemania había salido el gobernador que los Estados oponían al representante del Rey. Ahora el Emperador Rodolfo era el que se presentaba como mediador en el negocio de los Países-Bajos y el que convocaba en Vorms á la Dieta del imperio (8 de Marzo de 1578) para lograr la pacificación de los mismos sobre las bases del pacto de Gante y el *Edicto perpetuo*; pero ahora como antes poníase una vez más de manifiesto la ineficacia de estas tentativas de acomodo. Diríase mejor que fué esta reunión de resultados contraproducentes para España, porque Marnix de Santa Aldegunda, que en ella representó á los Estados, hizo un caluroso panegírico de la rebeldía encaminado á demostrar que toda la sinrazón estaba de parte de Felipe II, al que dirigió los más tremendos

cargos, y este panegírico, impreso en distintas lenguas, circuló por toda Europa como reclamo á favor de los Estados. Pero de la disensión á que dió lugar el proyecto de arreglo, nada en suma sacóse en claro, si no es que Alemania se mantendría neutral en el litigio, remitiendo éste á una nueva asamblea que debía reunirse en Colonia. Y como el de Santa Aldegunda tenía de los Estados la misión secreta de avistarse con Juan Casimiro para dar calor al socorro prometido, bien á la vista saltan así la seriedad y la eficacia de las promesas imperiales, cuanto la buena fe de los comisarios flamencos. No era posible soñar ni remotamente en la paz; más aún así, D. Juan quiso acercarse á ella publicando por aquellos días un edicto por el cual señalaba un plazo de veinte para acogerse á un total indulto, con reintegro de honra y hacienda para los ciudadanos, y fuero y privilegio para las ciudades y villas, que volverían á gozarlos como en tiempos del Emperador Carlos V (1); edicto que, al decir de un coetáneo, produjo muy escaso resultado, pues sólo se acogieron á él gente plebeya, pero no villa ni ciudad alguna, ni tampoco persona significada.

No se presentaban mejor las cosas por el costado de Francia, porque si bien el 10 de Febrero de 1578 el Duque de Alençon había sido arrestado de orden del Rey, sabedor

(1) «Publicó también su dicha Alteza el poder que la Majestad del Rey Felipe le daba de poner y quitar oficios, crear justicias y gobiernos, establecer edictos, leyes y pragmáticas, y destruir las establecidas, y hacer finalmente y deshacer en todas las demás cosas tanto á la guerra como á las del gobierno de la República concernientes, en su nombre, bien así como su persona propia podría hacerlo, siguiendo lo cual, y por medio de los embajadores de el Imperio que molestanamente se lo rogaban, les tornó á convidar de nuevo con la paz, y juntamente envió al Marqués de Varemboim, Marcos de Rier, á suplicar al Emperador en Viena, quisiese acomodar los negocios ó á lo menos hacer tanto que los Estados no tuvieren socorro de Alemania, sobre lo cual el Emperador envió á hablar á los electores que estaban juntos en las Cortes de Vonmar (la dieta de Worms), en donde ya había también llegado por parte de Orange su consejero Aldegonda y hecho una oración tan ornada de palabras cuanto falta de verdades, que por justificación de su injusticia apareció después impresa en muy elegante estilo. Lo que al último alcanzaron las dos partes fué: que de Alemania no saldría gente de guerra en favor de ninguno de ellos, y se daría corte en que se juntasen en la ciudad de Colonia diputados por el Santo imperio el Obispo de Colonia, el de Trevers, el de Saltzburg, el Conde de Schwartz, burg de Baviera, y que de parte del Rey viniese el Duque de Terrañoa, y de parte de los Estados el de Arschot, y en las manos de todos juntos se debatiese la causa á fin de concluir una buena paz, como después se hizo». Cornejo, *Origen de la civil disensión de Flandes*, parte II, pág. 40 y 41 (edición de Turin, 1580).

del complot que aquél urdía contra España, el 14 del mismo mes consiguió el Duque fugarse de París, y desde Angers, adonde se dirigió, escribió á su hermano una carta encaminada á justificar su conducta, carta que, según parece, debió tranquilizar al monarca, puesto que desde esta fecha pudo obrar el Duque sin dificultades de ninguna clase. Decidido estaba ya por esta fecha Alençon á emprender la guerra, con ó sin el apoyo de los Países, y á causa de esto, sus primeros manejos redujéronse á asegurarse el apoyo de las provincias fronterizas, en las que, como es sabido, tenía partidarios entre la nobleza. Con este objeto presentáronse á la asamblea de los Estados provinciales del Hainaut, reunida en aquel mismo mes en Mons, los agentes Mondoucet y Alferán, y expusieron ante los allí reunidos, que era llegado el caso de optar ó no por el socorro, pues los peligros que originaba el desastre de Gembloux, podían acarrear una total é inevitable derrota. Ahora, añadieron, el Príncipe se encuentra con mayor libertad para asistirlos y «aunque por el llamamiento que se ha hecho de *otros socorros* podría haberse retraído,» no por eso está menos dispuesto á darlos. Lo único necesario es que se llegue á un acuerdo. Tal fué en substancia la demanda que, admitida por los Estados del Hainaut y apoyada por ellos, se transmitió á los Estados generales. Estos á su vez, y de acuerdo con Orange, dispusieron que la comunicación de los del Hainaut fuera trasladada á cada una de las provincias; empero la impaciencia del francés era tanta que sin esperar los resultados de la nueva gestión, escribió á los Estados generales una misiva insistiendo en el socorro y manifestando que no quería pasar por nuevas dilaciones. Ante tales apremios, y teniendo en cuenta los empeños del Duque para entrar en el país, bien como amigo, ya como enemigo, los Estados acordaron *requerir* los socorros que *ofrecía* Alençon, y el 27 de Marzo así lo comunicaron á éste. Tal acuerdo coincidió con un cambio de actitud en la corte francesa, que alarmada por las inteligencias de Isabel de Inglaterra con Casimiro y temerosa de que los ingleses señorearan la costa flamenca hasta Calais, abrió la mano al

Duque de Alençon, y permitió las levadas de gente de guerra que éste se hallaba haciendo en la frontera.

El plan de Alençon consistía en asegurarse el mayor número de plazas en el país valón y en penetrar luego en él con un ejército de 2.000 caballos y 10.000 infantes, cuyo ejército iría dando guarnición á las plazas declaradas en su favor y serviría de base para organizar nuevas fuerzas para la invasión de Flandes. Dos agentes suyos fueron encargados de preparar la opinión, no sólo tocante á los socorros, sino al título que debía conferirse al pretendiente, que debía ser el de Protector, allí donde no quisieran darle el de Soberano. Pero como á todo esto no se había llegado á formalizar un pacto, y como los Estados querían saber á qué atenerse respecto al alcance de la intervención, acordóse que se reunieran en el pueblecillo fronterizo de Saint-Ghislain los comisionados franceses y flamencos para redactar las bases de aquél, que por de pronto quedaron reducidas á que Alençon tomara el título de protector, á no ajustar alianza alguna sin incluirle en ella, á que recibiera una pensión anual, más la indemnización de los gastos hechos, y á que su ejército estuviera organizado doce días antes de ponerse en movimiento. Con todo, no habían terminado aún las conferencias, cuando ya Alençon participaba á los Estados que el regimiento de su guardia, procedente de la Rochela, había atravesado el río Somme.

Por más que el Príncipe francés cuidó de manifestar á Orange que para esta empresa no prescindía de su persona, y á pesar de que Vargas escribía á Felipe II que Guillermo se envanecía con el socorro de Francia, la verdad es que ni el Taciturno dirigió la negociación, ni aún vió con buenos ojos las conferencias que se celebraban en Mons, en las que dominaba la influencia del Conde de Lalaing, uno de sus émulos. Pero como Guillermo sabía manejar como ninguno todos los recursos de la política, logró con facilidad que los Estados acordaran la continuación de las conferencias de Saint-Ghislain en Bruselas, y que en 13 de Mayo se le confiaran á él y á los representantes de los Estados plenos poderes para tratar con Alençon, mediante la aprobación de las

provincias. Llegados á este punto, ya se especificó del todo lo que cada una de las partes apetecía. Era, por lo que á los Estados concierne: un socorro de 10.000 infantes y 10.000 caballos levantados á costa del Duque y sostenidos por él en el plazo de dos meses. Este recibiría el título de defensor de la libertad belga y quedarían bajo su obediencia las villas que ganara. Terminada la guerra, los Estados asistirían al Duque con la misma fuerza, salvo contra los hugonotes, Inglaterra, Alemania ó los príncipes protestantes. Cuanto á las garantías que debían darse al francés, ofrecíansele las plazas de Quesnoi, Landrecies y Philippeville. Por parte del Duque contestaron sus representantes que estaba dispuesto á mantener las libertades del país, pero que si los Estados elegían un nuevo señor, deseaba ser el preferido. Y con esto terminó la negociación, puesto que habiendo decidido las provincias, con excepción de Flandes y Frisia, remitir el acuerdo al consejo de Estado, y habiendo declarado éste su conformidad, Orange trasladó al Duque dicho acuerdo, al que en realidad de verdad se llegó bajo su inspiración personal.

Hubo por aquellos días una ligera alarma en la corte francesa producida por las enérgicas reclamaciones del embajador Vargas, y las cartas no menos violentas de D. Juan á la Reina Catalina, pero ello no pasó de una impresión superficial, puesto que ni Alençon dejó de ir levantando su ejército, ni dejaron de incorporársele los hugonotes de la Rochela. En Montoreau-Faut-Jonne y en Montdidier se reunían los hombres de armas, y mientras en todas las provincias fronterizas los agentes del Duque levantaban 12.000 arcabuceros, 8.000 coseletes y 3.000 lanzas, en Reims debían concentrarse los suizos y alemanes bajo las órdenes del hijo mayor de Coligny y con objeto de interceptar los socorros que D. Juan esperaba de Italia; por manera que el socorro no podía ya diferirse. Mas como tal reunión de tropas no podía hacerse sin ruido, al anuncio de estas asambleas, no fué sólo D. Juan el alarmado, sino la misma Isabel de Inglaterra, burlada á su vez por los Estados generales, que en virtud de lo pactado con ella no podían negociar con otro príncipe

extranjero. Por lo mismo no tardó ésta en adoptar actitudes más enérgicas, porque puesta entre el dilema y la anexión francesa ó la conquista española, «si ésta era peligrosa para lo presente, aquélla no lo era menos para lo porvenir». Y en este concepto, emitido por Walsingham, se inspiraba Isabel para evitar á todo trance la invasión del príncipe francés. La orden dada por Isabel á su representante Davidson no pudo ser más enérgica: requerir á los Estados á la entrega de la obligación de las 20.000 libras anticipadas por ella, que el Duque Casimiro fuera reconocido como Príncipe inglés y lugarteniente de la Reina, sin que pudiera ajustarse tratado alguno á espaldas de éste, observar religiosamente cuanto prometió en Londres el Marqués de Havrè, embajador de los Estados, y suspender todo trato con Alençon hasta tanto que ella hubiese mandado á Flandes algunos señores de su corte.

No pudo ser más difícil ni comprometida la situación de los Estados, puesto que habían formalizado ya sus compromisos con el príncipe francés y no podían menos de reconocer los que en su día contrajeron con Isabel. Mas el poder de ésta pesaba demasiado y por lo pronto hubieron de recurrir al expediente de poner reparos y dificultades al entretenimiento de las tropas de Alençon, á las plazas ofrecidas en garantía, al mando del ejército y aún al título de libertador otorgado al Duque; pocos días después, y bajo la presión de otro requerimiento, tenían que pasar por la vergüenza de declarar á éste que en atención á las disposiciones que se echaban de ver en algunas provincias, consideraban necesario no llevar más adelante los tratos. Por desgracia ya el negocio no tenía fácil enmienda. Ni el Duque de Alençon estaba dispuesto á renunciar á una empresa en la que llevaba gastadas fuertes sumas, ni la Reina Isabel podía contentarse con tímidas promesas. Un embajador inglés, lord Strafford, se trasladó á París para intimar al Rey con la amenaza de que si Francia sostenía al Duque de Alençon, Isabel se declararía por D. Juan, y este mismo embajador tenía la misión secreta de fomentar en Francia los disturbios civiles aliando á

los hugonotes y mendigos de tal suerte que constituyeran un peligro, así para el Monarca francés como para Felipe II. Condé y Orange no debían ser extraños á esta combinación, porque si el primero tenía gran significación entre los hugonotes y obraba como tal jefe rebelde, el segundo no veía sin desagrado la anulación del pretendiente francés y las nuevas dificultades que esto engendraba en la política inglesa.

Por de pronto, se trataba de ganar por la mano á los soldados de Alençon, distraer su ejército, mermarle sus tropas y apoderarse de algunas plazas del Artois, donde Orange sabía que predominaban las hechuras de Alençon; luego de que los mendigos señorearan las provincias católicas, llevando á ellas el pillaje y la devastación. Y hé aquí por donde á la vuelta de tantos tratados, ligas y conciertos, si los Estados no salían del atolladero en que se habían metido, Orange en cambio sacaba de estas mismas dificultades y compromisos lo único á que podía aspirar: triunfar de todos por la desunión, siquiera con ello se consumara la total ruina del país.

Puede decirse que nunca como entonces apareció tan embrollada la madeja política; porque mientras de un lado todo se volvían embajadas y notas, de otro amenazaban por las dos fronteras tres ejércitos enemigos, mientras que en el mismo país se hallaban frente á frente el de los Estados y don Juan. Y en París como en Londres, en Londres como en Bruselas, se negociaba á la vez con dos ó tres poderes antagónicos entre sí y á cual más enemigos del Rey de España. Y es que no estaba en manos de unos ni otros el resolver de un golpe tal cúmulo de dificultades y contradicciones. Pero lo que no se pudo evitar fué que el país cayera en el estado más lamentable de anarquía. Con efecto; como si en ello nada tuviera que ver, y conservando bajo sus inmediatas órdenes las mejores tropas, Orange dejó que se organizara en Gante una expedición de mendigos contra la provincia del Artois, expedición que, á las órdenes del Señor d'Assche, debía apoderarse de la plaza de Lille, es decir, acometer sin motivo ni causa una villa de los mismos Estados y tratarla como si fuera enemiga y sojuzgada. Por fortuna para los de Lille fueron avi-

sados á tiempo, y la actitud enérgica de los vecinos hizo tal impresión en las bandas de mendigos, que éstos encontraron más fácil levantar sus reales de las inmediaciones de esta plaza y caer de noche y por sorpresa en la de Iprés, en la que hicieron verdaderos extragos. Y como el Príncipe de Condé se hubiera retrasado en sus preparativos, no pasó más adelante esta empresa, contentándose los mendigos con regresar á Gante cargados de botín y dejar constituido en Iprés el Consejo de los Diez y ocho. Con esto queda dicho á qué extremo había llegado la perturbación en el interior. Pero no debía tardar en añadirse á ella la invasión francesa y alemana, porque, pese á las imprevisiones y veleidades de Isabel, y no obstante las protestas y las amenazas de Felipe II, el de Alençon no desistía de invadir los Países Bajos. Es más, en la misma corte francesa, en la que las representaciones del embajador español parecían hacer alguna mella, no se veía este negocio con malos ojos, si hemos de atenernos á la escasa diligencia y energía desplegadas por el Rey contra su hermano y, sobre todo, á las contradictorias órdenes dadas por Enrique III á sus gobernadores y capitanes en el lapso de tiempo que medió desde que el Duque salió de París hasta que traspasó la frontera. Ello es que Alençon, que había salido de Verneuil en los primeros días de Julio, seguido de algunos señores, cruzaba el Seine por Roche Guyon, y con toda celeridad tomaba el camino del Hainaut. Pero antes de efectuarlo, cuidó de dar á los flamencos un manifiesto cuya substancia era esta: «que convidado repetidas veces de las Provincias con muy apretados oficios á sacarlas de la opresión que cada día padecían más áspera de los representantes de España, no había podido resistir á tan justos ruegos, ni desamparar causa tan digna. Mucho más por la circunstancia de descender de la casa Real francesa los príncipes de la de Borgoña, que por tantos años señorearon las pronvincias, como por haber poseído muchas de ellas la misma casa Real de Francia y en varias ocasiones ganado estos derechos y privilegios que después destruyeron los españoles con repetidas violencias; por ser oficio de verdaderos Príncipes el

amparar á los inocentes y oprimidos; y en la defensa de esta causa hacerse no menos el servicio del Rey, que de los pueblos de Flandes, puesto que reducidos éstos á la desesperación por el mal trato, pondríanse á la postre bajo otro dominio más moderado y querrían buscarse de todas suertes fortuna más tolerable (1)».

Pero tiempo es ya de que se diga lo ocurrido al ejército católico en el intervalo que medió desde la retirada de don Juan á Namur, aquejado por sus dolencias, y la entrada de los pretendientes en los Países-Bajos. Dominadas por las armas del Rey las tres provincias de Namur, Luxemburgo y Hainaut, decidió el austriaco, con muy buen acuerdo, señorear la de Limburgo, territorio que no era entonces precisamente el que hoy se conoce con este nombre, sino el que se extendía á partir del confin septentrional del Luxemburgo, interponiéndose entre el obispado de Lieja y las tierras del imperio alemán y abarcando un trozo de la actual provincia liejesa y otro de la holandesa de Limburgo; especie de portillo abierto por aquella frontera y por lo tanto muy conveniente para el enemigo que desde ella quisiera moverse. En esta zona hallábanse enclavadas Maestricht, cuya excelente posición estratégica no necesita de encarecimiento, Limburgo, Dhalem y otras villas y fuertes de menos importancia, y por ella ó por el inmediato territorio de Güeldres se esperaba y temía el ataque de los alemanes. Así, pues, mientras Verdugo quedaba vigilando las fronteras del Luxemburgo, y en la de Borgoña, Mansfeld y Altemps amparaban el territorio por la de Francia, Farnesio púsose en marcha para el Limburgo ganoso de adelantarse á los designios del Duque Casimiro.

El ejército español penetró en esta provincia distribuido en la siguiente forma: en vanguardia Gabriel Nuño con siete compañías de arcabuceros, á las que seguía Camilo del Monte con la caballería; á gran distancia marchaban los españoles y valones con Alejandro Farnesio, y á retaguardia el tercio de Frundsberg convoyando 10 cañones de batir. En

(1) Bentivoglio. *Guerras de Flandes*, parte I, lib. 10.

esta disposición se presentó frente á la ciudad de Limburgo, después de haber derrotado en el camino un fuerte destacamento rebelde. Hállase situada esta plaza en escarpado valle y es su asiento una eminente roca regada en su base por el Vesdre: de aquí se originaba gran dificultad para construir trincheras y no menor para atacar la muralla con la mina, pues la villa ofrecía sólo un costado accesible, el que mira al Mediodía, y esta circunstancia hizo temer que el asedio fuera largo y porfiado. Por añadidura la artillería era numerosa y estaba bien distribuída, repletos los almacenes y en perfecto estado la fortificación. Pero Alejandro no se arredró por estas dificultades. Después de ocupar los arrabales, fortificó una colina que á corta distancia se levantaba, empleando dos noches en construir el terraplén con cestones cargados de tierra y céspedes que desde muy lejos se traían, plantó luego su artillería gruesa y acto seguido abrió la trinchera en dirección al punto accesible de la muralla. No quiso, sin embargo, comenzar el ataque sin intimar la rendición, para lo cual despachó un corneta portador de una carta escrita en nombre de D. Juan. Mas como los sitiados demoraran una y otra vez la contestación, batió la artillería con tal furia y acierto los muros que á las cuatro horas quedó abierta la brecha y tan atemorizados los habitantes que tardaron menos en parlamentar y entregarse; rendición tanto más inesperada, en cuanto, como después vieron los españoles, Limburgo tenía mayores elementos de resistencia que los que se suponían. Por añadidura, los soldados mercenarios de la guarnición se alistaron en las banderas de Farnesio, que en breves días sometió sin lucha á toda la provincia, excepción hecha de Dhallem que fué asaltada y entrada á saco. Alejandro dismanteló á ésta y á los fuertes de Wattem y Falkemburgo, pero cuidó muy especialmente de mejorar á Limburgo, en la que puso fuerte presidio, atendida su importancia estratégica y á su proximidad á la plaza de Maestricht, plaza en la que tenía Farnesio puestas sus miras. Preocupábale, sin embargo, por extremo, la próxima llegada de los rebeldes, puesto que de efectuarse la reunión de los que por distintos lados iban á

caer sobre los Países, la situación de D. Juan hubiera sido hartamente apurada. Por una parte se hallaban reunidas, no lejos de Malinas, en un llano situado entre Lierre y Herenthals, las tropas de los Estados derrotadas en Gembloux y reorganizadas ahora por el Conde de Bossu, General en jefe de las mismas. Sumaban éstas como 20.000 hombres, de los cuales 2.000 eran de caballería puestos á las órdenes del famoso caudillo hugonote *La Noue*, apellidado *Brazo de hierro* (1). Arschot, Lalaing, Egmont y Havré figuraban en este ejército, así como los hijos mayores de los electores de Sajonia y Hesse. Por otra, iban avanzando por Nimega las milicias reclutadas en Alemania por los mismos Estados; en las llanuras de Zutphen, y dispuestos á moverse sobre aquella frontera tan pronto recibieran los socorros prometidos por Isabel, se hallaban los tudescos de Juan Casimiro, y por último, en los confines de Francia Alençon iba, según ya se dijo, reuniendo su gente para acometer por este costado. Ante estos peligros, opinaba Alejandro que lo más oportuno era escoger las mejores tropas del ejército real y tomar una ofensiva rapidísima y vigorosa para atacar por separado á cada uno de estos núcleos enemigos, evitando de este modo su unión. Y por esto, no bien asegurada con la toma de Limburgo, una sólida base de operaciones, cuidó de escribir á D. Juan manifestándole que «haría la empresa de Maestricht si allegaba los medios y si daba lugar el enemigo; mas en caso de que éste llegase engreído, como esperaba, iría á encontrarle y romperlo antes de que pudiese hacer alarde de sus fuerzas y unirlas á las demás, lo cual era fácil si se obraba con diligencia».

Empero el austriaco, ya bastante enfermo, no se veía con elementos suficientes para esta operación, y Alejandro, que

(1) Francisco de la Noue, uno de los caudillos protestantes que tomó parte más activa en las guerras de los Países-Bajos, era natural de Bretaña, donde nació en 1531. Hombre de acción y de estudio, compuso unos *Discursos políticos y militares* que se imprimieron en Bale el año 1587. Su capacidad igualaba á su pericia. Nombrado Mariscal de su ejército por el Duque de Alençon, quedó desde aquel momento al servicio de la causa de los Estados, quienes, desaparecido aquél, lo tomaron á su servicio. Todos los historiadores de la época hacen justicia á sus méritos. Van Meteren puede decirse los condensa en estas frases: «Virtute, animi moderatione ac peritia rei militaris inter Huguenottos longe excellit.» Murió en el sitio de Lamballe en 1591.

no hubiera vacilado en acometerla, perdió, en solicitar y esperar el permiso de D. Juan, el tiempo necesario para realizarla. Ello es que Juan Casimiro, cuya entrada en Flandes estaba anunciada para el 20-26 de Junio, avisado de la presencia é intenciones de Farnesio, abandonó su campo de Zutphen, y por Nimega efectuó la invasión (1). Fallido aquel propósito, todavía intentó Alejandro sorprender á un cuerpo de 3.000 caballos enemigos que se movía por Diest, pero tampoco pudo lograrlo, porque concedores del peligro buscaron refugio en Bois-le-Duc, reuniéndose con las tropas de Juan Casimiro. Aun así, empeñado Farnesio en combatir antes de que estas tropas fueran engrosando, volvió á escribir á D. Juan ofreciéndole 30.000 ducados de su peculio para hacer frente con ellos á la carencia de pólvora y víveres en que éste fundaba su inacción. Pero el austriaco le ordenó que fuera á reunirsele en las inmediaciones de Tirlemont, hacia donde él en persona iba á dirigirse con todo el ejército. Obedeció á estas órdenes Alejandro, mas no sin lamentar la ocasión perdida, en lo que fundaba tristes presentimientos, y el 11 de Julio se incorporaba al grueso del ejército, que á las órdenes de D. Juan y de los principales cabos se disponía á entrar en campaña. Entonces dispuso el caudillo español que se reuniera el Consejo.

Lo que en él se trató da perfecta idea de los términos en que se hallaba planteado el problema militar en Flandes, pro-

(1) El Conde palatino partió de Kaiserslauter el 18 de Junio con 5.000 caballos y 1.000 peones. En las inmediaciones de Strasburgo y junto á Majuncia se le juntaron respectivamente 1.200 hugonotes. Siguió su camino por la margen izquierda del Rhin (sin duda á causa de haberle prohibido el paso el Duque de Cleves) y llegó en los primeros días de Julio á Zutphen. Aquí esperó el segundo subsidio prometido por Isabel (el primero se hizo efectivo al comenzar el mes de Mayo), y como éste se retardase, prolongóse su estancia en dicho campo hasta tanto que las alarmantes noticias que recibió de los católicos le obligaron á abandonarlo. Pero durante su permanencia en él sus soldados ejercieron tropelías y excesos tales como no las realizara un ejército enemigo: puede decirse que el incendio y la devastación señaló el paso de aquellas tropas de aventureros. El 4 de Agosto desde Doesburgo escribió Casimiro á Isabel pidiendo auxilios en metálico. Tenía á sus órdenes 30 banderas francesas, 12 alemanas y 6.000 caballos. Su propósito era entrar en Amberes y amenazar á los Estados, de los que reclamaba también los salarios de toda su gente. Una parte de estas tropas, los reitres, llegaron hasta Lierre. El Conde se detuvo junto á los muros de Malinas. Allí lo fué á encontrar el asendereado Archiduque Matías y en unión de éste entró doce días después en Bruselas. Apuntamos estos datos para que el lector pueda apreciar con toda exactitud los sucesos á que nos iremos refiriendo.

blema harto complicado para que hallase solución en un solo hecho de armas. Con efecto, reunidas las fuerzas de los Estados con las que por orden suya se levantaron en Alemania, sumaban las que tenía bajo su mando el Conde de Bossu 20.000 infantes y 7.000 caballos. Calculábase que Juan Casimiro, colocado ya en Bois-le-Duc, tendría otros tantos, y Alençon, que desde el mes de Junio se movía por la frontera francesa, tenía noticia de que había allegado ya 10.000 infantes y 2.000 caballos. Muy variables son las cifras que nos ofrecen los historiadores, pero según Alejandro Farnesio ascendían á 40.000 infantes y 24.000 caballos las que podrían juntar Bossu y Casimiro. A estas fuerzas sólo podía oponer D. Juan los 20.000 soldados que llevó á Gembloux, bien es cierto que entre éstos había gente veterana y esforzada, con la que no podían competir los elementos allegadizos de los Estados. Mas así y todo, la inferioridad numérica era muy notoria y solo podía compensarla la habilidad con que procedieran los caudillos. En esto fundaba el austriaco la necesidad de atacar sin pérdida de tiempo el campo de Bossu con objeto de impedir su unión con Casimiro, y al propio tiempo para aprovechar la buena disposición de ánimo del ejército, ganoso de venir á las manos con el enemigo. Pero esta idea, aprobada por casi todos los capitanes, si parecía muy racional y muy ajustada á los buenos principios del arte, no era en realidad oportuna ni conveniente, como lo demostró Alejandro con excelente razonamiento. Opinaba Farnesio que mientras Casimiro y Alençon (de quien se decía que atravesó la frontera) no se hallaban en campaña, cuando Bossu no había recibido refuerzos y habíase colocado en posiciones escogidas y bien fortificadas, habría podido sustentarse, pero desde el punto y hora en que había ocurrido todo esto, era, no sólo difícil, sino arriesgadísimo, el acometer al enemigo en sus posiciones. En primer lugar era muy probable que el enemigo no aceptara la batalla, con lo que el ejército real no embistiendo las posiciones tenía que retirarse de un modo desairado, aparte el peligro que envolvía una retirada hecha frente á posiciones bien defendidas. En segundo lugar, esto

es, de entablarse la batalla, el ejército real, cuyas fuerzas se hallaban reunidas en aquel momento, arriesgaba en ella, no sólo su existencia, sino la dominación de las tres provincias reducidas, y aun la seguridad de las mismas provincias italianas. Esto en el caso de ser vencido, pues aun saliendo vencedor tampoco mejoraba su situación, ya porque las pérdidas que sufriera le impedirían acometer á los otros contendientes, ya completar la victoria con nuevas operaciones, por manera que se daría el caso de *ganar una batalla y perder una campaña*; mientras que el enemigo, caso de ser derrotado, refugiaríase en la vecina plaza de Amberes, y no tardaría en reforzarse con la incorporación de franceses y tudescos. Este fué en substancia el razonamiento de Farnesio, razonamiento muy bien fundado, pero que sólo tuvo en su apoyo el voto de Gabriel Servelloni, pues todos los capitanes fueron del parecer de D. Juan, y sólo admitió éste que según opinaba Alejandro se enviaran exploradores á examinar los movimientos de Casimiro y de Alençon, en tanto el ejército católico se dirigía en demanda del que regía Bossu.

El movimiento del ejército realista comenzó el 31 de Julio, y para efectuarlo con más ligereza dejó el bagaje en Tirlmont. Tomó la dirección de Arschoot, y al siguiente día cruzó el río Demmer por el puente de aquel nombre, yendo como exploradores los capitanes Mucio Pagani y Amador de la Abadía. No tardaron éstos en dar aviso á D. Juan de la situación y posiciones del enemigo. Ocupaba éste un espacio de terreno próximo al río Dyle, que tenía á su derecha, con ambos flancos cubiertos por espesos bosques y el frente de sólido atrincheramiento. A su espalda y á la izquierda hallábase la aldea de Rimentant que daba nombre al campo, y por el mismo flanco izquierdo de la posición enemiga, entre las trincheras y el bosque, serpenteaba el angosto camino que conducía á la aldea, siendo éste el único punto por donde podía bordearse la posición, puesto que su frente, sobre estar muy bien defendido, dominaba una extensión de terreno completamente despejado. Don Juan, que en persona reconoció el terreno, ordenó sus tropas para el combate casi

á la vista del enemigo, y despachó su caballería ligera para provocarle á la batalla. Pero el contrario no hizo caso alguno de este requerimiento, y mientras los caballos del ejército católico escaramuzaban á corta distancia de las trincheras, él permanecía al abrigo de éstas, como esperando el asalto de los realistas. Tres horas permanecieron así los dos ejércitos. Por fin, cansado D. Juan de su forzada inacción, ordenó al D. Alfonso de Leyva, capitán de caballos ligeros, que siguiendo la angosta senda existente entre la selva y los atrincheramientos, hiciese ademán de entrar en la aldea, con lo que tal vez se lograra que el enemigo abandonase sus posiciones y aceptase el combate en la llanura, hacia la que Leyva debía procurar atraerle. Este movimiento ordenó lo secundaria del Monte con la caballería pesada. Pero Bossu se mostró sumamente cauto, pues limitóse á ordenar al coronel inglés John Norris, que por aquel costado defendía con sus mercenarios la trinchera, saliese á recibir al atacante y escaramuzase con él, aunque sin adelantar un paso. Como se ve, ni uno ni otro caudillo querían entablar el combate en condiciones que no fueran notoriamente ventajosas. Pero ocurrió que la escaramuza entre ingleses y españoles se trabó con tal calor, que cayendo buen número de aquéllos, hubo de salir en su apoyo el Conde de Egmont y á su vez contra éste dirigióse del Monte con la caballería pesada, con lo que el combate tomó mayores vuelos. Reforzados á su vez los rebeldes por varias escuadras de escoceses que mandaba Roberto Stuart, D. Juan ordenó á D. Fernando de Toledo que avanzase con su tercio, y al mismo tiempo dispuso que todo el ejército fuera aproximándose á las trincheras. En aquellos momentos se acercó á él Alejandro Farnesio para recordarle la promesa de combatir en las primeras filas de la vanguardia. Dejó su caballo, tomó una pica y mezclado con los alféreces ocupó su puesto en las primeras hileras de los infantes. «Con lo que demostró, dice un coetáneo, que tantos ánimos tenía para adelantar en la empresa, como antes para reprobarla.» Y en verdad que en pocas ocasiones fueron tan importantes y tan útiles los servicios del ilustre guerrero.

No sin trabajo consiguió Leyva realizar parte de su cometido, que era ocupar el bosque situado á la izquierda de las posiciones enemigas, pues Norris sostenía con vigor el ataque; mas conseguido que fué esto, Toledo, con su caballería, pudo avanzar por el camino de Rimentant, llevando por delante á los ingleses, á los que fué empujando hacia la aldea. Norris, sin embargo, le hizo frente varias veces, hasta que por último, como si quisiera reanudar el combate, detúvose y dió á las llamas varias chozas agrupadas á sus espaldas. Las espesas columnas de humo levantadas por la tea de los rebeldes hicieron suponer á del Monte y á Leyva que el enemigo, como en Gembloux, incendiaba las barracas de su campo para emprender la retirada, y, por lo mismo, que era llegado el momento de dar el golpe decisivo. En consecuencia enviaron á D. Juan un aviso para que avanzara con el resto del ejército, pues los flamencos se habían declarado en derrota: grave error que pudo costar bien caro á los católicos. Empero, el austriaco no del todo convencido por esta opinión de sus tenientes, aceptó como más exacta la de Alejandro Farnesio, que con ojo certero había comprendido desde el primer momento la estratagema del enemigo, bien probada por el buen orden con que se movía y por no haber dejado cañones ni cajas en el terreno abandonado. Y esta opinión, que corrió á darle con la impaciencia y el ardor que el peligro requerían, fué lo que salvó al ejército católico de un verdadero descalabro. Aun así, es decir, dada ya la orden de suspender el avance, cuando el mensajero de D. Juan llegó á la vanguardia, ya ésta había cruzado la aldea de Rimentant en persecución del enemigo, y entraba en una llanura inmediata al camino de Malinas, cercada por un costado de espesísima selva, y del otro por el río Dyle. Esta llanura era muy poco espaciosa, y no teniendo por el costado del ataque más que una sola entrada, ni permitía desplegar debidamente, ni tampoco el que fueran socorridos con oportunidad los acometedores, en el caso de que sobre ellos cayera todo el peso de los que se hallaban en las trincheras. El grueso del ejército rebelde se encontraba sólidamente parapetado, y su

nueva posición no podía ser más escogida, pues era una eminencia entre el río y la espesura « con valiente circunvalación y colocada al frente la batería. » En ella se encontraban los flamencos y auxiliares en número de 12.000 infantes y escalonados hasta Malinas 7.000 caballos. « Parecía el enemigo, dice un coetáneo, superior en caballería é igual en infantería. »

Desembocaron con gran ímpetu los españoles en la llanura, pero á la vista de las nuevas posiciones enemigas se detuvieron. Los momentos eran excesivamente críticos; el cañón enemigo diezmaba sus filas; los últimos escuadrones rebeldes que se retiraban, rehacíanse; no podía vacilarse ya un momento, porque se hallaban, por decirlo así, envueltos y próximos á ser arrollados. Esto les obligó á disponer de rebato sus haces, á pesar de las órdenes que recibieran de su General. Sobre 5.000 arcabuceros y 600 caballos, entre arcabuceros y corazas, componían aquel cuerpo de tropas que luchaba destacado del grueso del ejército, y que hubiera sucumbido de no darle D. Juan oportuno y eficaz socorro.

Vacilante anduvo, sin embargo, antes de darle, porque esta operación era ya hartó comprometida y el ánimo del caudillo hallábase vivamente contrariado por el irreflexivo ardor con que la vanguardia se había empeñado en la persecución hasta caer en el lazo preparado por los rebeldes; pero era forzoso socorrerla ó sacrificarla, y optando por el primer extremo, otra vez la pericia de Alejandro conjuró el peligro. En aquellos momentos, no sólo auxilió Farnesio al austriaco con su consejo, sino que tomó sobre sí la responsabilidad de salvar á sus compañeros de armas y sacó á D. Juan del más gravísimo apuro. Esta retirada honra el talento militar del joven capitán y es á la par timbre de gloria para los hermanos del Monte. Tenía que efectuarse en los precisos momentos en que los ingleses de Norris y los escoceses de Stuart volvían á la carga; gente feroz ésta, que arremetía desnuda de medio cuerpo arriba y se lanzaba á la muerte como arras-trada por la locura, á cuyas acometidas secundaba el cañón de las trincheras para hacerlas todavía más mortíferas. No

era posible tampoco intentarla por el mismo camino por el que se avanzó. Por lo mismo Alejandro hizo un atento examen del terreno y procuró sacar de él el partido posible. Gracias á esto pudo descubrir entre los setos, huertas y arboledas que ceñían la llanura una vereda que conducía á la extremidad de la aldea de Rimentant, y por este paso ideó retirar la infantería de Leyva, mientras los caballos, sostenidos por los arcabuceros, entretenían la escaramuza, empresa no del todo fácil, pero la única que podía realizarse en tan grandísimos aprietos. Podría decirse de ella con toda exactitud que fué una retirada por escalones, y sosteniéndose respectivamente la caballería y la infantería. Esta lo efectuó por la vereda descubierta, mientras la caballería lo hizo á lo largo del bosque, por el camino por donde penetró en la llanura. Empero si los arcabuceros, abrigados por los accidentes del terreno ó echados, pudieron contener á los perseguidores, la caballería sufrió muchísimo en este movimiento, pues, siendo la última en abandonar el campo, hubo de sostener todo el peso del enemigo. Sacrificóse empero heroicamente y logró salvar á sus hermanos de armas.

Entretanto había ordenado D. Juan á sus soldados que guardasen la más compacta formación, con objeto de que al llegar desordenada la vanguardia no introdujese la confusión en el grueso de las tropas y diera lugar á que el enemigo cayese sobre ellas y las destrozase. Pero éste cometió entonces un gravísimo error, que fué no proseguir el ataque y completar la operación con una enérgica reacción ofensiva, pues de acosar á la vanguardia y caer tras ella sobre el ejército, con seguridad le hubiera obligado á batirse en retirada. De esta suerte Bossu, que demostró gran habilidad en preparar sus posiciones, no reveló verdadero ardimiento en aprovecharlas, si es que ello no fué debido á la escasa confianza en la gente allegadiza que mandaba con respecto á la nuestra veterana y entusiasta. Tampoco D. Juan rayó á gran altura como General, pues en realidad de verdad quien demostró allí iniciativas de tal fué Alejandro Farnesio, y por lo tanto á él correspondieron, como en Gembloux, las primicias del

éxito, que éxito fué sin duda el haber evitado un seguro descalabro. El mismo, con noble sencillez, no dudaba en envanecerse de esta gloria á los ojos de su madre, pues dándole cuenta de aquellos aprietos decíala que pensaba *haber servido medianamente al Rey*, y que si decía esto con *arrogancias de soldado* era para darla á entender que participaba de ella, *asi por la sangre como por el espíritu* (1).

Las pérdidas de esta batalla, aunque difíciles de fijar, pues mientras los historiadores holandeses las estiman en 1.000 realistas, Estrada y los católicos las calculan en 400 por ambos lados ó poco menos, puede considerarse que fueron mucho mayores en las filas de D. Juan que en las de Bossu, puesto que los soldados de aquél combatieron bajo el fuego de las trincheras y casi siempre á pecho descubierto y la pelea duró desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde. Mucho mayores hubieran sido si el caudillo rebelde sigue en persecución de los católicos, pues si bien favoreció á éstos para retirarse del campo la obscuridad (2), es lo cierto

(1) Elogia calurosísimamente el P. Estrada la conducta de los italianos en esta batalla y dice: «En esta facción sin duda mereció la primera alabanza la tropa de caballos, que se despidió la última del campo y del conflicto, que fué la de Camilo del Monte que conducía el capitán Perotto y se componía de escogidísimos varones, como eran Anibal Gonzaga, Flaminio Delfino, Juan Manrique, Lépido de Romanis, Laurencio Tuchi, Nicolao Cesis, ahora soldados, en otras ocasiones capitanes..... Estos, para que por ningún lado rompiese el enemigo, atropándose estrechamente unos con otros, formaron de sí mismos y de los caballos una animada valla, con que defendían á las tropas contra la batería y demás armas de los enemigos, con tal constancia y desprecio de la muerte que en cayendo uno de los suyos, el que estaba detrás, llenaba luego aquel puesto, como si deshecha alguna parte de la trinchera acudiesen á reparar la quiebra. Esto sucedió atravesado de un balazo y muerto Lépido; y mientras acude á socorrerlo Delfino (hecho éste prisionero de los enemigos), sin detenerle, á Cesis, para que no sucediese en el puesto de Delfino inmediatamente ni la muerte del primero, ni la prisión del segundo. Hasta que, puesta en cobro la caballería, salieron los últimos del campo; siguiéndoles la justa aclamación y aplauso, después de haber representado también la última jornada en la escena de Marte.» *Década primera*, lib. X.

(2) «Fué á tiempo, dice Vázquez, que venía la noche cerrando y casi no veían los unos á los otros á quien tirar y la misma obscuridad los dividió y se retiraron á sus puestos con tanto cansancio de haber peleado todo el día, como se vió en esta ocasión, demás del mucho calor y sed que demasiadamente los había apretado, y por esta causa muerto algunos sin remedio, y como quedaron tan fatigados y por ser tan de noche, le pareció al Sr. D. Juan recoger su ejército y alojar á un pequeño cuarto de legua del de los rebeldes, y *tan cerca que las unas y las otras centinelas se podían hablar*. Esto pareció temeridad y lo reprobaron muchos soldados viejos que allí habia, por estar los rebeldes fortificados y acampados con su comodidad, y los católicos en campaña rasa tan necesitados de todo y *en medio de dos ejércitos contrarios*.» *Sucesos*, año de 1578. Aunque este autor no da una idea exacta de la batalla, los datos que ofrece son muy interesantes y contribuyen á que pueda formarse un concepto acabado de la

que quedaron acampados « á un pequeño cuarto de legua de los rebeldes », lo que pareció gran temeridad por hallarse tan próximos los enemigos y además porque de un momento á otro se esperaba su reunión con los alemanes de Juan Casimiro. Pero hallábase, según Vázquez, tan disgustado y ofendido D. Juan, que aun después de haber pasado el ejército todo aquella noche y el día anterior sin comer ni beber, costó no poco trabajo á los de su Consejo el convencerle de la retirada, retirada que indudablemente fué con quebranto de su reputación, pero tan oportuna, que á los dos días de emprenderla supo la incorporación del ejército de Casimiro al de los Estados con más de 25.000 infantes y 12.000 caballos.

Inútil es decir que los rebeldes se atribuyeron la victoria y que ésta tuvo gran resonancia en los Estados, pues vino á coincidir, no sólo con la unión de su ejército y el de los alemanes, sino con la entrada de Alençon en tierra de Flandes. Pero lo que en realidad de verdad más influyó en ellos fué la retirada de D. Juan siguiendo igual itinerario que al emprender su movimiento ofensivo, esto es, por Arschot á Tirlemont y desde allí á Namur. A este movimiento, acompañado de la demolición y abandono de algunos fuertes y lugares de imposible defensa, siguió por parte de los rebeldes el recobro de varios pueblos y villas, siendo el primero de los que sacudió la tutela española el lugar de Arschot, cuyo gobernador fué asesinado una vez expulsada la guarnición. Nivelles volvió en seguida á poder de los Estados, rindióse Deventer á las fuerzas de Orange, y Tirlemont, al ser evacuada por las tropas de D. Juan, fué entrada á saco por los enemigos.

Los peligros que rodeaban al gobernador y caudillo de España eran tan graves que, de acuerdo con los de su Consejo, creyó lo más prudente arrimarse á Namur y construir

misma. Vázquez afirma que el motivo de haber acampado D. Juan tan cerca del enemigo fué con objeto de ver si éste caía en la tentación de salir á favor de la noche de las trincheras y reanudar el combate entre las sombras. Sin duda Bossu no se consideró bastante fuerte para la acometida, pues de otro modo no se comprende desaprovechara ocasión al parecer tan oportuna para desbaratar al ejército de D. Juan. Ello es que éste perdió asimismo, con la ocasión, los prestigios, que hubo de sacrificar en la retirada.

en un lugar próximo á esta plaza, llamado Bouges, y excelente por su posición dominante, un campo atrincherado lo suficientemente espacioso para que en él hallara abrigo su ejército. Desde allí podía esperar con más comodidad el arribo de socorros de Italia y Alemania, y sobre todo el de dinero, de que se hallaba por extremo necesitado, pues á la carestía de recursos, se unía el azote de la peste que se declaró en aquella región. Desgraciadamente no existía por parte del Rey el propósito de hacer la guerra á todo trance, y en lugar de los socorros tan suspirados, sólo llegaron de España cartas en que se ordenaba al austriaco la prosecución de las negociaciones con los Estados. Estas órdenes no podían menos de causar en D. Juan sumo desagrado, pero eran tan grandes las dificultades que por todos se ofrecían, que á instancias del mismo Farnesio no vaciló en obedecerlas, puesto que aún en el caso de no ser atacado, corría el peligro de ver cortadas sus comunicaciones con Italia y hallarse del todo reducido por el hambre. Por otra parte, creía Alejandro que con ello se entorpecerían las operaciones militares y que era la ocasión más oportuna para aprovecharse del disgusto que en el país fronterizo sembraban los desmanes de la soldadesca francesa, con lo cual se iba ganando tiempo hasta conseguir ó el socorro apetecido ó la desunión de los confederados.

Ya se dijo que á éstos iba á juntarse ahora el asendereado Duque de Alençon, y justo será manifestar lo ocurrido á su entrada en Flandes. El 11 de Julio de 1578 presentóse en las fronteras del Hainaut, y al siguiente día, previo aviso á su gobernador, el Conde de Lalaing, entraba en Mons, escoltado por algunos señores, porque en la villa negáronse á recibir á sus bandas. Sus primeros cuidados fueron escribir á Orange, á los Estados generales y aún al mismo Juan Casimiro, mas no así á Matías, con el que dijo nada tenía que tratar; tocante á la población por él visitada, deslumbrar á los moradores con el fausto de su persona y comitiva. Tenía el Príncipe á la sazón 24 años, y si por su figura poco airosa y su rostro pecoso y marchito, no se captaba las simpatías públicas, por su inteligencia menos que mediana y por su carác-

ter versátil tampoco lograba atraerse á cuantos se ponían en relación con él. Distinguíanle sólo su afabilidad extremada y su prodigalidad sin medida; pero todo lo que tenía de movedido y ambicioso, le faltaba de audaz y de valiente. Con todo, su condición de heredero de la corona francesa, los importantes dominios que en su patria poseía, sus riquezas y sus dilapidaciones, le habían asegurado en ésta un gran partido y le hacían en Flandes y en el extranjero tan temido como halagado. Por eso no bien llegado á Mons, fueron á visitarle embajadores de distintas naciones, y entre ellos el mismo Nuncio del Papa, que en nombre de éste ofrecía una mediación entre los Países y Felipe II. Pero el francés sabía de sobra á qué atenerse respecto á los embajadores y á los Estados. Por de pronto comprendió que en la nobleza del Hainaut, agrupada en torno de Lalaing y enemiga de Orange, tenía la mejor base para atraerse aquella provincia y la del Artois, como ella católica, y á causa de esto, descontenta y separada de las demás. La dificultad estaba en atraerse al gobernador La Motte, que recientemente se había declarado por el Rey; luego en poder entretener á su ejército hasta tanto que los Estados generales pactaran con él y reconocieran su autoridad. Y ambas dificultades no pudo vencerlas el Duque, porque La Motte rechazó noblemente sus ofertas, y porque sus tropas, fracasadas pocos días después ante Maubenge y Binche, comenzaron á pesar sobre el país, muy presto cansado de sus expoliaciones. No eran aquéllas tan sólo las que originó su entrada, sino que como siguieran á ésta las reclamaciones de los embajadores de Felipe II y de Isabel de Inglaterra en la corte de Francia, Enrique III hubo de enviar á los Países Bajos á uno de sus más hábiles consejeros, para que viera de acomodar las cosas en los mejores términos posibles. Este embajador, llamado Bellievre, debía avistarse primero con el Duque de Alençon, después con los Estados, el Archiduque Matías y D. Juan, encaminando todos sus esfuerzos á una negociación entre los cuatro, tarea del todo infructuosa al punto á que las cosas habían llegado, sobre todo teniendo que concordar tantas y tan opuestas voluntades.

Pero como el procedimiento de las negociaciones resultaba cómodo y aceptable para los que no podían obtener por las armas resultados inmediatos y decisivos, tan sólo hubo de rechazarlo Alençon, que en absoluto se negó á obedecer al Rey. «Es demasiado tarde para retroceder, contestó en suma á Bellievre; si mi hermano no quiere mi intervención, otro príncipe se apoderará de los Estados.»

Fué demasiado interesante la misión que realizó Bellievre para que pueda pasarse por alto, puesto que pone perfectamente de manifiesto el estado de anarquía moral y material en que se hallaba el país y la desunión de sus cabezas y sus representantes. Por de pronto pudo el embajador tomar nota del antagonismo existente entre la nobleza valona y Orange y del odio de católicos y protestantes á España; luego de la inteligencia en que estaban hugonotes y mendigos, del doble juego que usaba Guillermo con Isabel de Inglaterra y Alençon, y por último, de las disensiones reinantes en el seno de la asamblea. Acababan de fijarse por Orange y sus amigos las bases para el acomodo con el príncipe francés, cuando Bellievre, detenido largos días en Amberes, logró dar á conocer los propósitos de Enrique III, y desde aquel momento no vaciló la mayoría en aceptar los consejos de este Monarca y reanudar las negociaciones con D. Juan, hecho que sólo puede explicarse por las impacencias ó las ansias en lograr la solución apetecida. Y en valde fué que protestaran Orange y sus amigos de este acuerdo, ni que se quejaran Alençon y los Estados del Hainaut. Los Estados querían á toda costa la paz. Matías les apoyaba, creyendo con esto ver confirmada por Felipe II su autoridad. Don Juan, aunque hondamente lastimado, tampoco se oponía á ello y sus representantes Taxis y Le Vasseur iban á encontrar en Lovaina á los tres diputados elegidos por la asamblea. Todo parecía, pues, encaminado á un arreglo definitivo, y el mismo embajador imperial, Conde de Schwartzenberg, que ejercía de mediador, no vacilaba en hacer saber á los Estados desde el campo de D. Juan, que éste deseaba tratar y resolver el negocio. Mas aunque los Estados anhelaran sinceramente la paz, que-

rían sacar de las circunstancias el mayor y mejor partido para sus intereses, y el hecho de encontrarse en territorio flamenco el Duque de Alençon, con el que iban á concertar un pacto, era pretexto para que impusieran á D. Juan condiciones tan onerosas como depresivas. Gracias á esto los elementos de la asamblea opuestos á la pacificación, consiguieron una gran ventaja, pues sin luchar abiertamente con la mayoría, influyeron de tal suerte en los acuerdos, que pareciendo desear como ella la paz, la hacían imposible con sus exigencias. Júzguese si no por las condiciones á que se subordinaba: D. Juan de Austria y todas sus tropas debían salir de los Países-Bajos antes de que expirase el mes; en este plazo entregarían todas las fortalezas enclavadas en la orilla izquierda del Mosa y se evacuarían las demás en las restantes provincias; los acuerdos hasta entonces adoptados por los Estados serían ratificados; confirmárase al Archiduque Matías como gobernador de los Países Bajos; cuanto se refiere á prácticas religiosas, sería de la incumbencia de los Estados; por último, en el tratado definitivo entrarían como partes, Isabel de Inglaterra, Alençon, Casimiro, el Rey de Navarra y *sus asociados*, frases éstas que, según Bellievre, se referían á los hugonotes.

Bajo la penosa influencia que en el ánimo de D. Juan ejercieron condiciones tan depresivas, recibió éste la visita del embajador francés, que en nombre de Enrique III iba á darle cuenta de su doble gestión con los Estados y con el Duque de Alençon, al mismo tiempo que á insistir en los buenos deseos del Monarca tocante á la paz en los Países y á la concordia entre las dos monarquías. No es por lo mismo de extrañar que D. Juan, lastimado por tantos ultrajes y ahito de la doblez de la corte francesa, se expresase en términos vehementes y enérgicos. Pero ¡cuán distantes sus propósitos de los efectos! Todo cuanto el austriaco afirmaba parecía lógico y razonable al extremo á que llegaron las cosas; todo cuanto gestionaba Felipe II iba por muy distinto camino, siquiera la contradicción entre los propósitos de éste y la realidad fuera tan enorme. Por de pronto D. Juan hizo resaltar la extrañeza que en

su ánimo causaban aquellas protestas de Enrique, siempre renovadas y cada vez fallidas, en oposición abierta con los hechos, y no menos opuestas á la lógica, que aconsejaba no ayudar á vasallos rebeldes, que á la rectitud y lealtad con que había obrado Felipe II, eficaz auxiliar de la monarquía francesa. Mas viniendo al negocio de la paz, ¿cómo aceptarla con tan grandísimo daño á la honra de Dios y á la obediencia del Monarca? «Sé muy bien, dijo al embajador, que todo lo que aquí se pierda, se pierde al Rey mi hermano, pero tengo confianza en la justa causa que defiendo, porque es la causa de Dios y de los Príncipes soberanos. No se dirá que esa gente me impuso la ley. Si quieren una paz buena y razonable, estoy presto á concedérsela, pero en lo que toca al honor de Dios, cosa que á los Reyes ni pueden ni deben renunciar, me consideraré muy dichoso en sacrificarme por tan justa causa..... Cuanto á la obediencia al Rey, tampoco permitiré la menor quiebra. *Salvas estas dos cosas, estoy dispuesto á dejar el país y á otorgar á los Estados las condiciones más razonables para la paz* (1).»

Como era de suponer, la gestión de Bellievre acerca de D. Juan y de los Estados, no produjo resultado alguno, ni podía producirla desde el punto y hora en que se atravesaban de por medio los intereses de Orange y del Duque de Alençon, poco dispuestos uno y otro á transigir con España, y mucho menos Guillermo, cuya autoridad ni aún el mismo francés logró eclipsar. Por el contrario, aquella negociación de los Estados por medio de Bellievre produjo una aproximación del Duque con Orange y al propio tiempo renovó la actividad y las exigencias de aquél con respecto á los Estados generales. Por parte de Orange tratábase, como de costumbre, de suscitar á España los mayores obstáculos, convertir al francés, como lo hiciera con Matías, en un instrumento de su voluntad, y afirmar su autoridad propia sobre estos antagonismos y estas luchas, pensamiento que no escapaba á la sagacidad de los diplomáticos y agentes franceses en los Países Bajos.

(1) Carta de Bellievre á Enrique III de Francia, fechada el 19 de Agosto de 1578.

Por la de Alençon queríase, sin más aplazamiento, el gobierno y dominio del país, puesto que la inacción á que se hallaba reducido produciría á no tardar la desbandada y ruina de un ejército costosamente levantado, y más costosamente sostenido. Por parte de los Estados, tampoco se obraba con gran sinceridad, ya que reconociendo la importancia de los socorros, veíase con desagrado la autoridad de Alençon y se temía que con él fuese reemplazada una por otra tiranía, aún sin contar la animosidad que en la tierra había despertado las licencias y excesos de las bandas capitaneadas por el de Alençon. Pero bajo los apremiantes requerimientos de éste fué preciso llegar á un acuerdo, acuerdo que redactó Marnix de Santa Aldegunda y que tenía por bases: perpetua amistad entre ambas partes, asistencia por los Estados al Duque durante tres meses de 10.000 infantes y 2.000 caballos; mando de armas ejercido por igual entre Alençon y un general del país; plazas de garantía, pero con guarnición francesa tan sólo las que la desearan; posesión de cuantás plazas conquistare allende el Mosa (siempre que no fueran de las adheridas á la Unión). El Duque se obligaba á no pactar sin conocimiento y consentimiento de los Estados, á no conducir á los Países otra gente que naturales de Francia, á declarar la guerra á D. Juan y á emplear sus tropas en beneficio del país. Los Estados le reconocían el título de defensor de la libertad belga contra la tiranía española, y se comprometían en el caso de elegir un príncipe para su gobierno, á reconocerlo y admitirlo á él, salvo el caso de que heredase la corona de Francia (4 de Julio de 1578).

Estas bases no satisficieron del todo al Príncipe francés, ya por lo que atañían á las plazas de garantía, como á la salvedad hecha para el caso en que ciñera la corona de Francia, pero tampoco agradaron á la Asamblea, dividida en sus opiniones y alarmada además por las exigencias del citado príncipe. Sin embargo, ni estas dificultades, ni las protestas de los embajadores ingleses, pudieron evitar que por mayoría de votos se aprobaran aquéllas el 11 de Agosto; puesto que á la insistencia con que reclamaba Alençon, se unía las

consideraciones que Marnix expuso á la Asamblea, entre éstas el temor de que el país se dividiera, y el Duque, apoyado por los descontentos, se alzara con el mando, ó lo que también pudiera ocurrir, uniérase á los españoles para someterlo y destruirlo. Tan sólo se añadió al tratado una cláusula, y fué que como quiera que por aquellos días no había terminado las negociaciones con D. Juan, los Estados se reservaban en el caso de que éste les devolviera á Limburgo, Ruremunda, Deventer y todas las plazas allende el Mosa, cerrar los tratos con él, incluyendo en el nuevo tratado al Duque de Alençon y resarciendo á éste de todos los gastos hechos. Con tales condiciones se firmó el documento el día 13 de Agosto de 1578. Pero á este tratado público siguieron dos convenios secretos entre Orange y el Duque, por virtud de los cuales éste se obligaba á no ejecutar cosa alguna contra el culto reformado, la persona de Guillermo y cuantos como él profesaran aquel culto, á mantener la unión de las provincias, á no omitir esfuerzo alguno para lograr la libertad del Conde de Buren, y además á dejar en completa libertad á las provincias de Holanda, Zelanda y Utrecht para someterse al Príncipe de Orange (17 de Agosto). Nueve días después se dió solemne publicación del tratado en la villa de Amberes y se mandó imprimir para que circulara profusamente por el país.

Mas en el intervalo que medió desde la entrada de Alençon en territorio belga, y coincidiendo con las gestiones del embajador francés Bellievre, existieron otras no menos importantes (Junio-Agosto) entre Isabel y los poderes que se disputaban la dominación del país. Ni pudo ver aquélla sin alarmas la entrada de los franceses, ni dejar de preocuparse por el sesgo que tomara la guerra, pero vacilante siempre entre sus codicias y su tacañería, creyó lo más oportuno enviar á los Países-Bajos dos nuevos embajadores elegidos entre los personajes más conspicuos de su corte para que le dieran cuenta exacta de la situación de aquellos países, y apreciándola en toda su realidad acomodaran á ella las instrucciones que recibieran. Estas así se referían á los Estados, como á Orange, á D. Juan y al mismo Duque de Alençon;

pues el objeto principal que la Reina perseguía era asegurar su influencia á toda costa, atando las manos á D. Juan y alejando á los soldados de Alençon, y, sólo en el caso de ser esto inevitable, dar ostensiblemente el socorro, bien que con la garantía de la villa y castillo de la Esclusa y el puerto y villa de Flessinga en la isla de Walcheren. Empero no estaban las cosas en sazón para tales proyectos, y ni éste ni aquél pudo realizar la Reina. Porque llegados que fueron á la villa de Amberes los embajadores Cobham y Walsingham, encontraron á la Asamblea de los Estados bajo la impresión producida por la entrada de los franceses en el Hainaut, y muy poco inclinada á Isabel á causa de su proceder en el asunto de los anticipos que hicieran los mercaderes bajo la garantía del sello real inglés, préstamos de que ella quería reintegrarse á la par, siendo así que aquéllos habían recibido solamente el 75 por 100 de su valor; al pueblo abiertamente hostil; á Orange, como siempre, capcioso y ambiguo, y á los agentes del Duque de Alençon poco ganosos de prestarse á componendas. La impresión que Guillermo les produjo se haya perfectamente retratada en estas frases de Walsingham: «El príncipe de Orange se halla resuelto á oponerse á que los Países-Bajos vuelvan á la obediencia de España; preferiría que se los anexionara el Imperio. Toda su inclinación por Francia estriba únicamente en el deseo de beneficiar sus propios intereses, *y aunque él diga lo contrario, lo que preferiría es que el país no perteneciera á franceses, españoles, ingleses ni alemanes, sino á él mismo*». Y como los embajadores se convencieran de que á sus espaldas los Estados seguían negociaciones con el príncipe francés y de que el papel de su Reina estaba cada día más de baja en los Países, consideró Isabel llegado el momento de entrar en nuevas negociaciones con D. Juan, ofreciéndose como intermediaria entre él y los Estados, y dió orden de seguir las á sus dos agentes.

No era óbice á estos nuevos tratos la tentativa de asesinato de que fué objeto el austriaco por parte de un sicario inglés en los primeros días de Agosto, cuando D. Juan se hallaba en Tirlemont. Porque á las instrucciones que D. Juan

tenía de Felipe II, se añadía la insistencia con que las apoyaba el embajador alemán Conde de Schwartzenberg, siguiendo las órdenes de Rodolfo; así que D. Juan vióse en la precisión de dar oídos á los ingleses, lo que efectuó el día 24 de Agosto, y en sitio distante como una legua de su campo y acompañado de una escolta de 2.000 caballos. Las proposiciones de los Estados eran éstas: Para el Rey de España una soberanía nominal, el gobierno desempeñado por los nacionales, confirmárase al Archiduque Matías en el cargo de gobernador general, en caso de muerte ó renuncia de éste no podría nombrarse sucesor sin el consentimiento de los Estados, libertad de los prisioneros, vuelta de los desterrados á sus hogares, restitución de los bienes confiscados. Isabel, Casimiro y Alençon entraban en el tratado. Don Juan, su séquito y sus tropas abandonarían sin pérdida de tiempo el país..... Escuchó el austriaco estas proposiciones con el mayor silencio, y después que los ingleses hubieron hecho grandes protestas de que nunca quiso Isabel proteger á los rebeldes, limitóse á preguntarles qué pensaban ellos de las condiciones ofrecidas. «En realidad son muy duras—dijo Walsingham—mas aun así las hemos obtenido á fuerza de amenazas.» Y como D. Juan añadiera: «¿Y qué haríais vosotros en mi caso?» contestó el embajador: «No podemos dar nuestra opinión, porque de nada sirve que el médico recete si el enfermo no quiere tomar la medicina» (1). Después de esto no era difícil asegurar el resultado. El 25 de Agosto escribió D. Juan á Isabel agradeciéndole sus buenos oficios, pero declarando que, no obstante los deseos que él abrigaba en favor de la paz, le había sido imposible aceptar unas condiciones *que repugnaban á su honradez*, al extremo que los mismos embajadores habían confesado sin rodeos *eran demasiado duras para ser aceptadas*. Una declaración de D. Juan, fechada el 29 del mismo y ampliada el 1.º del siguiente, hacía conocer á los habitantes de los Países Bajos que el Rey de España nombraba como árbitro en este litigio al Empera-

(1) Walsingham, citado por Maxwell en su *Historia de D. Juan de Austria*, tomo II.

dor de Alemania, representado por el Duque de Terranova.

Tal fué el término de la negociación de los embajadores ingleses. Ni lograron evitar que Alençon y los Estados llegaran á un acuerdo, ni consiguieron tampoco que D. Juan aceptara condiciones, que al renovarse eran cada vez más onerosas. Con todo, pudieron dar á la Reina cuenta exacta del estado de anarquía en que se hallaba el país, de la veleidad de los Estados, de la doblez de Orange, de la penosa situación del austriaco, y sobre todo, de las graves dificultades con que iba á tropezar el Duque de Alençon, pues era cosa pública el odio despertado por los excesos de sus soldados. Por de pronto, al tratar de dar cumplimiento al pacto de 13 de Agosto, comenzaron á surgir contrariedades á cual más graves. En primer lugar, los magistrados de Quesnoy, Landrecies y Bavay, plazas que debían abrir sus puertas á los franceses, negáronse resueltamente á ello, apoyados en su negativa por los Estados del Hainaut; luego la Reina de Inglaterra reclamaba á su vez contra la entrega de las citadas plazas y su no inclusión en el tratado. Y puestos los Estados en el más difícil de los dilemas, veíase en el caso de brindar al Duque con las plazas de Maubenge, Soignies y Binche, con la de Malinas para su residencia, á condición de que en ninguna de ellas pondría presidio. Esto no podía satisfacer al francés, que pedía nada menos que las de Malinas, Brujas, Tournai, Lilla, Douai y Bapaune, con Bruselas por sede, y como no le era posible mantener por más tiempo inactivo á su ejército, y por su orden se estaban moviendo grandes levadas en algunas provincias francesas, el 9 de Septiembre mandó publicar á toque de trompetas, en Mons, la declaración de guerra á D. Juan, que más que otra cosa era una declaración de guerra hecha al país. En aquel momento éste tenía un ejército, compuesto en su mayor parte de extranjeros, y casi puede decirse que el elemento nacional, sobre ser el más insignificante, era, militarmente hablando, el menos valioso. Pero aquella suma de hombres de todas procedencias, aquel conjunto abigarrado y falto de cohesión, no era el más á propósito para las grandes empresas. Ni era tampoco el que man-

daba Anjou, sobre ser más numeroso más lucido, pues parte de él estaba falto de equipo y casi todo de instrucción y disciplina. Debido á ello, su paso por las fronteras señalóse por el saqueo, y su única empresa fué el asalto y pillaje de Binche, puesto que realizado éste, la peste, el hambre y la falta de pago le redujeron á menos de la mitad de su efectivo, que no llegó en total á unos 20.000 hombres. Mas ello no impidió que toda la provincia del Hainaut se viera assolada, y que ésta y las tierras limítrofes sufrieran todos los horrores de la guerra. Por manera que el famoso socorro no pasó hasta entonces de un azote, al que debía añadirse el que en las provincias ribereñas del Mosa descargaron los reitres de Juan Casimiro, más feroces si cabe, más sanguinarios y codiciosos que los hugonotes del Duque de Alençon. Tales eran los tris-tísimos resultados de una rebeldía, que en su abono no tenía ya las durezas del poder real ni el respeto á las libertades nacionales. Por el contrario, estas libertades estaban conculcadas y destruídas; y aquella misma paz de Gante, tan enaltecida como prenda de felicidad y de reposo, maltrecha y violada por los mismos que se decían amantes y defensores de la conciencia. Porque si las provincias valonas eran presa de la guerra, las flamencas hallábanse entregadas á la más fiera anarquía, sin que bastaran á contenerlo ni Matías, ni aun en ciertos momentos el mismo Guillermo de Orange. En Amberes alzábase la herejía más potente que nunca, y dominaban con el mayor descaro los mendigos; en Gante, en Brujas y en Bois-le-Duc, la persecución contra los católicos llegó al extremo de condenar á la muerte á algunos religiosos y degollar á varios burgueses; los magistrados más respetables eran exhonorados y expulsados; cuantos se consideran sospechosos, encarcelados y proscriptos. Con la prohibición de celebrar el culto católico, hecha en Gante en Septiembre, y el asalto y saqueo de las iglesias y monasterio, realizado en esta villa los dos meses anteriores, se tendrá idea del fiel cumplimiento que la celebrada paz había tenido. Aún quiso Orange, por medio de una habilísima maniobra, dar una especie de satisfacción á los elementos católicos con un nuevo edicto

relativo al ejercicio de los distintos cultos, edicto que firmó Matías el 22 de Julio, y al que se llamó de *la paz religiosa*. Pero este edicto, por virtud del cual se permitía el libre ejercicio de unos y otros, así en Holanda y Zelanda como en toda Flandes, no era practicable en las dos primeras porque allí el catolicismo estaba perseguido de muerte, mientras que en la segunda, no hallándose garantido por las autoridades, todas ellas hechura de los reformados, resultaba completamente ilusorio. Prueba de ello fueron las terribles devastaciones de iglesias, claustros y hospitales, de que en Agosto fué teatro la villa de Gante, convertida por singular contraste en foco y reducto de los mendigos; el arresto y prisión del Señor de Champagney, que se atrevió á protestar de la paz, y la manifestación de los Estados del Brabante, en los que la nobleza y el clero levantan su voz para recordar que en Gante se les había garantido el pacífico ejercicio de la religión católica. Pero como la fuerza de los hechos era más poderosa que las palabras, cayeron arrollados por ella, no sólo los católicos que de buena fe creyeron en aquella mal llamada pacificación, y el mismo Champagney, que tan dudosa conducta observó en los tiempos de Requesens, sino hasta el mismo Orange, que al intentar entraran los ganteses en razón, oyó por toda respuesta el anatema de un monje apóstata que desde el púlpito de la catedral de Gante le llamaba ateo y traidor.

Tal era el tristísimo cuadro que ofrecían los Países Bajos en los primeros días de Septiembre de 1578, es decir, cuando D. Juan, reduciendo sus fuerzas al campo de Bouges, dirigía en balde al Rey sus quejas y súplicas «en estilo quizás más agrio de lo que pedía el tiempo», pues entre otras cosas le manifestaba que «mientras en España *se daba alas al enemigo*, á él se le contentaba con promesas, necesitando *no palabras, sino dinero, si es que no pensaban algún artificio para convertir en oro las palabras*»; para concluir declarando que, ó se le diera licencia para atacar al enemigo ó no se le permitiera hacer papel tan desairado (1).

(1) Estrada, *Década primera*, libro X.

Precisamente por aquellos días era la ocasión oportuna para acometer al enemigo con alguna ventaja, porque las tropas de los Estados se hallaban sin recursos, los ingleses y escoceses, desatendidos por la Reina Isabel, desertaban á centenares, Casimiro veía reducido su ejército de 4.000 reitres á 600 hombres, mientras que los soldados de Alençon se desbandaban también atemorizados por la actitud de los burgueses flamencos, y el mismo Duque negábase á incorporar los pocos de que disponía al ejército nacional mientras no se le dieran las plazas de garantía. Pero D. Juan, aquejado de cuerpo y de espíritu, ni siquiera podía abrigar la esperanza del desquite en los campos de batalla, porque si bien por su orden se habían hecho importantes levas en Alemania y se hallaran ya en tierra de Luxemburgo los reitres católicos procedentes de aquel país, carecía de dinero, no sólo para atender á los que llegaban, sino para satisfacer los atrasos de los que estaban á su lado. Por añadidura, en el campo de Bouges se había declarado la peste, peste reinante en toda la región ribereña del Mosa, y que propagaron los reitres del Conde Juan Casimiro, con cuyo azote aumentaron las contrariedades de un ejército harto quebrantado ya por la inacción y la falta de lo más necesario para la vida. Vázquez, testigo de los sufrimientos de este ejército, hace una sentida descripción de las terribles privaciones del campamento católico, en el que por carecerse de todo, había falta absoluta de medicinas, y en el que diariamente perecían los soldados á centenares. Aumentada la enfermedad por la miseria de los villanos, ofrecían los campos el más lúgubre cuadro, pues por ellos y por los caminos se hallaban gran número de cadáveres insepultos, y ciudades tan importantes como Lovaina, flajeladas por el azote, quedaban casi sin población. Con esto y con el abandono de las tierras y lugares aumentaban de día en día la despoblación y la miseria, acarreado á los soldados los mayores trabajos. A lo que se añadía el merodeo de los rebeldes que en su osadía llegaban hasta las trincheras católicas, bien persuadidos del apurado trance en que se hallaban los nuestros. Pero á todas estas desdichas, no tardó en añadirse otra mucho más

grave. Don Juan, achacoso y entristecido, adoleció á su vez del mal reinante y el 15 de Septiembre cayó también postrado por él, casi al mismo tiempo que el ingeniero italiano Serbelloni. Desde el primer momento de su enfermedad no se dudó respecto de su causa, porque el caudillo español iba en persona á visitar á los soldados en sus barracas, hacía por su mano las limosnas, acompañaba al viático y buscaba por sí mismo los carros en que conducir los enfermos al hospital. Algunas de sus cartas, escritas desde el campo de Bouges poco antes de su muerte, dan idea de los negros presentimientos que le asaltaban. En todas ellas se refleja la más honda tristeza. «Nuestra vida se cuenta por horas, dice en una; Dios nos conduce, todo está en sus manos.» «Como hombre y como amigo, acordaos de mí en vuestras oraciones», escribe en otra. La última que dirigió al Rey lleva la fecha de 20 de Septiembre, y en ella, después de solicitar nuevas instrucciones y de quejarse de que á tal punto se tenga abandonado á quien como súbdito y hermano tan lealmente le sirvió, declara que la carga que se le ha impuesto es tal que no hay fuerza humana que pueda resistirla (1). Pocos días debía ya prolongarse su existencia. Ni el gran quebranto de su cuerpo, ni las malas condiciones del alojamiento, que era en una barraca, ni lo desapacible de las noches, por extremo frías, podían hacerle soportable el mal. Comprendiéndolo así, los médicos ordenaron se le trasladase á las alturas de Bouges, y allí, utilizando un palomar existente entre las ruinas de una granja, acomodósele lo mejor que se pudo, cerrando con tapices las aberturas, reparando las tejas del sobradillo y reemplazando la escalera de mano por otra más ancha. La enfermedad, que se había presentado con ligera calentura el 18 de Septiembre, fué agravándose en tales términos que al segundo día atacaron al austriaco grandes temblores, la boca se le puso negra y las fauces tan secas que en manera alguna

(1) Esta carta ha sido copiada por Maxwell de un manuscrito de la Biblioteca Real de La Haya. Sin contestar Felipe II tocante á lo substancial de aquélla, le escribía pocos días después (y cuando ya el sacrificio se había consumado): «Vuestra salud importará más que todo; mucho me aflige esto por lo bien que os estimo.» Carta del 10 de Octubre de 1578.

se le podían humedecer. Poco después aparecieron en todo el cuerpo grandes manchas lívidas y coloradas, cayó el enfermo en un gran sopor, y luego sobrevino el delirio, durante el cual con grandes voces increpaba el enfermo á sus enemigos y exhortaba á sus soldados. Con todo, pudo aún resignar el gobierno y el mando de las armas en su sobrino Alejandro Farnesio, acto que realizó en presencia de todos los capitanes, despidióse de su leal amigo Octavio Gonzaga y recibió el 28 los auxilios de la Religión (1). Después de esto pasó

(1) «El como ubidente hijo muere desapropiado mucho antes de sus bienes como un fraile y en una barraca pobre como un soldado que prometo á V. M. que no habia sino un sobradillo encima de un corral. • *Trassumpto de una carta que enviò á S. M. el confesor del Señor Don Juan de Austria y de las cosas que pasaron al tiempo de su fallecimiento.* Tomo VII de la *Colección de documentos inéditos*, pág. 247. Esta carta abunda en interesantes datos. En el mismo tomo, pág. 443, figura también una *Relación de la enfermedad y muerte del Señor Don Juan de Austria*, en la que se dan curiosos pormenores de la conducción de su cadáver á Namur, traslación á España y entierro en el Escorial.

En la carta del confesor P. Orantes hay una sentida declaración de D. Juan dos días antes de la batalla de Gembloux, que merece conocerse, por cuanto refleja á maravilla el estado de ánimo del Austriaco. «Padre mío, díjole éste, para que agora y para siempre entienda cuál es mi última voluntad y disposición fuera de lo que hemos tratado, tiéndome á sus pies y no me pida otra cosa jamás porque no la tengo ni la diré. Advierta lo que quiero decir, que es justo que yo me acuerde de mi ánima y de mi cuerpo y otras cosas que están á mi cargo, como son criados, deudos y hermano. El ánima encomiendo á Dios y al padre mío. Cuanto á mi cuerpo, bien entiendo que hace poco al caso el lugar á donde repose hasta el día del juicio, mas quierole encargar y pedir que en mi nombre suplique á la Majestad del Rey mi Señor y padre, que mirando á lo que le pidió el Emperador mi Señor y á la voluntad con que yo le procuro servir, alcance yo de S. M. esta merced, que mis huesos hayan algún lugar cerca de los de mi padre, que con esto quedarán mis servicios satisfechos y pagados. Cuanto á la obligación de personas que tengo y cuentas, muy claras son y pocas con nadie. Y esos trapos viejos que ahí quedan no tengo que disponer sino que pues soy hijo, y por tal me dió el Emperador mi Señor á Su Majestad y muero en su casa y servicio, como verdadero Señor y padre disponga dello como de cosas no sólo de hijo, mas de siervo y esclavo, y lo mismo hiciera si todo el mundo fuese mío.»

No estaba ya lejano el día de su fin. El martes 18 de Septiembre se presentó la enfermedad. «A las ocho de la noche, el Serenísimo Sr. D. Juan de Austria—dice el médico de Cámara—sintió una calentura lenta, la cual perseveró así hasta el miércoles siguiente á la misma hora, en la cual comenzó á crecer notablemente, y de allí adelante hasta el quinto día fué creciendo paulatinamente; veníale de cuando en cuando unos saltos en el corazón que le hacían levantar el cuerpo de la cama; al fin del segundo día comenzaron unos temblores de manos, lengua y casi todo el cuerpo, juntamente con unos movimientos convulsivos de ojos y cabeza que casi parecían á paroxismos epilépticos y hacia visajes con la boca, que se le había puesto negra; la lengua comenzó á ponerse seca y toda la boca, que con ninguna cosa se podía humedecer, y la garganta tan sentida que no se le podía hacer tomar nada que no fuese líquido.

• Todos estos accidentes, añade el médico citado, perseveraron hasta el oncenno día; el séptimo aparecieron algunas manchas como de tabardillo; al nono más, y al oncenno tantas, que un dedo no se le podía tocar sin mancha, y al duodécimo tenía tantas que parecía una plasta, y entre ellas algunas lívidas y otras coloradas, que tenían en medio unas puntas negras y áspe-

hasta el día 1.º de Octubre con intervalos de sopor y de delirio, espirando después de una dulce agonía «como ave del cielo que se nos fué de las manos (1).» Cumplíanse este día siete años de aquel en que, reuniendo á los jefes de la Liga católica en su galera capitana, acordara ir en demanda del

ras. Y habiendo perseverado los demás accidentes sobredichos, cerca del anoecer del oncenno día le comenzó á atacar un como soporoso sueño, de que no se le podía despertar; y luego cesó y comenzó á delirar tan grandemente, y con tantos visajes y movimientos convulsivos, que parecía que rabiaba. En esta tierra mueren muchos de tabardillo, pero ninguno con tan grandes accidentes; de modo que es negocio de tal calidad, que nos puso á los médicos en alguna sospecha no le hubiesen dado *algo*, aunque no nos determinamos á afirmarlo. Esta duda de los médicos debió estar arraigada en el ánimo de otras personas, cuando el historiógrafo D. Juan Vander Hammen, dice que murió de un tabardillo, pero asegura que la familia del Príncipe llegó á sospechar «si el doctor Ramirez le habia dado un caldo.»

Por la antes citada carta del confesor de D. Juan á Felipe II, se viene en conocimiento que, perdidas las facultades, expiró el 1.º de Octubre, después de una dulcísima agonía; «como un ave del cielo, dice aquél, se nos fué de las manos sin el menor movimiento de vida».

Hecha la autopsia por los médicos, el doctor Ramirez dió cuenta al Rey, con fecha 3 de Noviembre, de cuanto observó en el cadáver. «Por falta de materiales, escribe, no se pudo abrir el cuerpo hasta veinticuatro horas después de muerto, y cuando entramos á tratarlo de hacer, no se podía sufrir el mal olor del aposento. Desde los hombros hasta los muslos en longitud, desde la nuca hasta junto las tetillas y mitad de las costillas, estaba negro, y los cabos de lo negro verde y azul, y desde los hombros á los codos estaban también los brazos negros y verdes, y á detrás de las orejas y en el cuello y lo demás de los brazos y en los pies lleno de manchas azules. Sajadas estas partes estaba la carne del mismo color, y sin ninguna consistencia; antes parecía engrudo negro, y no salía humedad ninguna de ella, la cual suele salir en otros cuerpos. Después de abierto, vimos todo lo interior, como son tripas, pulmones é higado, y las demás partes negras y verdes, y manchadas de azul y rojo, y en llegando á tirar de una parte así se deshacía otra como si fuese borra, sin tener ninguna consistencia ni liga, y el corazón casi no tenía sangre ni otra humedad; antes estaba muy pequeño y arrugado, como si fuese un trapo mojado. El cerebro y telas en que se envuelve estaba tan seco todo, que parecía haberlo limpiado aposta de toda humedad y sangre, y también de color azul. Y es de advertir que todos los que mueren de tabardillo, especialmente con presiones de cabeza, como es delirio y sueño profundo (como se ha visto en anatomías), suelen tener en el corazón y en el cerebro más sangre y en toda la capacidad de la cabeza y entre las telas mucha humedad que parece suero, y en este bendito cuerpo no se halló ninguno. La anatomía se hizo en presencia de varios médicos, los cuales se admiraron del excesivo olor, y dijeron que sólo habían visto otra cosa igual en algunos cuerpos que habían muerto de venéreo.»

Es curiosa la *Nota cuarta* que el Sr. Rodríguez Villa ha puesto en los Apéndices á la obra del Ldo. Porreño, *Historia del Serenísimo Señor Don Juan de Austria*, y que dice así:

«No tuvo que hacer Felipe II grandes esfuerzos para consolarse de la pérdida de Don Juan de Austria. Una frase de Antonio Pérez refleja mejor que cuanto se pudiera decir sobre este particular, la impresión que produjo en este Monarca el fallecimiento de su hermano natural. El Doctor Ramirez, que había asistido á Don Juan en su última enfermedad, escribió al Rey circunstanciada relación de ella, dándole también cuenta de la pérdida de cabeza que había hecho del cuerpo del Príncipe. Recibió esta relación Antonio Pérez, como Secretario de Estado y encargado de los negocios de los Países Bajos; y al remitírsela á Felipe II la acompañó de una nota de su mano, en la que decía que nada contenía que valiese la pena de leerla (a). Esta frase, dice con justicia Gachard, retrata á la vez al Rey y al Ministro.»

(a) Archivo de Simancas, *Estado*, leg. 578.

(1) Carta del P. Orantes á Felipe II, antes citada. *Colec. de Doc.*, tomo VII, pág. 247.

turco para vencerle seis después en las aguas de Lepanto. Treinta y tres años contaba de existencia. ¡Breve edad para tan grandes hechos, y más breve todavía para tan grandes esperanzas!....

No tardó en llegar al campamento la noticia de su muerte para despertar en él los más dolorosos ecos. Aparte del gran amor que tenían á la persona de D. Juan, todos lamentaban las tristísimas circunstancias en que perdían esta cabeza, rodeados como se hallaban de enemigos, faltos de recursos, azotados por la enfermedad..... y entre todos, los principales capitanes, Alejandro el primero, Octavio Gonzaga, Leyva, Berlaymont, Mansfeldt, cuantos, en suma, combatieron á sus órdenes. Por lo mismo fué gran fortuna para el ejército y para España tener allí un hombre como Farnesio, y muy de alabar la previsión de D. Juan, viendo que su enfermedad se agravaba por momentos, al nombrarle su sucesor hasta tanto que proveyera el Rey, cargo difícil en todas circunstancias, y tan grave en aquéllas que no sin algunas dudas lo aceptó Farnesio. Con esto pudo decirse que quedó conjurado uno de los más graves peligros por que pasó la dominación española en Flandes. Y aun añadirse que el discípulo, no sólo honró, sino que eclipsó al maestro, porque á Farnesio cupo la gloria de restaurar la dominación española en los Países-Bajos, como á D. Juan cerrar un período de gloriosos desastres.

A poco que se considere los antecedentes y el carácter de D. Juan, habrá de comprenderse que no era éste el llamado á pacificar los Países Bajos. Felipe II, que al elegirle para tal cometido debió fijarse en las circunstancias de ser aquel hijo del Emperador, nacido en tierra alemana, y por lo tanto grato á los flamencos por su origen y por su nacimiento, olvidó sin duda que la sangre ardiente de aquel mozo, su espíritu ganoso de gloria, sus entusiasmos militares y el recuerdo del glorioso César á quien ambos debían la vida, hacían á D. Juan poco apto para negociar con gente tan terca, caute-

losa y maleada como la de los Países. Ni D. Juan iba bien dispuesto á este negocio, que si en un principio se inclinaba á rechazar, aceptó después como medio para llegar á más altas empresas y mayores engrandecimientos, alentado en ello por el Pontífice y los católicos ingleses, y no desesperanzado de obtener el apoyo real. Pero cuando á las primeras entrevistas con los representantes flamencos hubo de convencerse de cuán árduo y penoso era el cometido que se le confi6, y sobre todo cuando pudo apreciar con toda exactitud la doblez con que procedían los Estados y el ascendiente indiscutible de Orange, no vacil6 en considerar la empresa como irrealizable y augurar al Rey que en ella iba á correr la triste aventura de perderlo todo, incluso su autoridad y crédito. Las cartas de D. Juan dan perfecta idea de la terrible lucha que su espíritu sostuvo. Atado por las instrucciones del Rey que le obligaban á pactar, falto de recursos y de soldados, sin seguridad para su persona, desacatado además en las calles por el populacho y en su palacio por los representantes de los Estados, combatido en las cortes de Inglaterra, Francia y Alemania, censurado en la misma de España, no era posible que saliese airoso en el desempeño de su papel (1).

(1) Esta posición de D. Juan respecto de la Corte se refleja en algunos párrafos de Vázquez y da clara idea de que era harto conocida en el campo español. Con ocasión de la marcha de Alejandro Farnesio á éste, ya advierte el escritor-soldado, hablando de la conducta ambigua y descortés del Marqués de Ayamonte, Virrey de Milán, que en esto se traslucían algunos recelos y reservas, «Antes desto, añade, había mostrado el tiempo unos engañosos fines contra el Señor Don Juan de Austria, que fomentados de la envidia, con émulos poderosos, habían labrado en el pecho del Rey Católico una mudanza ó disgusto contra su hermano, que con ser un Príncipe tan justificado, cristiano y fiel al real servicio, fueron bastantes á derribarle.» Y en otra ocasión escribe: «Andaba el Señor Don Juan en los consejos con tanto tiento, como se ha visto, y prevenido siempre de sumisiones y cortesías, receloso de algún consejero, que en cualquiera ocasión procuraría hacerle con el Rey, nuestro señor, tan malos oficios, que á penas daba un paso, aunque fuese con mucho cuidado, se lo rechazasen.» *Sucesos*, lib. I, año 1578. No hay más que leer las cartas de D. Juan para convencerse de los temores que sus émulos y enemigos le inspiraban. Sobre todo los tenía en la Corte tan poderosos como Pérez, el Duque de Alba y Granvela. Este último, no contento con censurarle en vida, continuó, muerto que fué D. Juan, su tarea de descrédito. «En verdad, escribía á Doña Margarita de Parma, el difunto Sr. D. Juan, que Dios perdone, era demasiado aficionado á la gente de guerra y muy poco á la de consejo togada, sin los cuales y sin las advertencias de los que han manejado por algún tiempo los asuntos de gobierno y lo tocante á la pacificación y tratados, mal se pueden aquéllos desenredar. El bueno del difunto ha dictado muchas provisiones á instancia de los que manejan las armas que han resultado poco convenientes por falta de información y buen consejo, como se verá luego, y tenía por enemigos todos los consejeros del Rey

Y aunque con generoso arranque, con vehemencia tal vez excesiva, manifestara al Monarca toda la verdad, no hallaba en éste la debida correspondencia, porque entendía D. Felipe que su hermano no ponía el debido empeño en conseguir la paz, mientras que D. Juan consideraba á su vez que, de aceptarla tal y como se le brindaba, iba aquél á sacrificar su verdadera soberanía. De aquí el disentimiento, el desacuerdo entre los dos, astutamente explotado en los Países por el Príncipe de Orange y en Madrid por Antonio Pérez. Allí como aquí quisose pintar á D. Juan como hombre en tal manera osado, que aspiraba, no sólo á ceñir la corona de Inglaterra, sino á conquistar el primer puesto en la corte de España, eclipsando con su figura la del Rey; y aquí como allí surtió efecto la trama, porque D. Juan de Austria llegó á ser tan odiado en Flandes como sus antecesores, y tan mal considerado en Madrid que aún sus actos más insignificantes despertaban el recelo de sus émulos. Los mismos narradores coetáneos no se recatan de manifestar la inquietud que esta desconsideración despertaba en el ánimo de D. Juan. Empero, con leer su correspondencia salta á la vista que si pudo equivocarse en sus apreciaciones, nunca en él se albergó la doblez. Lo que sí reflejan sus cartas es pasión, vehemencia extremadas, lo que se comprende por tratarse de documentos confidenciales, escritos bajo la impresión primera de los

que no le seguían.» Y en otra ocasión se expresa en estos términos: «El Rey está muy descontento del difunto Don Juan y de su conducta, tanto en las galeras como del gobierno de los Países-Bajos, por haber introducido notables cambios y cometido excesos hasta el punto *d'avoir eslargé la main*. El Príncipe *se hacia insoportable; no sufría el menor freno y queria siempre obrar á su antojo*. Por lo que advierto, temo que si aún viviese, hubiera tenido S. M. que romper con él: nadie se hubiera quejado desta pérdida. Su marcha á Namur y las dificultades que se suscitaron entre él y los Estados, no fueron seguramente obra del Rey.» Al dar el pésame á éste el Cardenal cuida de decir: «No se podía perder el difunto *en más mala coyuntura*: Dios por su misericordia le dé el cielo.» Y á renglón seguido: «Para gobernar aquellas provincias no convienen en ninguna manera mozos, por infinitos respetos, sino personas graves y reposados y que no divertidos atiendan continuamente al negocio.....» En lo que parece no andar equivocado es en el juicio acerca de su muerte, juicio expuesto en estas líneas á la antes citada Doña Margarita: «Pienso que habrá muerto de sus indisposiciones, que eran grandes é incurables, y tenía más ánimo que fuerza; su constitución estaba muy debilitada por sus excesos. *Habia vivido mucho en poco tiempo*.» Con enemigos tan poderosos como Granvela y Pérez en la Corte y como Orange é Isabel en el extranjero, fácil era presumir el destino de D. Juan. Su muerte puede decirse que precipitó un desenlace fatalmente trágico y que con su habitual sagacidad preveía Granvela.

sucesos. Y ocurríale en esto á D. Juan lo que á todo espíritu leal y generoso, que repugnando por instinto á la doblez, ésta le produce efectos tantos mayores, en cuanto menos justificada está por causa alguna. Lo verdaderamente grave era la resonancia que alguna de sus frases tenía y el hecho de que, interceptada su correspondencia, sirviera de tema á comentarios nada honrosos.

Dos enemigos á cual más terribles tuvo D. Juan de Austria. Orange en los Países temió que aquel joven, lleno de gloria y de prestigios, hijo del gran Emperador y hermano de la exgobernadora Doña Margarita, tan grata á los naturales, concluyera con su dictadura; por esto, ni él se dió á partido ni permitió que se dieran los otros. Pérez, en Madrid, temía que de regresar D. Juan á la corte, ocupara en ella un puesto que él quería para sí, y al eclipsar su persona, deshiciera el tejido de sus insensatas ambiciones. A lo que se añadía que el Consejo del Rey se hallaba asimismo dividido tocante al modo de apreciar la política en Flandes. Interceptaba Orange la correspondencia de los dos hermanos y hacía llegar á Felipe las especies más absurdas, tocante á D. Juan. Desfiguraba y alteraba Pérez las ideas de éste, echando mano á los recursos más infames y haciendo caer en sus redes á los mismos allegados del bastardo. Y como las tendencias de uno y otro hermano eran distintas, las sospechas adquirían fácil arraigo. Don Juan no quería *perder su crédito y reputación en Flandes*, comprendía que era imposible la reducción sin las armas, y era partidario de la guerra á todo trance; el Rey quería, en cambio, concluir el negocio, pero *no con las armas*; y pese á los avisos de D. Juan, pese á sus quejas y á sus llamamientos, empeñábase en pactar, siendo así que el pacto no era posible sin una transacción en materia religiosa, y aun con ésta, porque Orange se hallaba apercebido á desbaratarlo. Puestas las cosas en este terreno, la ruptura tenía que precipitarse, porque si D. Juan, con su retirada á Namur, dió pretexto á los Estados para llamarse á engaño, Felipe II pudo convencerse de que por conducto de aquél no se llegaría á la paz. De aquí sus gestiones con Alemania, tan

desairadas para el austriaco y tan estériles para el fin perseguido por él con tanto ahinco; de aquí el llamamiento que hizo á su hermana la exgobernadora Doña Margarita, y de aquí también el decidido propósito del austriaco de abandonar aquellos países.

No falta quien haya censurado duramente la retirada de D. Juan á Namur, porque á juzgar por los hechos parece haber sido hábilmente preparada por Orange, como fundamento ó pretexto para desprestigiar á D. Juan; mas ya la autoridad de éste se hallaba asaz desacreditada, cuando bajo la presión de constantes amenazas hubo de marchar á Malinas, y de aquí al Luxemburgo. Don Juan se hallaba aislado y en condiciones tales, que ni podía gobernar ni aun tener la debida seguridad personal. Pero en Madrid no repercutió menos penosamente que en Flandes el suceso, y aunque no lo desaprobaba el Rey, tampoco tomó por consecuencia medidas que contribuyeran á restablecer el crédito perdido. Y es que se había entrado en la vía de las concesiones, y á trueque de luchar con la lógica, el Rey quería perseverar en ella. Los hechos, sin embargo, le demostraron su sinrazón. Pero en el ánimo de D. Juan, firmemente convencido del aislamiento en que se le dejaba, comenzó á germinar el desaliento, que sólo algún que otro instante pudo disipar una ráfaga guerrera. Cuando su sobrino el Duque de Parma llegó á los reales de Luxemburgo, ya echó de ver en el rostro de su tío los extragos de la dolencia que había de terminar con él.

Dos días antes de Gembloux, y en las recomendaciones hechas á su confesor, se adivinan ya las preocupaciones de un hombre apercebido á dejar los negocios de la vida. Las cartas escritas después de Rimenant á sus leales amigos, Pedro Mendoza y Doria, reflejan las melancolías más hondas: « Nuestra vida se cuenta por horas... Dios nos conduce y todo está en sus manos... » « Dichosos los que, como vos, gozan de vida sosegada, lejos de las agitaciones del mundo. Acordáos de mí en vuestras oraciones, como hombre y como amigo. » Su última carta al Rey revela tanto cansancio como resignación. No hay fuerzas humanas que puedan resistir tal carga. Y

bajo el peso de ella sucumbe D. Juan con muerte digna, en verdad, de su gloriosa vida. La sentida carta de Octavio Gonzaga al Rey, relatando los detalles de ésta y la no menos conmovedora de su confesor, al mismo Monarca, dan acabada idea de la religiosidad sincera y profunda del bastardo. Todos estos documentos, como los escritos por D. Juan, no permiten abrigar duda alguna tocante á su lealtad. Aun el negocio de Inglaterra, que constituyó la obsesión de éste, como las pérfidas insinuaciones que en Flandes se le hicieran, están tratados y descubiertos con la lealtad y nobleza propias de un tan hidalgo personaje. Si existieron en él impacencias y ambiciones, no eran de baja laya, antes disimulables en el hijo del famoso Emperador y Rey. Es más, hasta las mismas tramas de sus enemigos quedaron deshechas con las Memorias del astuto Antonio Pérez, puesto que de ellas se saca en claro que juguetes de éste fueron así el Monarca como su hermano, y que si las víctimas fueron Escobedo y D. Juan, á Felipe II alcanzan las sombras del trágico desenlace que tuvo aquel negocio.

No cabe, pues, duda alguna acerca de la conducta del austriaco en Flandes, aunque sí pueda existir diferencia en el modo de apreciarla. Más soldado que político, profundamente identificado con los intereses de España, católico sincero y hombre de un amor propio excesivo, sus actos debían acomodarse mal á los de aquella gente acostumbrada á la revuelta y pagada de sus libertades, tenaz en sus odios, recelosa y solapada, y todavía armonizarse menos con la política cautelosa y fría de Felipe II. Este doble desacuerdo explica cumplidamente su fracaso, fracaso que no era sólo personal, sino de la política española en Flandes. Mas como todas las profecías de D. Juan llegaron á cumplirse, como los mismos contratiempos de Alejandro Farnesio obedecieron á igual causa, justificados quedan la desconfianza y el pesimismo de aquél, no obstante la grave mudanza que las cosas sufrieron á raíz de su muerte. Téngase para esto en cuenta que D. Juan llegó á los Países cuando todas las provincias acababan de unirse contra España (Octubre de 1576), y que

Alejandro comenzó á gobernar cuando la desunión entre los católicos y los protestantes se hizo ya patente. Cierta que aquél no fué más afortunado en las simpatías públicas que lo habían sido Alba y Requesens, pero justo es decir que ni en los Países lo era la causa que representaba, ni se había dormido Orange en hacerle sospechoso á la multitud. En cambio, ni los primeros diputados flamencos que con él se entendieron, ni los mismos embajadores ingleses que más adelante le hablaron en Tirlmont, se recataban de manifestar que era D. Juan el más cumplido caballero por su lenguaje, su inteligencia y su cortesía, palabras nada sospechosas en boca de hombre como Walsingham (1). No le faltaron, pues, condiciones personales para hacerse bien quisto; faltáronle, sí, la oportunidad y la fortuna, porque precisamente bajo su gobierno tocó la revolución en Flandes el límite á que fatalmente tendía, y al producirse la reacción Alejandro fué el llamado á beneficiarse de ella. La historia hace cumplida justicia á D. Juan, aún reconociendo el desairado papel que tuvo que desempeñar en Flandes. Cierta, que ni como político ni como militar brilló á gran altura, y esto hay que reconocerlo también; no menos cierto que distrajo sobradamente su atención en asuntos algo ajenos á su gobierno, como el de la empresa contra Inglaterra, motivo de sus negociaciones con los Guisas y con los católicos de Escocia; que fué poco sagaz con sus amigos de la corte y con sus enemigos de Flandes; pero su juventud, su desconocimiento de las artes del gobierno y su carácter arrojado é impaciente, pueden disculparle un tanto de sus errores, el primero y más grave no comprender su posición verdadera en la corte y el carácter cauteloso de su hermano. A esto último puede decirse que debió la mayor parte de sus quebrantos, y ello sin duda precipitó su muerte. Pero esta misma muerte, por las condiciones en que ocurrió, contribuye á realzar su figura, puesto que confirmando los nobles sentimientos que animaron al

(1) Carta de éste á lord Burghley, de fecha 27 de Agosto de 1578, citada en nota por Maxvell, tomo II.

excelso hijo de Cárlos V, ofreció el contraste de la más grande humildad dentro de la mayor grandeza, sirviendo de coronamiento digno al heroe cristiano que se presenta á nuestros ojos como un rezagado de la Reconquista.

El día 2 de Octubre de 1578 reinaba desusada animación en el campo español, asentado no lejos de las márgenes del Mosa, en su confluencia con el Sambra. Todo el ejército allí reunido, y compuesto de distintas *naciones*, entre las que descollaban los tercios españoles, hallábase sobre las armas, como apercebido á empresa ó ceremonia militar de alguna importancia; los Maestres de Campo al frente de sus tercios, los coroneles á la cabeza de sus regimientos, los abanderados con los tafetanes enlutados en primera fila, los pífanos y tambores como en espera de dar al aire las agudas notas y el marcial redoble. Ceñían los escuadrones recias mangas de arcabuceros, y las luengas picas alineadas semejaban espeso bosque de hierro. Pero formaba original contraste espectáculo tan marcial y bizarro, con el rostro mustio y adolorido de jefes y soldados, y pompa tan magnífica con los tonos melancólicos que daban al conjunto las luces apagadas de un triste día de otoño.

No era otro el motivo de tan imponente asamblea, que la rendición del último tributo debido al Generalísimo D. Juan de Austria. El ejército iba á otorgar los postreros honores á su General, las banderas católicas á saludar el féretro del vencedor insigne de Lepanto, muerto antes de haber alcanzado la madurez de la existencia, y muerto, por decirlo así, frente al enemigo. Y aquella soldadesca que le viera bizarro y apuesto sobre el corcel en los campos de batalla, tampoco olvidaba cuando humilde y piadoso acudía á ella en los hospitales y en las barracas del campamento azotado por la peste y la miseria. Algo del espíritu que animó á Cárlos V existía en D. Juan, algo en su figura gentil y guerrera, cuando todos á una convenían en que era el acabado retrato de su augusto padre, el único vástago militar de este gran soldado.

Por eso al perderlo á él considerábanse tan faltos de cabeza como huérfanos de padre, y por esó mismo á la ceremonia de su entierro asociábanse, tanto ó más que por deber, por entrañable cariño, Dijérase aquella una pompa propia sólo de los heroes de la antigüedad y merecedora también de ser cantada por la musa de los grandes épicos. Ni pudiera elegirse mejor teatro, ni actores más escogidos; ni el personaje, por lo celso y lo desventurado, prestarse menos á los conceptos de la más inspirada elegía. Lejos, muy lejos de la patria; lejos, más lejos todavía del Trono, privado de los afectos de la familia, elevado por la jerarquía social, pero abatido por las circunstancias de su origen, pobre en su misma grandeza, juguete de ambiciones y de suspicacias, muriendo en miserable choza, cuando ya el espíritu había renunciado á toda esperanza que no fuese la justicia de Dios..... tiene su personalidad un relieve tan grandioso, que, aun considerados los defectos de que pudo adolecer, pocas ofrece la historia tan altamente simpáticas.

Embalsamado el cuerpo, vestido con jubón de holanda, con pasamanos de plata y oro, calzas blancas de canutillo de oro y plata, bordados que ellos solos valían 3.000 ducados; armado de todas piezas, y sobre las armas el collar del Toisón, calzadas las manos con guantes de ambar negro, ceñida la espada que Pío V le regaló, y en la cabeza una corona de oro y pedrería, corona que también se puso á la celada, fué colocado en unas andas cubiertas de brocado, y así se le sacó de la tienda á eso de las diez de la mañana, con objeto de que le honrase el ejército católico á su paso para la villa.

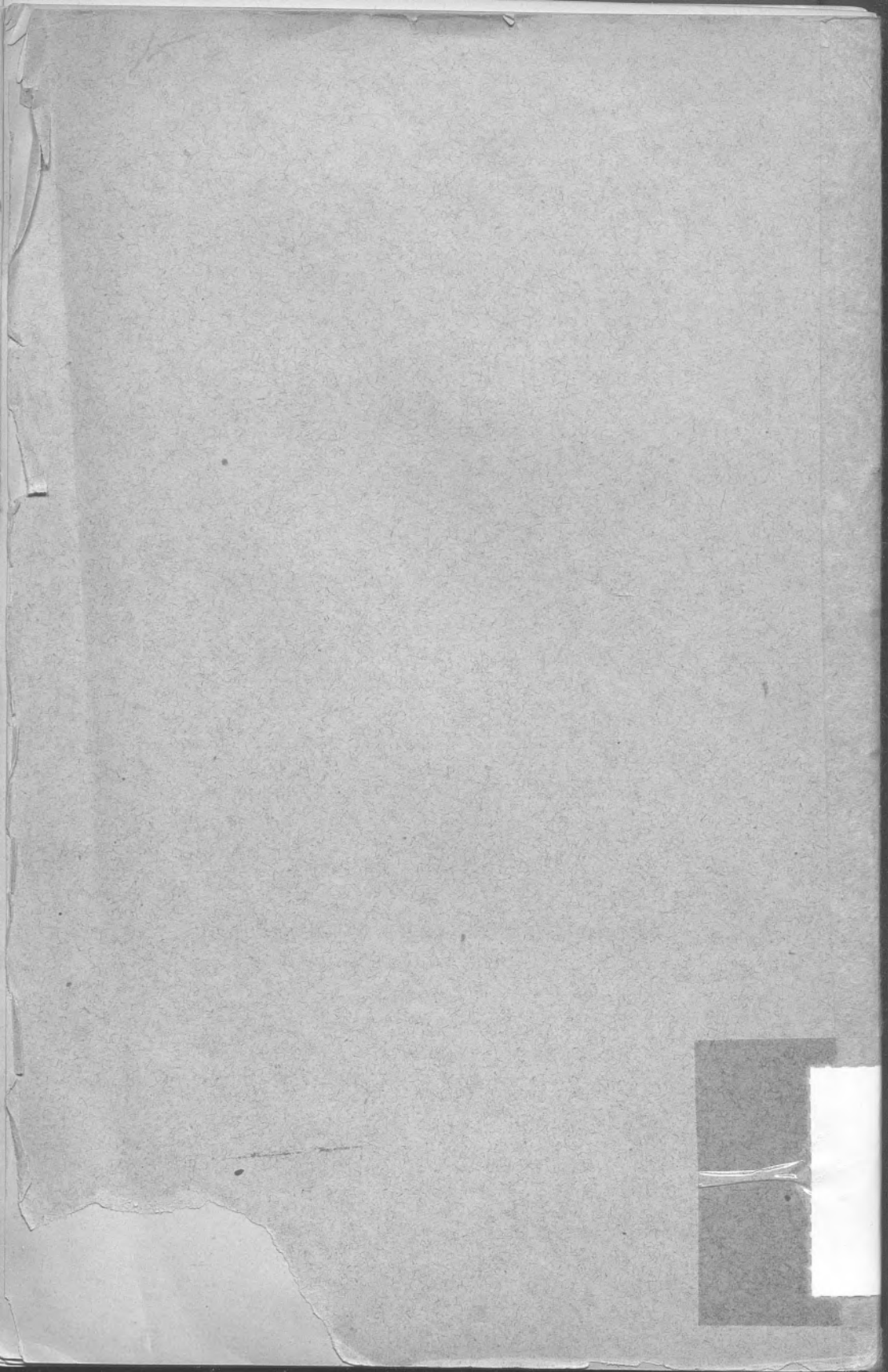
Y he aquí cómo se verificó esta grandiosa ceremonia:

Varios oficiales de la servidumbre del príncipe condujeron el cadáver en hombros hasta llegar donde se hallaba formada la Infantería española. Entonces salieron de sus puestos los Maestres de Campo y capitanes, y tomando el cuerpo, paseáronlo por delante de los escuadrones de esta Infantería, y otro tanto hicieron los italianos y alemanes en sus respectivos cuarteles, hasta llegar á la Caballería española y herreruela, formada junto á las murallas de Namur. Aquí es-

peraba el clero, revestido de sus ornamentos, y los magistrados en traje de luto. Organizóse la comitiva, y cruzó solemnemente las calles de la ciudad, hasta el templo, en la siguiente forma: Rompía la marcha D. López de Figueroa, con siete compañías de su tercio, enlutadas las banderas, las picas arrastrando, y á la cabeza los tambores destemplados, y los capitanes en una fila. Seguía la magistratura, el clero, los obispos de Namur, Bois-le-Duc, Mildebourg y Arras; el cadáver á hombros de los señores del Consejo privado; detrás un paje con el guión real, la guardia del príncipe arrastrando las picas, y seguidamente el Duque de Parma, con Octavio Gonzaga, el Conde de Mansfeld, D. Alonso de Leyva, el Conde de Barlamont y otros ilustres próceres con lobas y capirotas.

Ya las sombras de la noche invadían el espacio cuando la comitiva entró en la villa. El lúgubre sonido de las cajas y pífanos, y el canto solemne y reposado de los sacerdotes, producían en el ánimo profundísima emoción, emoción que se retrataba en el curtido rostro de aquellos veteranos entusiastas por el bizarro General, y en el de aquellos pacíficos ciudadanos que aún conservaban el recuerdo de sus antiguos señores y el respeto hacia aquella gloria del mundo católico. A la luz incierta de los hachones entró la procesión en la catedral y por algunas horas pudo todavía el pueblo contemplar el desfigurado rostro del vencedor del turco. A media noche bajóse el cadáver del túmulo en que fué colocado, y puesto en un ataúd de plomo, quitáronsele las piezas de la armadura, á excepción de la espada, y depositósele provisionalmente en una bóveda.

Con esto terminó aquella solemnidad religiosa y militar, y dado por el ejército el último *adiós* al que fué su capitán, el estandarte real y las banderas de los tercios volvieron á ondear entre las picas de la valerosa Infantería española.



G 28790